



Serendipia Stark



Inocencia

Universo Sofia I



INOCENCIA
Universo Sofía I

Serendipia Stark

La serie «Universo Sofía» se compone de **5 entregas mensuales**, ambientadas en la ciudad de Málaga, en la actualidad.

Si adoras leer historias de amor romántico, celos, pasión, amistades inolvidables, dudas y momentos salvajes, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en mis redes sociales:

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024

Código ASIN:

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

ÍNDICE

[#PocoFlamencaEstaFeria](#)

[#DecepciónameOtraVez](#)

[#ConsejosAmiguiles](#)

[#TomarUnaDecisión](#)

[#SurgidaDeMiMente](#)

[#UnaFiestaASolas](#)

[#SeráQueNoMeQuieres](#)

[#HechosSonAmores](#)

[#FiestaPalCuerpo](#)

[#NuevosHorizontes](#)

[#EllaExiste](#)

[#VestidaParaMatar](#)

[#AcercamientosQueLoValen](#)

[#MeLlamanLaCobra](#)

[#MeMarchoParaRecordarla](#)

[#BizcochoCaliente](#)

[#YaHaVueltoYHayFiesta](#)

[#GenteGuapa](#)

[#VieneDeFamilia](#)

[#ExperienciasTraumáticas](#)

[#LoOigoTodo](#)

[#SofíaNoSabeLoQueSiente](#)

[#ReflexionesBajoElAgua](#)

[#AmigaTengoAlgoAquíQuePalpita](#)

[#UnFavorcito](#)

[#DosMasDos](#)

[#EnElSegundoA](#)

[#ElIncreíbleDespacho](#)

[#EmpiezanLasMentiras](#)

[#ViajandoHaciaElInfinito](#)

[#ElRelojQueRetrocede](#)

[#ComoSiNoHubieseUnMañana](#)

[#TodoSigueEmbrollado](#)

[#NoPasaNadaVivanLasCañas](#)

[#TeEsperaUnaSorpresa](#)

[#ElSustituto](#)

[#AcercándonosAlFinal](#)

#PocoFlamencaEstaFeria

Sofía

El desprecio puede palpase. Como algo sólido, tangible, áspero.

No se limita a una sensación ni un tono de voz, es una pared de hormigón armado contra la que te das de bruces y te chafas la nariz. Y si quien lo utiliza en tu contra es tu novio de los últimos tres años, el mismo que te ha propuesto matrimonio, ese que hace nada aseguraba de rodillas adorarte... la cosa solo puede tildarse de horripilante. O de broma pesada.

Regresamos de la feria de abril en Sevilla.

Belén, la nueva *súpermejoramiga* de Sergio, mi novio, se las ha apañado con bastante ingenio para robarme mi legítimo puesto de copiloto en el coche, y como él no se opone y yo no defiendiendo mis derechos, no sea que de verdad se maree y vomite como amenaza, me veo recluida en el asiento trasero, espectadora muda de su animada charla.

No me preguntéis de dónde ha salido. ¿Es lista? Me temo que mucho. Poco a poco se va colando por los resquicios que dejo, usurpando mi puesto hasta que no me quede nada. Y sin embargo, Belén es una chica por la que resulta hartito difícil sentir antipatía: es graciosa, chispeante, *parece* buena gente y tiene cara de abuelilla.

Deberíamos recordarnos a cada rato, que las mosquitas muertas son las peores.

Sergio le ríe las gracias y yo, si no me adormilo con el traqueteo del coche, lo imito. Hasta que a ella le da por cantar flamenco y a mí por acompañarla. Apoyada en el respaldo de los asientos delanteros, asomo la cabeza por el hueco que queda en medio y tarareo la copla, descontrolada de emoción.

Sergio arruga el entrecejo, aleja la cabeza y a continuación, me gruñe de muy malas maneras que me calle. Por lo visto, le molesta mi voz cerca del oído. Belén continúa como si la cosa no fuera con ella.

Pero ¿qué digo? Es que no va con ella, soy yo la fastidiosa, yo la que desafina o la que incordia, no ella. Ella es su *másmejoramiga*, de la que últimamente, apenas se separa. Me hundo en el asiento, dolida y enfurruñada. El alarido que Sergio acaba de dedicarme es el mecanismo que acciona mi memoria, y los dos días de mierda que llevamos fuera de casa vuelven a mi malherida consciencia.

Nos hospedamos, gracias a Belén, cómo no, en casa de un amigo muy pijo al que jamás antes habíamos visto la cara. Nos adjudicaron una habitación monísima con dos camas que propuse unir para estar más cerquita y ronear por la noche, pero Sergio fulminó mi sugerencia con una mirada fría.

—¿Estás loca? ¿Qué pretendes? ¿Moverles los muebles?

—Bueno, no sugiero poner la casa patas arriba, solo retirar la mesita de noche que separa

las camas y...

—Somos invitados, espero que puedas comportarte por un par de días.

¿A qué venía tanta irritación?

—En fin, da igual, supongo que puedo soportar un par de noches sin enredar mis pies con los tuyos, pero me parecía tan romántico...

—Hemos venido a la feria, Sofía, aparca los romanticismos tuyos por un rato.

Los romanticismos míos... Será capullo.

—Disculpa la pregunta, ¿qué más incluye el lote «ni lo sueñes»? ¿Tampoco piensas ponerme un dedo encima en todo el maldito fin de semana?

Sergio continuó atendiendo sus bártulos y no me dedicó ni un pestaño.

—La verdad, tanta cautela me suena a mojigatería, exagerada hasta para ti, señor clásico. El dueño de la casa tiene menos de noventa años y somos novios formales con casi tres años de oficialidad, nadie pondrá el grito en el cielo si dormimos juntos, ¡por el amor de Dios, estamos en el siglo XXI!

—Simple respeto por la casa ajena. —Me besó distraído el pelo.

Me dije que para hacer el sándwich erótico-festivo que tenía previsto aquella noche, no necesitaba más de noventa centímetros de ancho, así que contenta.

Deshicimos lo imprescindible las maletas y con los mismos vaqueros y una camiseta limpia, salimos a la calle. Belén había reemplazado su cómodo atuendo de viaje por un vestido de vuelo años cincuenta en raso brocado, que la hacía parecer una muñequita. El pelo recogido en una coleta con una delicada flor de tela y unos rabillos pintados en el ojo, que nunca antes le había visto. Todos, hasta el cursi de mi Sergio, vestían tan elegantes que yo a su lado parecía Dora la exploradora, de maniobras militares.

Era tarde para subir a cambiarme y retrasar la juerga del grupo. Además, para qué mentir, en mi maleta no había caído, ni por casualidad, un trapo parecido que me colocase a la altura. Para aquella gente, el grito de guerra parecía ser «antes muertos que sencillos» y aunque me sentí fatal, me convencí de que con unos vinos se me pasaría el berrinche.

Porque en las ferias se bebe y mucho, ¿verdad que sí?

Me pasé de optimista. Vino, haber, había. Pero nadie parecía demasiado interesado en divertirse conmigo, ni mi novio. Más tarde me enteraría de que en Sevilla no está bien visto acosar a una chica comprometida y que esa era la razón (y no el que fuese disfrazada de Frankenstein) de que nadie se dignase a dirigirme la palabra.

Todos los ardores se concentraron en Belén, soltera, que no entera. Los de Sergio también, y yo me fui quedando desplazada en un rincón al que nadie quería acercarse, callada y caldeada por la rabia y el efecto del vino. Joder, allí todo el mundo estaba disfrutando como si el planeta pensara estallar al día siguiente, y yo apenas participaba del jolgorio.

No había derecho. Agarré fuerte el brazo de mi novio y tironeé como una niña caprichosa.

—Vamos a bailar, anda, vamos a bailar.

Me costó que me hiciera caso. Belén desgranaba un chiste y Sergio calentaba motores para cederle la mejor de sus carcajadas.

—A ti nunca se te dio bien el flamenco —gruñó. Solté una risita *imbeciloide*.

—Bueno, soy capaz de sacar adelante unos pasitos de sevillanas.

—No me apetece —se atrincheró agobiado.

—Venga, sí, vamos a menear estos esqueletos oxidados —me secundó Belén, escogiendo pareja de baile de entre sus amigos.

Se plantó en el tablao, levantó los brazos por encima de la cabeza y contoneó las caderas a ritmo de guitarra española. Belén parecía un granito de pimienta pegando botes, divertida y tan segura del terreno que pisaba que, por un segundo, sentí el pinchazo agudo de los celos en el pecho. Sergio aceptó seguirme, con una entrega tan poco entusiasta como sincera. Todos íbamos un pelín achispados, qué menos, así que el rancio de mi novio se fue animando solo. Al rematar uno de los giros, cuando nuestros cuerpos empezaban a acoplarse, el hielo a fundirse, y yo me las prometía muy felices, Belén lo apresó por el antebrazo y adosó su naricilla de pegote al pecho de mi chico.

—Cambio de parejas.

No fue una propuesta, desde luego, fue una orden. Medio en volandas me vi trasladada de sitio y antes de que pudiera reaccionar u oponerme, el tío que tenía enfrente no era Sergio, sino un desconocido del grupo con el que hasta el momento no había cruzado una palabra.

—¿Vamos a por la tercera? —sugirió sonriendo.

Me encogí de hombros y le seguí el juego.

Puede que de haber estado más sobria no me hubiese dejado arrastrar hacia el rincón menos iluminado de la caseta, por un sevillano calentorro con ganas de festival, que obviando el hecho de que mi prometido se encontraba a apenas diez pasos de distancia, empezó a flirtear conmigo con imperdonable maestría.

—¿Te han dicho ya lo guapa que eres?

¡Madre mía! Como frase, no es que fuera precisamente original. Y si hablamos de estrategia de acercamiento, con lo pegado que lo tenía ya... El chico era guapete, pero el Montilla fresquito lo hizo atrevido y me estaba metiendo mano sin freno, aprovechando el caracoleo de brazos que exige el baile.

«*Y a la sombra de los pinos*»

Tracató. Me rozó una teta. Y mira que se lo puse difícil.

«*Cántame, me dijiste cántame...*»

Vuelta, meneillo, otra curva en derrape y sobeo en el mismísimo culo.

A ver si os vais a pensar que me importó. Flotaba en una espesa nube de alcohol y no veía alrededor más que floripondios y volantes. Mis pies no se afianzaron al suelo de madera hasta que un malhumorado Sergio me agarró del brazo y me apartó del sevillano.

—Ya basta. Te estás poniendo en evidencia.

—¿En evidencia? ¿Yo? —me cachondeé señalándome el centro del esternón—. Se equivoca, señorito, me limito a bailar.

—Menuda sesión de arrastre te acabas de pegar.

—*Umm...* ¡Hay que darlo todo, es una feria! —elevé ligeramente el tono. El ceño de Sergio se plegó sobre sí mismo, mientras Belén nos espiaba con gesto raro—. ¿No es verdad, Belén? ¿No es una fiesta de las mejores? ¡Hemos venido a divertirnos!

—Bebe agua —me ordenó Sergio metiéndome un botellín de plástico por debajo de las narices.

—¡No quiero! —Retiré la cara hacia otro lado.

Y al hacerlo, la caseta completa giró conmigo.

—Estás como una cuba —me reprochó—, bebe agua, te digo.

—Que no me da la gana. Quizá si te ocupases un poco de mí, si hubieras bailado

conmigo... Si es que no conozco a nadie, Sergi...

Sergio torció la boca en una mueca desagradable. La verdad, yo misma me escuchaba y sonaba patética. Suplicar atención de aquel modo tristísimo... Quise conservar una pizca de dignidad y me marché directa a la barra. Las sevillanas seguían calentando el ambiente y los platos de queso manchego y jamón serrano corrían como el bolido de Fernando Alonso.

Y sin saber cómo, seguramente fruto del aburrimiento, me pasé empujando el codo, y las cosas alrededor se volvieron bultos más borrosos todavía. Dejé de importarme que nadie se dirigiera a mí ni para mandarme a la mierda, y que Belén tontease con mi Sergio, descarada y con el beneplácito de todos sus estirados amigos.

Me dediqué a jalearse a cada pareja de bailarines, y a tararear las letras que no me sabía, con una media lengua que dejó bien claro el breve espacio de tiempo en el que me derrumbaría.

Tres, dos, uno... Arcadas.

#DecepciónameOtraVez

No recuerdo cómo acabé en la cama. Sí que abrí un ojo y el techo giraba. Y que Sergio roncaba en la cama de al lado, más bonito que un San Luis.

Dejé que mis pupilas se acostumbrasen a la penumbra y fisgoneé por debajo de la colcha. Nadie se había molestado en desnudarme, me habían acostado con vaqueros y todo. La misma camiseta que olía intensamente a vino, y mi vergüenza intacta.

—Sergio —susurré esperando una respuesta, un gruñido, algo—. *Sergioooo...*

Silencio. Absoluto. Tumba total.

—*Sergioooo*, ¡Sergio! —aullé. Mi novio dio un brinco en la cama—. ¿Duermes? —pregunté con la voz más dulce que la miel.

—¡Ahora no, joder! —bramó girándose sobre el colchón.

Mira tú por dónde, yo me sentía juguetona.

—¿Hace mucho que hemos vuelto?

—Todo el que llevas roncando como una hipopótama.

—Oye, que yo no ronco.

Me dio la risa, aunque a él no le hizo ni pizca de gracia.

—Vale, lo que tú digas. Anda, duérmete que bastante lata has dado ya hoy.

—¿Y lo hemos pasado bien?

—Estupendamente. Sobre todo, tú. Te has bebido hasta el agua de fregar, mona. El equivalente a tu peso en alcohol.

Retiré la colcha y me concedí unos minutos apoyando los pies en el suelo, para que el mundo dejase de dar vueltas en plan molinillo. En cuanto supuse que no me caería de bruces contra el suelo, me desnudé y repté hasta la cama vecina. Sergio había cambiado de postura, otra vez me daba generosamente la espalda.

—Cari... —insinué mimosa. No hubo respuesta—. Cari, no te amodorres. Es temprano.

—¿Temprano? —aulló— ¿Temprano para qué? Por Dios, Sofía, ¡son las seis de la mañana!

—Dame un besito. —Tambaleándome y con mucho trabajo, conseguí localizar el borde de la otra cama. Retiré la punta del edredón dispuesta a meterme dentro, pero Sergio lo recuperó de un tirón y volvió a taparse.

—Duérmete otra vez. Con la moña que has pillado te vendrá bien.

Imposible.

De pronto, yo estaba sorprendentemente despejada y más caliente que los palillos de un churrero. Insistí con la idea de tumbarme a su lado, pero mi chico no hizo el menor esfuerzo por darme espacio.

Me subí encima. A horcajadas.

—¿Se puede saber qué haces? —espetó al tiempo que se revolvía igual que un tigre.

—*Violetearte.*

Yo parecía haberme dejado la dignidad en la caseta de la feria, porque todo lo que me planteaba era vencer cuanto antes su reticencia, sin que el rechazo llegara a ofenderme.

—Estate quieta, no me apetece, estoy dormido.

Deslicé las manos por debajo de las mantas. Se había puesto el pijama y jugueteé con la cinturilla elástica de su pantalón.

—Estás hablando, así que de dormido nada.

Mis dedos volaron de su cintura a su entrepierna. Y era verdad que no le apetecía. Aquello estaba más plano que la meseta castellana. No me di por vencida. Conmigo a caballito, introduje la mano derecha en su pantalón y agarré la cosita flácida con mucho empeño.

Aquello iba a ponerse duro, como que yo me llamaba Sofía.

—¿Quieres hacer el favor de dejarlo? —refunfuñó.

Pero más endeble, con menos furia. Estos hombres y sus tendones de Aquiles...

Froté y froté, arriba y abajo, complacida al notar cómo «el pequeño» iba despertando de su extraño letargo y se hinchaba desde dentro. Pronto rebosó el tamaño en mi mano y el movimiento se hizo más largo y menos enérgico.

—Sigue, sigue —rogó Sergio en un cuchicheo.

Yo tenía otros planes. En cuanto su miembro alcanzó el tamaño «vámonos de fiesta», busqué la posición ideal y lo acerqué a mi húmeda vagina dispuesta a disfrutar como una mona.

—Dame una chupadita —lo oí decir.

Me hice convenientemente la sorda. Para chupaditas estaba yo, con un calentón que ni los fuegos artificiales de Dubai.

—*Shiss...* Estate quietecito, deja, que yo manejo.

Dejó de interrumpir. Me lo introduje de una estocada y me mecí adelante y atrás, buscando mi placer. Únicamente el mío, aunque el suyo viniese de la mano sin poderlo remediar. Pero yo primero.

Me lo debía. Por tantos desplantes y tan pocos mimos; por tanta atención y sonrisas a su *súperamiga* la retaco, por mi infinita paciencia. Me merecía un orgasmo del tamaño del Ojo de Londres.

Sergio cerró los ojos, jadeó con fuerza y volvió a abrirlos. Mi humedad era ya tanta que se derramaba sobre su vientre. Bajé las manos hasta su pecho y acaricié sus trabajados pectorales atravesando el bosque de sedoso vello. Desde casi dos años atrás, lo hacíamos a pelo. Yo tomaba la píldora y mi chico se relajaba. La nuestra era una relación monógama y formal, sin terceros en discordia ni sospechas de infidelidad.

De repente, cuanto más cerca estaba de conseguirlo, mi novio volteó como un cromó, me empujó contra el colchón y se puso encima. Sacudiéndose dentro y fuera como un poseso. Me cortó el ritmo y el punto.

—¡Despacio, tranquilo! ¿No estabas durmiendo?

—La culpa la tienes tú, con estos caprichos a deshoras. Ya me has despabilado.

—Pues vaya qué gracia...

Miré el techo. Mi novio jadeaba en un peligroso compás con su propio orgasmo y amenazaba con adelantarse.

Lo que me nacía, lo que de verdad habría querido, era endosarle una buena patada y echarlo de la cama después de correrme. Pero aún me faltaba ese detallito y no pensaba

interrumpir la sesión de sexo rápido por venganza. De modo que cerré los ojos, me concentré como pude para recuperar el estado de ánimo previo al revolcón, y en menos de dos minutos, mis pezones parecían guisantes congelados y mi clítoris se expandía como una esponja empapada.

Unos satisfactorios calambres me recorrieron de pies a cabeza.

—¡Sííí! Ohhh, ¡sííí! —gemí empujada por la fuerza de la explosión.

Sergio me taponó la boca con su mano, quiero suponer que no con intención de asfixiarme, y aceleró hasta vaciarse en mi interior con un murmullo raro, como de abejorro.

—Umm... qué bueno —jadeó.

Todavía temblando, me libré de su mordaza.

—¿Lo ves? Y no querías.

—Venga —me palmeó el culo—, a tu cama.

—¿Ya? ¿Tan pronto? ¿Ni un cariñito, ni unos besitos, ni un por ahí te pudras?

—Es tarde y mañana hay que madrugar.

Qué poco había durado el placer del coito, me cachis en la mar.

—No sé por qué ese sufrimiento —lo admito, odio madrugar—. Se supone que estamos de vacaciones, escapada romántica y todo eso.

—En casa ajena —me recordó.

Logró que sonara como un reproche.

—Pudimos alojarnos en un hotel. Venirnos a casa de unos desconocidos y tener que cumplir horarios, no me resulta nada cómodo, en serio.

—Era por quedarnos con Belén.

Ah, claro, Belén, siempre Belén. Belén mañana, tarde, noche y madrugada. Me cago en Belén con todos sus pastores.

—Menudo rollo, tener que verles a todos la cara en el desayuno. —Ahogué un bostezo.

Sergio volvió a empujarme fuera de la cama. Se fue trotando al cuarto de baño sin responderme.

Caí de bruces contra mi almohada. Para cuando regresó, limpito de sus bajos, yo ya soñaba con los angelitos y con un mundo mejor... sin Belén.

El día siguiente no había sido para celebrar.

Más de lo mismo.

Eso sí, los amigos de Belén ya eran un poco más amigos nuestros y se decidieron a abordarme con preguntas que no me apetecía un pijo responder, y con charla que me resistía a alimentar. Ahora, de pronto, todo eran sonrisas, piropos y amabilidad. Supongo que o les había hecho gracia la Sofía tajada de la noche anterior, o les daba pena el poquísimo caso que me hacía mi acompañante oficial.

En cualquier caso, ese corto domingo que se redujo a un *brunch* tardío pero abundante, hizo realidad el dicho: **«el matrimonio es la vía más corta y segura para que una mujer pierda el interés de muchos hombres, para acaparar el desinterés de uno solo».**

Sergio y yo aún no estábamos casados. Me lo había pedido y yo le había dado crueles calabazas.

Vale, no exactamente. Así lo interpretó él, yo solo le rogué que esperásemos. Tenía el doctorado a medio sacar, y ninguna prisa. Él iba de escritor por la vida, con una única novela larga publicada y más proyectos y sueños que realidades. Aquellas bullas no tenían sentido. Además, llevaba puesto su anillo, no sé de qué se quejaba.

El caso es que a partir de ese momento, mi novio había mutado a ermitaño áspero y poco hablador, había perdido la chispa que tanto me atraía, y me miraba atravesado. Como si me odiase. Puede sonar exagerado, pero era justo lo que me transmitían algunas de sus coces verbales y su indiferencia. Resentimiento y manía a partes iguales. Y mi amor se iba enfriando, enfriando...

Me dejo de recuerdos, vuelvo a la realidad por culpa de las voces de Belén, asesinando una balada de Sergio Dalma. No es porque esté ofendida, es que canto bastante mejor que ella, aunque ella tenga la fortuna de no incomodar a mi novio, que va al volante. De hecho, lo encuentro de lo más entregado. No responde, eso es verdad, pero la atiende y menea la cabeza en señal de asentimiento y devoción. Algo que no hace conmigo desde semanas.

Me desentiendo de todo.

Me tumbo a lo largo del asiento con las piernas replegadas, después de quitarme los zapatos para que a Sergio no le dé un pumba por si mancho la tapicería. El brazo regordete de Belén se agita en el aire. Salta sin tomar aire de una historia a otra y Sergio no parece abrumado.

¿En serio está tan fascinado mi novio con esta chica? ¿O es su modo de decirme *«cualquiera me vale, cualquiera es mejor que tú»*?

#ConsejosAmiguiles

El lunes a medio día, almuerzo con mis dos mejores amigas, Ximena y Paloma. La primera trabaja en la *Málaga Film Office* y se pasa la vida departiendo con productores, directores creativos y jefes de fotografía. Su mundo es apasionante por más que ella se empeñe en jurar que se reduce a puro papeleo. Tramitará los expedientes de los permisos para rodajes en la ciudad, no te digo que no, pero también la invitan a un porrón de cócteles y eventos varios donde se codea con lo mejor de la cinematografía mundial y tiene un libro de autógrafos que pone a Paloma verde de envidia.

Paloma. ¿Cómo describirla sin que penséis que *«visto así, para qué la tienes como amiga»*?

Entiendo que la gente viene con su parte buena y su parte mala, que cuando te emparejas con una amiga, debes aceptarla con el pack completo. Paloma tiene sus cosas, pero es muy buena niña. La han malcriado de pequeña, qué se le va a hacer, de eso no tiene ella la culpa. Es muy pija, muy repipi cuando quiere, y viste como mi madre.

Se hacía la pedicura cuando solo teníamos catorce años y se pintaba las uñas de los pies de rojo bermellón. Fuimos compañeras de clase, aunque no demasiado íntimas. Supongo que mi único atractivo por aquella época residía en sacar buenas notas y que mi estilo de vida, desenfadado y moderno, no casaba con los rígidos cánones de su familia. Pero mira lo que son las cosas, tras perder el contacto en nuestros años universitarios, me la encontré ennoviada con Borja, el íntimo compañero de facultad de Sergio, y empezamos a salir los cuatro.

Cuando llego a la cafetería de Los baños del Carmen, Ximena ya aguarda fumando un pitillo en la terraza, con el sol primaveral de Málaga estampado en la cara. Me oye llegar y se gira. Lleva unos pantalones capri negro, un blusón estampado en blanco y negro y unos preciosos zapatos de charol.

—¡Hola, cielo! ¡Qué guapa vienes!

—¿No habías dejado el tabaco? —Arrugo la nariz inmediatamente después de besarla.

—Bah, si me aburro, pienso. Y si pienso, fumo. Ya sabes, para controlar los nervios y viceversa, que los nervios no me controlen a mí.

Mantiene una absurda relación de tira y afloja con un compañero de trabajo medio gay, que le está fundiendo los plomos. Ximena es fantástica y ese chico un caso perdido. Como cuando se acuestan juntos lo pasan fetén, ella está convencida de que acabará atrayéndolo al lado oscuro, salvo esos fines de semana en que no quedan y él liga con un francés como un armario empotrado, y encima, se lo cuenta.

En esos momentos, mi amiga se desmorona. Vamos juntas a sentarnos. Ximena aplasta la

colilla en el cenicero y me mira con admiración y afecto.

—En serio que te veo monísima, ¿te has hecho algo, bellaca?

—Emborracharme hasta vomitar, bailar un poco, flirtear con una panda de sevillanos calentorros... Seguramente será eso, que dicen que engrandece el ego.

Ximena arquea una ceja.

—Pensé que ibas con Sergio.

—Iba. Pero Sergio estuvo más pendiente de su requeteamiga que de mí. Yo me quedé con todos los demás, que no permitieron que olvidara lo ideal que soy. —Meto los dedos hasta la garganta y simulo una arcada.

—Hija, qué quieres que te diga. Mira que la conozco poco, pero tengo a la Belén en cuestión, atravesadita en el gaznate.

—Es maja —asumo resignada—. Y está ayudando muchísimo a Sergio.

Adivino que Ximena piensa responder con un improperio, pero se corta porque Paloma aparece balanceándose sobre unos tacones de Loewe a juego con su bolso. Falda midi fruncida y blusita de cuello Peter Pan. Dan ganas de regalarle una camelia y un collar de perlas.

—Disculpadme, vengo de la peluquería y se me ha hecho un pelín tarde. —Nos besa un poco al aire y se sienta, envuelta en una nube de delicado perfume—. Parece mentira, cuanto más les pides que corran, más torpes se vuelven.

—Ya conoces el dicho —Ximena hace una seña al camarero—, vísteme despacio que tengo prisa. De todos modos, ¿no fuiste a la peluquería ayer?

—Anteayer. Pero hago Pilates a diario, sudo y el peinado se estropea —se defiende con ardor.

Ximena contiene la risa.

—Ah, ya lo entiendo. ¿Ensalada César para todas? ¿Agua con gas y unas aceitunas?

Asentimos. Qué predecibles somos. Paloma me da una palmadita doble en la rodilla que le pillla más cerca.

—Bueno, ¿qué tal tu periplo por la divina feria sevillana?

—No ha estado mal como experiencia —comento con desgana—, pero las cosas con Sergio siguen fatal.

—Anda ya.

—Palabrita. Sabéis que lleva ausente unos meses, ausente y despegado...

—Desde que lo mandaste al carajo a pesar de que se arrodilló y te juró amor eterno, no te extraña —interrumpe Paloma muy disgustada. Parece que la proposición de matrimonio que yo he osé despreciar, fuera suya.

—Oye, sabes muy bien que eso no es lo que pasó.

—Sofía le pidió terminar el puñetero doctorado para poder labrarse un futuro juntos —interviene Ximena, defensora mayor del reino—, no es pedirle la luna, al fin y al cabo, él carece de ingresos, alguien tendrá que traer el jornal a casa.

—Sergio es un artista —recalca mi amiga arrebatada.

Ximena la observa con interés.

—Hija de mi vida, si no fuera porque te conozco y me consta lo colada que estás por tu novio, empezaría a sospechar de tus sentimientos por el suyo.

—Tiene razón, es un artista —convengo yo, divertida por sus piques.

—Bueno... —Ximena chasquea la lengua—, artista, artista, lo que se dice artista...

—Tiene una novela larga publicada —le recuerdo—. Y con muy buena editorial, además.

—Solo una —repite Ximena descreída—. Sin críticas, ni reseñas. Ni buenas ni malas. ¿Para cuándo la segunda?

El camarero y su bandeja la salvan del aluvión de protestas que seguramente pensaba dedicarle Paloma.

Hubo un tiempo en que pensaba como ella, veía en Sergio al escritor bohemio y trasnochado, confiaba en que triunfaría a lo grande en lo suyo. Pero a estas alturas, ya se me ha caído la venda de los ojos, más por su actitud cerrada y obtusa que por su verdadero talento. Sergio no acepta otra salida a sus manuscritos que la editorial que le publicó (y que no está, para nada, interesada en repetir) o de ahí, hacia arriba. Nada de bajar un peldaño en el nivel, ni rebajarse a aceptar ofertas menores. A mantenerse en sus trece, lo ayuda el incansable mantra de su agente literario, un escritor frustrado con dudosas relaciones en la industria, al que le importa poco que Sergio se consuma de ansiedad esperando, con tal de llevarse un mordisco mayor, una comisión más jugosa cuando se produzca el milagro.

Si llega a producirse.

#TomarUnaDecisión

—Bueno, dejemos las novelas del ausente —retoma Ximena estirando su servilleta sobre el regazo—. ¿Te trata mal?

Paloma está a punto de aullar como un lobo.

—¿Cómo va a tratarla mal? ¿Qué pretendes insinuar con eso? Sergio adora a Sofía, haría por ella cualquier cosa...

Ximena la ignora con mucha clase y un floreo de pestañas.

—¿Puedes dejar que responda la interesada? *Graaacias*.

—La verdad... —me aturullo solo arrancar. No sé qué palabras escoger para contar esto —, me estoy cansando de ser invisible. Lo de este fin de semana ha sido humillante. Belén lo acapara a todas horas y yo..., simplemente no estoy.

—Deberías quitártela de encima —nos sorprende Paloma con una aceituna entre los dedos. ¿De verdad ha dicho eso?—. Sí, no me miréis raro, esa fulana quiere levantarte a tu chico, lo que yo te diga.

Un involuntario escalofrío recorre mi espalda.

—¿Te ha comentado algo Borja? Quizá Sergio le haya dicho...

—No me lo ha dicho Borja, te lo digo yo. Sergio solo cuenta lo que ya sabemos, que el padre de Belén tiene buenos contactos editoriales y que hace lo posible por ayudarlo.

—Lo que no sabemos es a qué velocidad, vistos los resultados —ironiza Ximena.

—Es una amistad que, sin duda, le interesa, pero me huelo que ella quiere más.

—Es más fea que Picio —opina brusca Ximena.

La reprendo con la mirada.

—No seas superficial, nena. Para enamorar a un tío, el físico a veces no basta.

—Especialmente si es un alma sensible como Sergio —argumenta Paloma con aire soñador —, este tipo de hombres se fija en otras cosas.

—¿Qué tiene Belén Recio que Sofía no tenga? Por el amor de Dios, no me jodas, es una mosquita muerta, fea como un orco de las cavernas.

Sí, eso mismo me pregunto yo. ¿Qué puede atraerle tanto de su compañía? ¿Qué es lo que no le doy? No me quejo, Belén me considera su aliada, se porta bien conmigo, no en vano me sacó a rastras de los baños de la caseta, donde me había dedicado a regar el suelo con todo el vino ingerido. Y no noto que mire a Sergio con especial devoción, más bien es al contrario.

—Sergio es ambicioso —me oigo decir. La encendida cháchara entre mis amigas se corta de cuajo—. Mantiene la amistad con Belén por puro interés.

—Espero que sea cierto —rezonga Ximena poco convencida.

—Lo cual no explica la indiferencia que siente por mí —prosigo—. El que me rechace en la cama. Me exhibo en ropa interior de encaje delante mismo de sus narices y no se le escapa ni una miradita de reojo.

—Eso ya es grave.

—A veces son solo malas rachas —aventura Paloma con un suspiro—, el estrés... Pero él te quiere, estoy segura de que te quiere —remarca sin perder el aire fantasioso.

Pobrecilla, aún cree en los príncipes azules, y lo que es peor, en Sergio.

Yo no estoy tan segura de creer en él.

Bufo, rebufo, resoplo tres veces.

—¿Le has preguntado qué coño le pasa? —sugiere Ximena con su acostumbrada delicadeza.

—Mil y una veces. Y la respuesta siempre es la misma.

—«Nada» —se adelanta mi amiga—. Como si lo viera.

—Estoy cansada de tirar del carro, cansada de ser el motor de esta relación —digo, notando cómo la congoja se almacena en mi pecho y forma un nudo—. Harta de que entre él, Belén, y el juegucito mutuo que se traen entre manos, se hayan cargado mi alegría, mi positivismo y mi manera rosa de ver la vida. Ahora todo es gris... perla.

Se me empañan los ojos y retiro el plato de ensalada incapaz de seguir tragando. Ximena me coge una mano, consternada, y Paloma me agarra la otra.

—¿Cuántos meses llevas callándotelo?

—Desde su declaración fallida —gimo—, entre idas y venidas y con algún día feliz... casi seis.

—La madre que lo parió, qué resentido —farfulla Ximena.

Esta vez, Paloma no tiene valor para llevarle la contraria.

—El problema es que empiezo a perder la ilusión por esta pareja —admito en un sollozo contenido.

Paloma se lleva las manos, horrorizada, a la cabeza.

—Pero ¿qué me dices?

—Que tengo un jodido mecanismo de defensa que me enfría en cuanto las relaciones dejan de ser positivas. Que no tengo alma de masoquista, vaya, que empiezo a odiarlo.

—Y deberías agradecérselo a la madre naturaleza o a quien demonios te lo haya regalado —me consuela Ximena, cazando al vuelo una lágrima que corre por mi mejilla.

—Hacéis una pareja tan bonita —es la melodramática aportación de Paloma—, los dos tan guapos...

—A lo mejor es Belén y no yo, la media naranja de Sergio, y llevamos tres años engañándonos como chinos —me rindo. Y pido un té bien cargado.

—No digas eso, cielo.

—Ni siquiera vivimos juntos —parloteo al viento.

—Eso es porque a Sergio le va el rollo tradicional y prefiere esperar a que estéis casados...

Esa estupidez, lo único que consigue es que me remueva en mi silla y me cabree una *jartá*.

—Follamos, perdón, follábamos como leones, ¿vas a decirme que no acepta compartir piso por respeto? —Suenan tan sarcástico que hasta yo me asusto.

—No, pero... —balbucea Paloma momentáneamente perdida.

—Dejaos de idioteces, ni Belén ni Belón. Lo que a Sergio le pasa es que le puede el orgullo —resume Ximena, rotunda—. Que no soporta mudarse a tu casa, no tener la suya propia, vivir de

prestado a sus treinta años en casa de sus padres, y todo, porque no le sale del rabo buscarse un trabajo decente. Mírate tú.

Me miro. Vaqueros pitillo, zapatos de salón gris con puntera plateada, jersey gris con cuello de pico y cazadora deportiva amarillo mostaza. ¿Qué más?

—Acabando el doctorado y dando clases de aeróbic para sacarte unas perras con las que pagar tu independencia. Cosa que a él ni se le pasa por la tela del juicio.

—En eso quizá tengas razón —acepta tímida nuestra Paloma.

Ximena arquea las cejas en un probable «*lo que yo te diga, maja*».

—En fin, la cuestión es, ¿qué piensas hacer?

La pregunta de Ximena me pilla desprevenida. Alzo mis ojos llorosos y no sé qué responder. El camarero viene de camino con mi té doble y arruga el morro al detectar las ensaladas casi intactas.

—¿Las retiro? —nos pregunta ofendido— ¿Ha habido algún problema?

—Ninguno, están buenísimas, como siempre —me apresuro a tranquilizarlo.

—Seguir aguantando su humor de perros, ¿acierto? —me asalta de nuevo Ximena. Me da corte responder teniendo delante al camarero, aunque a ella le viene de perillas—. En lugar de estas César, va a traernos tres gin-tonics bien regaditos, que necesitamos reponernos de un susto. ¡Hale! ¡Marchando!

#SurgidaDeMiMente

Alex

Quién me habrá convencido y en qué día tonto, de que tengo talento artístico. Si lo tuviera no estaría aquí de pie como un gilipollas integral, mirando un lienzo vacío. Si lo tuviera, seguramente, se me ocurriría algo que dibujar. De tenerlo, las musas me visitarían depositando en mis dedos la capacidad de pintar algo hermoso.

Nada de eso está pasando, maldita sea.

El primer día en clase en que el profesor no se ciñe a modelos prefabricados, la primera ocasión para experimentar con la inspiración genuina, y soy el único alumno sin iniciar su obra.

Miro de reojo a mis compañeros. Todos se afanan muy concentrados y con mayor o menor fortuna, garabatean trazos básicos que luego generarán un cuadro. Mi cabeza lleva hueca y vacía ya una hora, y cuanto más la presiono para que dé algún fruto, menos material disponible encuentro.

—Menuda mierda.

—¿Vas a darte por vencido tan pronto?

La voz de mi profesor retumba a mi espalda y me giro, apesadumbrado. Acabo de dejar el taburete, empezaba a recoger mis cosas decidido a colgar los pinceles por hoy. Así, de pie y juntos, apenas me llega a la altura del pecho. Los ojillos de halcón de Juan López de Padua me recorren y yo, inmediatamente, siento vergüenza.

—Vas a darte por vencido sin ni siquiera intentarlo —repite como si fuese la peor noticia que podría recibir.

Paso el paño, nervioso, por la punta de los pinceles.

—No estoy inspirado.

—Tienes un enorme talento, Alex —me recuerda.

Agacho la cabeza y miro al suelo. Oh, sí, ¿dónde he escuchado eso antes? Ya está bien de halagos empalagosos que no me llevan a ninguna parte. Tiene razón mi padre. Esto es una soberana estupidez, debo centrarme en el estudio y empezar a comportarme como un adulto responsable. Invertir las pocas horas que me quedan libres para aprender a pintar puede, muy bien, calificarse de solemne tontería.

Lo mío son las líneas rectas, los arquitectos debemos ser tipos esquemáticos, con una sólida carcasa externa que nos proteja de todo rastro de sentimiento. Fríos y calculadores a la hora de repartir espacio. Siempre pensé que equilibrar la balanza de las malas energías con una actividad creativa sería inteligente.

Puede que estuviese equivocado.

—Deberías permitir que tu intuición brote libre y sin trabas.

Sacudo la cabeza tratando de no reír. Juan dice lo que dice, muy serio. Demasiado.

—Y eso, ¿cómo se hace?

—Pinta con los ojos cerrados.

Lo tranquilo que se queda al soltarlo es lo que más me desconcierta. Debe notarme el pasmo en la cara, porque aclara:

—No todo el cuadro, desde luego. Los trazos iniciales, los golpes de color. —Me mantengo en obstinado silencio. Juan tuerce el cuello en un espasmo—. Deberías intentarlo, a ver qué sale.

—Sí —asumo con desgana—, ¿por qué no? A ver qué sale.

Juan se retira con un gesto elocuente de sus manos, las palmas abiertas mirando al techo. Lanzo un vistazo alrededor. Nadie se fija en nosotros, en mí. Nadie juzga sus métodos, todos dan por sentado que De Padua es un genio y que todos los que recibimos sus clases somos unos jodidos afortunados.

Devuelvo los bártulos a su lugar con un suspiro y, poco convencido, bajo los párpados y apoyo la parte inferior del puño en el lienzo en blanco, con un carboncillo entre los dedos.

Bufo y me dejo llevar.

Algo se agita en mi mente, algo confuso que se resiste a tomar forma. Mi mano se mueve, insegura al principio, frenética después. Unas veces rasga la superficie, otras revolotea por encima sin rozarla. Inspiro hondo y dejo que toda esa sensación extraña fluya.

Es al cabo de un rato, que abro los ojos para mirar.

Esperaba que aquello fuese un borrón vergonzoso, la verdad.

No lo es.

Bajo una maraña de líneas cruzadas, puede distinguirse sin demasiada dificultad, un rostro de mujer. Pulido, delicado, de pómulos redondeados y línea de mandíbula definida. Boca de corazón, arco de Cupido marcado. Y los ojos... Ojos rasgados, felinos, pero sin color. Podría enamorarme de esa cara. Con los ojos cerrados.

Compruebo que los tubos de pintura al óleo están ordenados dentro de su caja y hago una apuesta conmigo mismo. Alargo la mano de nuevo con los párpados bajados, y hago pinza con dos dedos sobre el primer tubo que llama mi atención ciega.

Pero claro, no todo va a ir sobre ruedas hasta el final.

«Qué estupidez», me digo. «Nadie tiene los ojos de este color. Nadie humano tiene los iris plata».

Así y todo, es el color que empleo. Y cuando la miro de lejos, sé que es la mujer perfecta. Seguramente, porque no existe.

#UnaFiestaASolas

Sofía

Sergio no se digna a darme ninguna explicación del mal talante que nos amargó el viaje a Sevilla, y yo no me rebajo a pedírsela.

Jugamos a fingir que nada pasa y los días corren infelices en busca de algo a lo que ni siquiera sabemos poner nombre. Yo lo quiero, no llevo con él tres años por casualidad, ni por falta de opciones, que me sobran. Soy feliz con Sergio y con nuestras expectativas de futuro juntos. Vamos a casarnos, de eso no hay duda, aunque no de momento, por Dios y por todos los santos, no tenemos dónde caernos muertos.

Mi piso es pequeño, habría bastado, pero para él no es suficiente. Prefiere quedarse en casa de sus padres a plato y mantel puesto. Eso sí, como cualquier otro novio moderno, la mayoría de las noches duerme conmigo.

Antes.

Ahora no. Últimamente todo son excusas, cansancios y dolores de cabeza y yo, tonta de mí, lo acepto, rezando para que la racha se esfume, convencida de que tarde o temprano, nuestra relación volverá a la normalidad. Sergio es el hombre más importante de mi vida y solo por esa regla de tres, debe convertirse en el padre de mis hijos, esos churumbeles con los que tan a menudo fantaseamos.

Vale, quizá estemos atravesando una época negra. A mí, la tesis me tiene nerviosa y a él, las dificultades del mundillo editorial lo deprimen. Mal aliño para una ensalada. Con ese panorama, es hasta cierto punto comprensible que se vuelque en Belén y en su papi director de periódico, con estratégicos contactos, que ha prometido ayudarle.

Yo, en mi papel de lectora crítica compulsiva, despojada ya del velo de subjetividad que supone estar locamente enamorada del escritor, no tengo tan claro que las novelas de Sergio sean la leche. Más bien del montón.

Pero cualquiera lo insinúa. Para Belén, Sergio es la reencarnación misma de Dostoievski y aunque sus desproporcionados halagos no le hacen nada bien, tan solo alimentar un ego ya de por sí inflado, ahí quedo yo como la infame novietta, incapaz de reconocer la suerte que tiene con este diamante a medio pulir, a su vera. O como la escritora frustrada, carcomida por la envidia.

La noche de sábado resurge de sus cenizas cuando casi a última hora de la tarde, Ximena me llama para invitarnos a un sarao en el Museo Picasso. El edificio y sus aledaños han resultado escogidos como localización del rodaje de una novedosa serie de factura española y corte americano. Allá que vamos. Yo, loca de contento por airearme de una semana de apuntes y

sinsabores. Sergio, rezongando porque no le apetece mezclarse con «una panda de sosos estirados y monotemáticos que solo saben alardear de lo suyo».

Palabras textuales. Habló quien pudo.

Consigo convencerlo de que entre tanto creativo, puede que halle la inspiración que busca, y aunque tengo que tragarme un parraque de los buenos y la cantinela de que no son ideas geniales lo que escasean sino editoriales sensibles dispuestas a apostar por su arte, logro que se vista tan atractivo como en sus mejores tiempos, con vaqueros y una simple camisa blanca sin corbata, bajo una chaqueta de cuadros Harrys. Los ojos verdes, el pelo oscuro y el hoyito en la barba de Sergio bastan. Luce por sí solo sin ayuda de mucha estrategia militar.

Yo me pongo un vestido de punto de seda rojo, con la espalda descubierta en una especie de nudo bajo y unos altos tacones negros. A Sergio le molestan la mayoría de mis zapatos, no me saca muchos centímetros y a poco que me descuide, lo aventajo por media cabeza. De modo que cuando yo, adoradora de los tacones me los calzo, me echa una miradita torcida, así como de asco.

Da igual, después de tres años ya las toreo divinamente.

Vestidos de domingo, acompañados por Borja y Paloma, por si Sergio no encuentra un alma gemela con la que pegar hebra, y con un ánimo regulero, nos plantamos en el cóctel del museo. Ximena, la perfecta anfitriona, viene a nuestro encuentro a darnos la bienvenida y a ofrecernos una copa de champán helado. Al frente, la mesa de bebidas presidida por un magnífico centro de rosas blancas. Los invitados charlan animados en pequeños grupos que Ximena visita, intercambiando sonrisas, brindis y palabras. Una prole de camareros uniformados recorre la sala, armada con bandejas de canapés. Paloma coge uno de salmón, haciendo pinza con los dedos. Borja apunta a la mesa jamonera donde un cortador profesional saca lonchas de Jabugo casi transparentes y las ordena en un plato. Nos aproximamos.

—Estos no se privan de nada, ¿eh? —ironiza Sergio con retintín.

Miro alrededor por si alguien ha captado su desafortunado comentario. Sobre todo, porque al tiempo que critica, alarga la mano y acepta un plato rebosante con ademán codicioso.

Lo pasea por debajo de la nariz y pone los ojos en blanco.

—De primera —alaba—. Atacando, antes de que esta pandilla espabile, les llegue el aroma del patanegra y acudan en desbandada.

Lo dice con tanto desprecio, que siento vergüenza ajena y verdaderas ganas de salir corriendo.

—Sergio, por favor... —ruego con debilidad.

—Ni miento ni exagero, ¿con qué se pagan todos estos festivales?

—Es una productora privada —me apresuro a aclarar.

—Ya. —Alza las cejas a un tiempo—. Y el museo no recibe ni un céntimo de dinero público, ¿verdad?

—Da la casualidad de que no —masco entre dientes.

Picasso y su fundación no tienen nada que ver, esto es entre nosotros, Sergio trata de ofenderme a mí a través de mi amiga, la organizadora, agrediendo su trabajo.

—Ya —repite desdeñoso—, eso es lo que nos cuentan

Borja y Paloma se mantienen en cerrado silencio, contemplando cómo nos arrojamamos cosas a la cara, sin interferir.

—¿Te importaría comportarte? —A cada segundo me siento más violenta y me pregunto por qué lo he forzado a venir, estaría mejor en casa de papá y mamá, repantingado en el sofá,

viendo capítulos atrasados de House.

—¿Insinúas que no estoy a la altura de los restantes invitados? —me reta con clara intención de presentar batalla.

Desvío la mirada. Está claro que diga lo que diga, chocaremos. Ximena me lanza, desde su posición, algún que otro vistazo interrogante. Borja le agarra un brazo.

—Venga, pidamos un buen vino con el que regar el jamón —lo anima, ignorando su chirriar de dientes.

Por un momento, pienso que Sergio se zafará del amable gancho de Borja para echarme en cara la popularidad de los presentes, o mis preferencias, o el *snobismo* de Ximena, o... Yo qué sé. Se me forma un remolino de angustia en el estómago y miro alrededor, inquieta. Pero no.

Sergio se deja arrastrar hasta la mesa de bebidas y se sumerge, sin demasiados peros, en la conversación con su compañero de toda la vida. Paloma y yo los seguimos con las palabras entre los dientes. Transcurre media hora de relativa paz en la que las ocurrencias de Borja suavizan las tensiones y disipan el mal genio. Puede que la incomodidad de Sergio, sus ganas de marcharse a otro sitio solo sean visibles para mí, el caso es que rezo en silencio para que mi chico aplaque su actitud provocadora y se concentre exclusivamente en divertirse, que para eso hemos venido.

—Ven, Sofía, que te presento a una actriz amiga mía. —Ximena aparece de improviso por un costado y me da una palmadita en el hombro—. *Perdóoon*, os la robo un momentito.

Me retiro con un esbozo de sonrisa, en parte aliviada por distanciarme del foco belicoso.

—Estás guapísima de la muerte —exclama mi amiga, exagerando, como de costumbre—. De haber venido sola esta noche habrías vuelto loco al personal. Y te advierto que hay cada uno...

Hago un gesto para que no siga en esa peligrosa dirección.

—Aprovéchalos tú, que yo vengo acompañada y algo me dice que Sergio utilizaría el más mínimo pretexto para liarla. Lo he traído casi a rastras y no se molesta en disimular su irritación.

Ximena compone una mueca de asco intenso.

—Es un imbécil, perdona que te diga. ¿Cuántos actos literarios soporíferos y espantosos te tragas tú por acompañarlo? Esto ni siquiera es trabajo, es una fiesta, comida y bebida gratis por la patilla. ¿Es que no puede, simplemente, comer y callar? Nadie le pide que baile una sardana de agradecimiento.

—Ya te he dicho que está insoportable —cuchicheo cerca de su oído.

—Si quieres, voy y le digo...

—No, no, por favor, tengamos la fiesta en paz. No le digas nada. —De sobra sé lo bruta que puede llegar a ser mi amiga del alma—. Ahora, las bromas de Borja lo han apaciguado.

—Menudo cretino... —Nos detenemos frente a un reducido pero exquisito grupo—. Blanca, esta es Sofía, la casi hermana de la que te hablé...

Se gira para corresponder a las presentaciones, una chica joven, delgada en extremo, con un apurado y estiloso corte pixie, un vestido de gasa verde, sujeto con finísimos tirantes, y unos *Louboutin* que me hacen hiperventilar de puro deseo. Mientras nos besamos y cumplimentamos como mandan los cánones, yo ando más pendiente del rebaño aislado que componen Sergio, Paloma y Borja, anclados junto al jamonero, riendo de lo más felices.

Suspiro, aligerada, y disfruto de la intrascendente charla. Por fin, un poco de tranquilidad.

#SeráQueNoMeQuieres

Me desembarazo de la actriz tan pronto como puedo y regreso al redil más tontorrón de lo que me fui. Enrosco mi brazo en el de Sergio y me pego hasta depositar un beso en su mejilla afeitada. Mi novio recibe el obsequio, tirante y sin devolverlo. Deja una caricia descuidada en el dorso de mi mano y se zafa con un indiferente:

—Voy a por una copa.

Vuelvo a encontrarme sola y abandonada. Miro a Borja con un desesperado ruego en los ojos.

—¿Qué le pasa? —pregunto al final.

—¿Qué le pasa a quién?

—A Sergio, no te hagas el tonto. No soporta ni que lo toque —especifico muy dolida.

—Cielo, no seas paranoica, solo ha ido a por una copa —interviene Paloma. Pero yo no la miro. Sigo enganchada de las pupilas indecisas de Borja.

—Dime qué le ocurre. Ha debido contarte algo —insisto.

Borja esquivo la intensidad de mi angustia.

—Nada, mujer, ¿qué le va a pasar? Está jodido, no publica, ya sabes.

No, no sé, si supiera no estaría preguntando, ni deshecha por dentro.

—Se le pasará, nena, son... —nos interrumpe Paloma con atropello.

—Entonces lo habéis notado —concluyo decepcionada—. No son figuraciones mías.

—Esto es absurdo. Al final vas a conseguir crear un problema de verdad, algo que de momento no existe.

Madre mía, cómo me escuecen los ojos. Pestaño, aturdida.

—¿No te ha abierto su corazón? ¿A ti, que eres su mejor amigo no te ha dicho nada? ¿Es algo que he hecho, que he dicho?

—No, no habla mucho últimamente. —Borja camufla su azoro.

—Se le pasará —zanja Paloma de un tajo. Y su mirada y su tono son un claro «no te metas» a su novio.

Para mí es suficiente.

Ocultan información que no quieren compartir conmigo, cosas que seguramente Sergio ha confesado a Borja en un instante de agobio o debilidad, y de las que yo podría extraer desastrosas conclusiones. Lo entiendo por parte de Borja. Sergio y él son colegas desde la universidad, pero Paloma... Paloma es mi amiga, debería defenderme, apoyarme en circunstancias terribles como esta.

Cruzamos una mirada cargada de significado y quiero entender que hablaremos más

tarde, a solas y tranquilas. Me conformo. Entre otras cosas, porque Sergio regresa con su copa y el gesto resignado de quien acepta soportar contra su voluntad, un rollo de una horita, más o menos, que le desagrada. Paloma y Borja se distancian unos metros con la excusa del jamón, para darnos espacio.

Aspiro aire para insuflarme ánimos. «**Yes, Sofía, you can**», me digo.

Puedo comportarme como una novia mimosa y seductora, en lugar de como una bruja y apedrearlo, que es de lo que tengo ganas.

—¿No me has traído nada? —Finjo lloriquear al ver sus manos semivacías.

—No me lo has pedido —se defiende cortante.

Es cierto, no se lo he pedido, pero no mucho tiempo atrás, no habría sido necesario. Olvidados quedan los momentos en que a mi amor no se le ocurriría pedir una única copa en plan egoísta, sin tenerme presente y traerme otra.

No importa.

No voy a deprimirme tampoco por eso. Soy una chica independiente y moderna que no depende de un hombre para empinar el codo. Precisamente, pasa un camarero con copas de Rioja y me hago con una.

—¿Brindamos? —oferto deshecha en sonrisas, mirándolo fijo a los ojos.

En realidad, es una simple tregua a su hostilidad lo que pido.

Él hace chocar su vaso de tubo con mi copa sin demasiado interés y se la lleva a los labios.

—Serán todos muy famosos, no te digo que no, pero en su casa a la hora de comer. No me suena la cara de nadie.

—Es cine independiente —respondo por decir algo. Tampoco reconozco a ningún actor, la verdad, y darle la razón a mi chico, me parece un gesto de buena voluntad si quiero que mengüe el mal rollo—. ¿Te vienes a dormir a casa?

La sonrisa a medias de Sergio se convierte en una mueca de desconcierto que me hiela la sangre.

—¿Para qué?

—No será verdad que me estás preguntando eso... —Me aprieto contra su costado y le susurro al oído—. Para desnudarte lenta y lascivamente, para acariciarte todo, para meterme tu polla en la boca y conducirte en cohete a las estrellas, para...

—Ya basta. ¿Es que no puedes dejar de idear guarrerías un solo segundo?

Pestañeo perpleja y disparo a bocajarro.

—¿Atraviesas una época «gatillazo» y yo no me he enterado?

Se ofende mucho. Puedo comprobarlo con la sola ventolera que levantan sus bufidos. Y a mí me parece estar ante el confesionario de Fray Leopoldo de Alpandere.

—Mi mecanismo de levantamiento de pesas funciona mejor que nunca —ruge.

—Pues no será conmigo —me cabreo, que ya es hora.

—No digas gilipolleces.

Endurezco el tono cuanto puedo. Lo vuelvo de acero puro.

—Cuánto hace que no me tocas, ¿eh? Dime, ¿cuánto?

Sergio se concentra en mirar la lejana puerta.

—Ni que tuviéramos que estar todo el santo día dale que te pego, como dos conejos, Sofía, por amor de Dios.

—Ni por amor de Dios ni por tu tía la de Cuenca, Sergio, no me aclaras qué coño he

hecho para que tengas esa cara, ese mal humor constante, para que parezca que me tienes manía.

La voz se me quiebra al final. Por lo menos consigo que me mire.

—No te tengo manía.

Y desvía otra vez los ojos hacia el fondo de la sala, como si temiese que sus pupilas temblonas lo delaten.

—¡Mírame cuando me hablas! —exijo—. Por lo menos, me merezco algo de sinceridad. Sea lo que sea, podemos arreglarlo. ¿Es porque te pedí posponer la boda? ¿Es por eso?

Se enfurruña, mira a la pared y se niega a responder. Lo cojo del brazo y tiro hacia mí con brusquedad. Si me pinchan, exploto como un globo. Veo que Ximena me lanza miraditas preocupadas desde su privilegiada posición.

—Contesta, ¿es por eso?

—¿Porque me despreciaste? —me escupe a la cara—. No, claro que no, eso ya lo tengo superado.

Aprieto los puños por no estampárselos en los dientes.

—No hay nada que superar y tampoco te he despreciado. ¡Te pedí tiempo! Tiempo que los dos necesitamos para poner en orden nuestras vidas y no condenar al desastre el matrimonio, antes aún de celebrarlo. ¿No te parece que es lo más sensato?

Me mira resentido y con las mandíbulas encajadas.

—Eso es lo peor de ti, te crees en posesión de la verdad absoluta. O eso, o más inteligente que nadie. Quizá te interese saber algo —me lanza una mirada triunfante—, que ya no estoy tan entusiasmado con la idea de la boda, ni siquiera sé si quiero casarme contigo, es posible que te lo pidiera en un impulso.

Manda cojones.

Los ojos se me llenan de lágrimas. No me explico cómo consigo no derramarlas.

—Al final me das la razón —digo, con tal de no dar mi brazo a torcer y conservar mi ruinoso amor propio.

Sergio se encoge de hombros. Me deja plantada y se escabulle hasta la esquina donde esperan Paloma y Borja, sonrientes, zampando a dos carrillos. A mí no se me ha perdido nada a su lado. De repente, todos me parecen extraños.

—Vente conmigo, preciosa, no te quedes aquí sola. —Ximena acude al rescate, rodeándome la cintura con un brazo enojado y una mirada asesina dirigida a Sergio, que la ignora, tan campante.

Que el grupo con el que mi amiga socializa nos reciba de tan buen grado, es, de veras, reconfortante. Llevo el corazón encogido como una ciruela pasa.

Simulando reírme como una loca y flotar de felicidad, permanezco cobijada entre ellos, espiando a mi novio con el rabillo del ojo. No me presta atención. Lo veo ir al baño, volver, separarse de Borja y Paloma, volver a reunirse, sonreír, beber con expresión apática y hasta carcajearse. Todo menos acercarse a mí o buscarme. Por eso, cuando Ximena me cuchichea al oído su «*vámonos con esta gente a seguir la fiesta a otro lado*», no sé negarme.

A ver cómo reacciona, desapareciendo yo a la francesa.

Pues de ningún modo, la verdad.

Es como una ducha de hielo picado: ni una llamada, ni un mensaje. Me perdió de vista, volvería solo a casa, y no tuvo la decencia de investigar dónde demonios estaba yo, si viva o

muerta. Sergio no me vio marchar, nuestros amigos tampoco, simplemente me esfumé en el aire y le importa una mierda.

Qué ilusión. El dato indica que algo apesta a fallecimiento reciente.

Nuestra relación, por ejemplo.

Si he de ser sincera, en cuanto puse el pie en la calle cogida del brazo de Ximena, rodeada por aquel grupo tan variopinto y bullicioso, tuve tentaciones de divertirme. Sin él. A lo grande, como en mis mejores tiempos. Como cuando estaba soltera y todos me reclamaban para sus fiestas porque animaba a un moribundo, porque me reía de mi sombra y montaba un karaoke en un baño.

Todos esos talentos los fui enterrando a medida que descubría las inseguridades de Sergio. Él contaba muy bien los chistes, pero si no era el mejor, se ponía mustio. Apenas otro ser humano vivo le comía un milímetro de protagonismo, Sergio se apagaba como una pavesa. Se encogía en un rincón y dejaba hasta de respirar. Por eso yo me convertí en experta animadora de sus gracias y taponé las mías, asegurándome de que el atractivo e intelectual Sergio, concentrase los aplausos y solo le hicieran a él la ola. A cambio, yo fui marchitándome, convirtiéndome en una sosa con tal de verlo contento.

¿Y qué me había dado él? Pocos reconocimientos, pero casi tres años de amor.

¿Suficiente? Depende de para quién.

Creería merecérselo todo, supongo. O yo estaba demasiado enamorada como para rebelarme y Sergio aprovechó mi tontura.

Entre copa y copa, a pesar de las risas y los guiños de aquellos actores tan simpáticos, no pude reprimir la ansiedad, ojear de continuo la pantalla de mi móvil, esperando una señal de preocupación por su parte. No la hubo.

El mazazo de decepción fue total. Mi corazón roto en pedazos, curado a base de baile y alcohol. Fingir para no morir.

Pues sí, el caso es que logré mantener fresca la sonrisa y ágiles los pies hasta las tres de la mañana. Con la quinta copa de Rioja en la mano, decidí que no me importaba, y una vez de vuelta en casa, me desmaquillé lo imprescindible y de un salto, me colé en la cama a dormir a pata suelta.

#HechosSonAmores

Pasan cuatro largos y tristes días durante los cuales, no sé nada de Sergio.

La tierra del remordimiento es un gran pozo y se lo ha tragado.

Al quinto me llama como si nada, dicharachero y feliz, alegando un súbito arrebato de inspiración que lo ha tenido encerrado, escribiendo sin descansar.

Hago como que me lo creo.

—¿Salimos esta tarde a dar una vuelta? —propongo jugueteando con el boli contra la mesita del ordenador.

—No sé...

—Te vendrá bien —insisto machacona—, así te despejas.

—Igual tienes razón.

—Vaya, un cumplido —ríó—, creo que voy a desmayarme de la emoción. ¿Aviso a Paloma por si se animan?

—Mejor no, nosotros dos solos.

Nosotros dos solos acabaremos tirándonos los ceniceros a la cabeza o embalsamados de puro aburrimiento, seguro. Así que cuando cuelgo el teléfono con la cita ya concertada, marco el número de Paloma.

—¿Una cervecita esta tarde para celebrar el adelanto de una primavera casi veraniega? Empieza a hacer calor, Sergio me recoge a las cinco, podemos quedar directamente...

—Imposible —me corta cuando más entusiasmada estoy.

—¿Tienes planes con otra amiga? —Hago pucheros.

—No, es... mi madre. La de Borja.

—¿En qué quedamos? ¿Tu madre o la de él?

—Las dos, en realidad, las dos. Quieren que las llevemos de compras.

Una especie de mosca revolotea detrás de mi oreja.

—¿En serio?

—Sí, un rollo, ¿verdad? Hoy no puede ser, cielo, mañana o pasado.

Me lo habría tragado si no le hubiese temblado la voz. Pero Paloma miente fatal, se le nota a la legua, aquí hay gato encerrado. De acuerdo, toca enfrentarse sola a una violenta tarde con mi novio de casi tres años.

Señor, lo pienso y suena a martirio chino, ¿qué está pasando?

Malgasto un buen puñado de minutos delante del armario pensando qué ponerme, y eso que solo se trata de una cerveza y un tapeo. Tengo la impresión de que selecciono vestimenta para una ocasión que marcaré como especial en el calendario de mi vida. No tiene sentido, lo sé,

pero no logro desembarazarme de esa sensación agobiante por más que lo intento.

Elijo un vestido de entretiempo estampado en tonos magenta, medias y botines de medio tacón. Tras mirarme al espejo, decido que el bueno de Sergio no se merece tanto desvelo, y cambio el vestido por un vaquero con jersey blanco de punto fino, y un perfecto de piel negra. Deportiva, desenfadada y poco femenina. Para sentirme más fuerte. O menos débil.

Mi sexto sentido avisando de lo que se avecina pone a bombear mi corazón a lo salvaje y, cuando bajo a la calle y me encuentro a mi chico esperando dentro del coche con las gafas de sol puestas y el ceño fruncido, casi no sé escoger las palabras para saludar. Abro la portezuela y me siento.

—¿Qué tal?

—Bien, bien. Va haciendo calor, ¿eh?

—Sí, ya mismo playita.

Qué ridiculez de conversación, parecemos dos vecinos que coinciden en un ascensor. Mis ojos vuelan al salpicadero impoluto, donde en tantas noches de lujuria desenfrenada he apoyado los pies desnudos para abrir las piernas y que Sergio me haga el amor; sí, en el coche, a hurtadillas, como dos estudiantes alborotados en una noche de luna llena.

Ahora, esos momentos de humedad y jadeos quedan lejos, y en este chico atractivo y moreno no veo más que a un enemigo. Me llama la atención que no ponga en marcha el coche.

—Qué, ¿arrancamos? —lo animo, algo sorprendida por tanta pausa sin explicación.

—Verás, creo que tenemos que hablar —pronuncia con sumo esfuerzo.

—Bien, da la casualidad de que yo también lo creo. Vamos a algún sitio agradable y charlamos —insisto sin perder mi chispita de entusiasmo.

—Sofía, esto no va bien.

Alzo una ceja. ¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Eso está claro, el caso es ¿tiene solución?

—La verdad, no lo sé. Estoy confuso, agobiado. —Se revuelve el pelo, se frota la frente.

Me mantengo impasible viéndolo dudar.

Por un rato, nadie dice nada. Supongo que él espera mi reacción, pero no la tengo. El pulso acelerado, la boca seca, incapaz de decirle lo que pienso: que llevo demasiados meses aguantando sus desprecios, sus silencios, su desinterés. Ni una pizca de compasión, sin explicarme, sin apiadarse, sin empatía, machacando la poca autoestima que me queda.

—Todo este rollo que me estás soltando, ¿es para plantearme cortar?

—Bueno, sí, puede que debiéramos tomarnos un tiempo. —No logra decirlo mirándome de frente.

Y eso que sus gafas negras no me permiten llegar a sus pupilas. Cruzo los brazos sobre el pecho y suelto un «ah, vale» que más parece un escupitajo en un ojo.

—¿Ya no me quieres?

Y es que, pese a mi ensayado cinismo, sus palabras me han dolido más, mucho más, de lo que estoy dispuesta a admitir.

—No es eso, Sofía, no simplifiques cosas que son mucho más complicadas —analiza con la mandíbula tensa.

—Será porque tú las embrollas —arremeto—. Tan sencillo como darme un sí o un no. ¿Hay otra persona?

Su rostro gira hacia mí con una mueca sarcástica, sin respuesta.

—Te pregunto si estás con otra chica —me altero—. ¿Eso también es difícil o imposible

de responder?

—¿Qué pretendes? ¿Arrinconarme?

—Para ser novelista eres hombre de pocas palabras —espeto con mala uva.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos, definir sentimientos se me hace cuesta arriba.

—No debería, Sergio, todos tenemos altibajos. Atravesamos una época dura, me refiero a lo profesional. —Me estrujo las manos—. Es imposible que no nos afecte en las demás facetas. Esto podría superarse, la cuestión es si merece la pena esforzarse.

Guarda silencio.

Entonces, veo la magia de lo nuestro salir corriendo, el pequeño universo de cartón que habíamos creado a base de abrazos y promesas, reventar como un cartucho de dinamita. Me revuelvo incómoda en el asiento, mis dedos se acoplan a la manija de la puerta. Es hora de poner punto final a esta absurda pantomima que ya dura demasiado.

Lo mejor que tenía se lo di, Sergio me ha dejado seca, ya no me queda nada.

—Está bien —sueno rendida y agotada—, supongo que hasta aquí hemos llegado.

Empujo y vuelco mi peso hacia fuera. Sergio atrapa mi muñeca izquierda y me obliga a girar.

—Sé que voy a arrepentirme de esto —musita en una incomprensible y súbita marcha atrás.

—No tienes por qué —esbozo una sonrisa tristonera. Mi voz, a punto de romperse—, la decisión está tomada desde hace mucho.

Son aproximadamente las seis de la tarde cuando cierro la puerta de su coche y con ello, una etapa de mi vida. A las diez de la noche, me he embutido en un traje diminuto que deja poco a la imaginación y bailo y disfruto hasta las cinco de la madrugada, con mis amigas, pero sin Paloma.

¿Es pecado? No, es quererse.

No vuelvo a saber de Sergio, al menos de momento. Conozco el sinsabor de una historia de amor, antaño apasionada y repleta de planes, que pasa a ser agua de charco. Mi novio me ha sacado de su vida de un patadón y el que yo lo lleve fenomenal, sin llorar por las esquinas más que ratos, no lo hace menos cruel.

¿Con quién está liado?

Ximena y yo hacemos una porra: Sergio se acuesta con Belén.

Paloma nos esquivo. Sin embargo, como todo en esta vida, darnos esquinazo eternamente le es imposible y al final cede y tiene que venirse con nosotras a comer. Quedamos en el centro, en un local especializado en tostas, ibéricos y vinos españoles, con una decoración cálida, llena de maderas. Un buen lugar para someterla al tercer grado, que no se queje.

Ximena escruta el nerviosismo de Paloma por encima de su copa.

—Lo sabías, ¿no? —pregunto a bocajarro.

—¿A qué te refieres? —Ella manosea el pie de su copa medio histérica.

—No te hagas la tonta, Palomita, mona, pónnoslo fácil —ataca Ximena mostrando colmillo.

—Es que no sé de qué se me acusa.

—No seas dramática, nadie te acusa de nada.

Ese momento de flaqueza mío, a ella le da alas.

—Pues no es lo que parece. Has dicho que lo sabía. ¿Qué se supone que sabía?

—Que Sergio cortaría conmigo, por eso te negaste a salir juntos aquella tarde. Supongo que fui la última en enterarme, qué humillación.

—No digas bobadas. ¿A cuento de qué iba a mí Sergio a contarme nada?

—A ti no, a Borja.

Paloma enrojece hasta la punta de las orejas. Toma la tostada y mordisqueea una esquinita a pocos pasos de un ataque de nervios.

—Sabía que tenía que hablar contigo, no de qué —se justifica—. Decidimos que lo lógico era que compartieseis la tarde sin interrupciones.

—Qué considerados —ironiza Ximena.

—Empeñado como estaba en que no ocurría nada y que la paranoica era yo, ¿de qué tendríamos que hablar? —azuzo con mala intención.

—Yo qué sé, Sofía, de vuestras cosas.

Me pone en bandeja taladrarla con una mirada que no admite pretextos.

—¿Está con Belén?

—¿Qué dices? —se escandaliza. Me mantengo firme.

—Que si está con Belén. ¿Sale con ella?

—No. —Hunde los ojos en el suelo. El silencio pesa. Pesa mucho, al final se hace insoportable—. Con una amiga suya.

Ximena da una ruidosa palmada en la mesa.

—¡La muy cabrona! ¡Haciéndole de escopetilla a la amiga!

Yo me he convertido en piedra.

Esto sí que no me lo esperaba. Se me descompasa la respiración, me arde la garganta. Quiero salir corriendo.

—¿Una amiga? ¿Me estás diciendo que Sergio está con una amiga de Belén? ¿Desde cuándo? ¿Cómo? —Muy a mi pesar, siento que me pican los ojos y que se me inundan de líquido salado.

—Por lo visto, le puso los puntos a Sergio hace tiempo. Conste que Belén le advirtió que estaba cazado y bien cazado, enamoradoísimo de su chica hasta las trancas, o sea de ti.

Las cosas empiezan a encajar en mi embotado cerebro con tal precisión que casi las oigo crujir: «*crack, crick, crack*».

—Y la muy zorra se lo tomó como un reto personal —aventura Ximena con una mala uva capaz de hundir un petrolero.

Veo cómo Paloma se encoge sobre sí misma.

—No sé lo que pasó a continuación, solo lo que Borja me dijo, «*Sergio se está enredando, esto no va a salir bien*».

Por fin reacciono. Un poco a lo bestia, lo reconozco, porque aúllo con tal ímpetu, que temo que Paloma se esconda bajo la mesa.

—¿Y no me lo dijiste?

Por si mi alarido no fuera bastante, Ximena me secunda agitando las manos en el aire.

—Eso, ¿por qué diablos no se lo dijiste?

Los ojos de mi... ¿amiga? se empañan igual que un minuto antes se han empañado los míos. Soy consciente de que estamos siendo injustas presionándola de esa manera. Está claro por qué me ha sido infiel, era Borja, «su» Borja o yo.

Y lo eligió a él, normal. Yo... ¿habría hecho lo mismo?

—Joder... Al final va a resultar que soy mucho más idiota de lo que pensaba —musito—, esto no me lo olía. Pude temer que estuviera colándose por Belén...

—De forma inexplicable, porque es un callo de mucho cuidado —se cuida de matizar Ximena.

—Tendrá su gracia, seguro —me obstino revolviéndome el pelo—, todas las puerkas la tienen. Pero esto... este personaje fantasma agazapado en las sombras, esperando mi rendición... ¿Quién lo habría dicho? Ostias, ostias. ¡Ostias! —acabo chillando a medida que maldigo.

—Muchas ostias son esas, dale alguna a alguien. —Ximena habla y de reojo, señala a Paloma.

Vivimos una sucesión de silencios embarazosos con los que nuestra amiga reconoce su parte de responsabilidad en este desastre sin marcha atrás. Pero finiquito el mal rato, apoyando una mano en su antebrazo.

Sí, lo sé, soy una blanda y una gilipollas. Tengo de todo.

—Venga, va, da igual —la animo—. Lo pasado, pasado está.

—¿Cómo que da igual? —se enerva Ximena. Le hago un gesto de advertencia con los ojos y calla de inmediato—. De acuerdo, sí, da lo mismo. A la mierda Sergio y sus amantes. Gracias a Dios, Sofía está feliz y contenta.

Tanto como eso...

En fin. ¡Por Dios! No hace ni dos semanas que lo dejamos y ya están juntos. Esto se ha gestado mucho tiempo atrás, tonta de mí.

Pregunta del millón: ¿habrían cambiado las cosas de haber contado yo con esa dolorosa información privilegiada? No. Seguramente habríamos tenido más reproches, más drama, pero no más soluciones, ni más amor. Mejor olvidar, apretar el acelerador en lugar del freno, y mirar hacia adelante.

—¿Compartimos otro gin-tonic de postre? —Es mi lamentable modo de hacer las paces.

Me irrita la mueca de dolor de Paloma, menuda reprimenda se está comiendo, la pobre. Mi ex es un cerdo y eso poco tiene que ver con ella.

#FiestaPalCuerpo

¡Fiesta, fiesta! ¡Queremos fiesta, fiesta!

Tras la euforia llega el bajón.

Tengo una Ximena que no me la merezco. No me deja ni a sol ni a sombra, se cuida de que mis ánimos remonten e inventa planes imposibles de rechazar para los fines de semana. No voy a preguntar cómo se las ha arreglado para conseguir pases VIP a la inauguración del nuevo local que promete convertirse en la sensación de la temporada.

—Ponte remona, hermana, que vamos a arrasarlo —me aconseja por teléfono.

Yo me enfrento a mi armario. Menudo trago.

Quizá me he descuidado un pelín a lo largo de estos tres años de amor incondicional por Sergio, olvidando comprar prendas que me hicieran lucir deseable y sexy. Estaba conmigo, daba por hecho que le gustaba tal cual.

Escojo un socorrido vestido negro de precioso escote, ceñido y corto, que combina bastante bien con mis tacones favoritos. Me acicalo el pelo con la plancha y una ilusión nueva que me asombra. Por algún maravilloso motivo trato de tomarme la ruptura, no a la tremenda, ni como un fracaso personal que me haga sentir torpe y miserable, más bien como un recomenzar con más fuerza que nunca.

¿Por qué no? El lunes mismo, por la tarde.

Hoy es sábado y, aunque un poco forzada, me voy de juerga. Con ganas de ponerme de alcohol hasta las orejas y una sonrisa atrevida entre los labios rojos.

¡Qué derroche la decoración del bar!

Como el cuento de Aladino, pero en azul y dorado. Entrar es zambullirse en una realidad paralela. *Voy a pasar mucho por aquí*, me digo. Ximena cruza el umbral de la puerta bailoteando como una mona, sus largas piernas embutidas en unos pitillos de cuero, y su melenita rubia a lo afro. Llamando la atención sin cortarse un pelo. Nos hacemos un hueco entre la multitud agolpada alrededor de la barra, agita un brazo por encima de la cabeza, muestra un poco de escote y en medio minuto tenemos cada una un generoso gin-tonic en la mano. Y de gorra.

—Por nosotras —propone alzando la copa— y porque ningún sieso vuelva a cortarte las alas.

Espero a que el sorbo baje por la garganta para preguntar:

—¿Sergio te parecía un sieso?

—Los tíos inseguros siempre lo son —resuelve con un mohín de lo más enigmático.

Tengo la impresión de que me habla de un desconocido.

—Sergio era ocurrente, divertido y muy guapo —lo definiendo.

Bueno, no sé si a él o a mí misma por haberlo elegido.

—Eso último no te lo voy a negar. Pero delante de ti se achicaba.

Abro desmesuradamente los ojos.

—¡Anda ya!

—Mucho queso *pa* tan poco pan, que diría mi padre. El queso, desde luego, eras tú, bombón de canela.

—Discrepo, Sergio tenía talento. Yo jamás sería capaz de escribir un libro y de hacerlo, solo un chalado lo publicaría. Mi liquidación de ventas ascendería a cuatro ejemplares, los que compraseis tú, mi padre, mi madre, y puede que Paloma en un arrebato de remordimientos por haber sido tan cabrona.

—¿Tu hermano no? —indaga por encima del borde de su vaso.

—Mi hermano pasa de ser amable y teniendo en cuenta que mi novela sería un bodrio...

Ximena chasquea sonora la lengua.

—Vaya con el «*yonohesido*», qué bien hizo su trabajo.

—¿A quién y a qué te refieres?

—A Sergio, a convencerte de que valías menos que él. ¡Espabila, Sofía!

—Tú que me miras con muy buenos ojos —ríe.

Por no llorar, más bien. Ella no sabe lo cerca de la llaga que ha colocado el dedo. Tengo la autoestima a ras del pavimento.

—Los de cualquiera con un poco de seso, cariño. Mira, por ahí viene el grupo con el que he quedado. Te los presento.

A veces, las sorpresas traen de la mano personas que no esperabas volver a ver en la vida. Quizá por eso las llamen sorpresas, *cagoentó*.

Son seis personas, dos chicas y cuatro chicos, bien vestidos, con caras de sábado y pies bailongos. Ximena me los va presentando y por mucho que lo intento no me quedo con sus nombres, suenan así como Miguel, Raúl, Alex, Víctor, Patricia y Mariana pero no distingo quién es quién porque de entre todos, dos han tendido una red y capturado absolutamente toda mi atención.

Una es Patricia, una antigua compañera de facultad con la que solía coincidir en la biblioteca, y con la que habré compartido algún que otro café en época de exámenes. No habíamos vuelto a cruzarnos desde que nos hicimos la foto ridícula con birrete para la orla de licenciatura. El otro...

¿Cómo definir una visión cuasicelestial recién salida de un anuncio con más *photoshop* que píxeles? Este hombre es un dios perfecto: metro noventa (si no calculo mal con el mareo y los ojos vueltos), penetrantes y rasgados ojos verdes, pelo negro sedoso y abundante, sonrisa torcida y traviesa. Hay algo oriental en su imagen, un matiz sutil, qué sé yo. No es que lo necesite para ser irresistible, ni mucho menos, pero le suma la cualidad de «exótico» a un ejemplar del género masculino ya de por sí pluscuamperfecto.

El tipo de chico a cuyo paso se estrellan las bragas y babea todo aquello capaz de producir humedad. Y para colmo, se llama Alex.

Alex.

Suena sexy a reventar. ¿Se puede ser más... redondo y perfecto?

Su beso en mi mejilla, sí, no en el aire ni en el pelo, en mi mejilla, es mullido y caliente. Y se demora un segundo más de lo preciso. Me recorre de pies a cabello una sacudida eléctrica casi milagrosa. Tiritan mis rodillas y las palmas de las manos se lanzan a sudar.

¡Madremíadelamorhermoso! ¡Qué bueno está!

Capturo un par de veces la visión mágica de esos ojos que parecen lentillas. No es solo el color, no son solo las pestañas, es su fuerza, la potencia devastadora con la que te miran y parece que te arrancan la ropa.

«No caigas en ellos, no te enredes» me digo y me repito.

—¡Eres Sofía! —Una voz chillona corta de cuajo mis pornográficos pensamientos—. Chica, qué guapa estás y qué alegría de verte.

«Pues si tanto te alegras no sé por qué encoges la jeta, jamás».

—Hola, Patricia —respondo cortés y medio enfurruñada—. Igualmente.

De inmediato, se engancha a mi brazo y me arrastra lejos de Alex. Bueno, lejos de casi todo el mundo, para ser exactos.

—¿Estás trabajando? ¿Cómo te trata la vida? ¿Te casaste? ¿De qué conoces a Ximena?

De todo el aluvión, opto por responder solo a la última pregunta.

—Desde que éramos pequeñas, Ximena es mi hermana del alma.

—¡Mira tú por dónde! Pues soy su vecina. En realidad, no de ella, de su madre. Hasta me ocupo de acompañarla, vigilarla y darle sus medicinas cuando la crápula de su hija corretea por ahí.

Soltamos una carcajada. Mira, no recordaba que Patricia fuera tan chistosa.

—¡Alto con esa boca! —amenaza Ximena con un ojo bizco.

Patricia ahoga una risita.

Por encima de nuestras tontadas, como envolviéndome sin proponérselo, una punzante mirada desde atrás se me clava en la nuca. Dulce, persistente, poderosa sin dañar, pero constante. Tremendamente sensual.

Atisbo de reojo sin dejar de reírles las gracias a mis amigas. Patricia, en ese momento, nos presenta por segunda vez consecutiva a su prima y ahora sí le zampo dos besos distraídos, abrumada por el peso de la atención de aquel monumento hecho carne. Él me sonríe y directamente me mareo. No es el efecto de las copas lo que me presiona el vientre y hace arder mis instintos más primarios, no.

Por extraño e inesperado que parezca, es él, es su halo. Y yo no es que haga mucho por remediarlo si todo alrededor se ha difuminado para extinguirse en las sombras y solo quedan sus resplandecientes ojos verdes. La gente se mueve y parlotea. Yo solo me fijo en él.

Ximena atosiga a preguntas a uno de los chicos, y la prima de Patricia me narra no sé qué anécdota de su beca Erasmus. Por favor, debe hacer cinco mil años de aquello, ¿por qué le da a la gente por no perder la memoria? Sonríe como un maniquí y le doy la razón en todo. Solo Dios sabe a qué barbaridades estoy cediendo.

El grupo vuelve a apretarse y los componentes masculinos se nos arriman con bastante euforia a Ximena y a mí, interrogándonos acerca de nuestros trabajos y otros datos insustanciales. Alex no. Alex permanece algo distanciado, erguido y formal, paseando la copa de la barra a sus preciosos labios carnosos, meneando la cabeza como si hablase consigo mismo.

Como si no creyera algo que ve.

Puede que esté loco. Guapo de morirse, pero para el manicomio.

Eso es.

La otra opción implica un grado de perfección tal, que debería estar prohibido. De modo que... se está medicando y con carácter grave, decido.

Alex

Es una ráfaga de incredulidad.

No puedo asimilarlo, pero ahí está. Ella al completo, como un beso abierto de flores blancas, con sus increíbles ojos plata y el mismo óvalo que yo he dibujado. Sofía se llama.

«*No caigas en ellos, no te enredas*», me digo pensando en sus iris.

No puedo reírme enloquecido como habría querido, pero tampoco puedo dejar de sonreír. No me atrevo a tocarla, no solo por falta de confianza, sino por temor a que se esfume en el aire como el humo.

Su aparición quiere decirme algo importante. Algo como que una etapa vacía de mi vida se ha cerrado.

El ir y venir de cama en cama sin comprometerme, sin responsabilidad sobre mis actos, sin remordimientos. Sin encariñarme con el tacto de nadie, sin echar de menos un olor, la seda de un pelo. Puede ser que toda esta fase de inmadurez permanente mía haya evolucionado a un estado superior. Como los Pokemon. Porque de otra manera, ¿quién explica su presencia aquí?

Ella. Esquivando mi mirada, sonrojándose de un modo tan delicioso que dan ganas de comérsela a besos. Pestañeando tímida, encandilándome sin la menor intención.

Noto una presión placentera en el pecho y otra aún más demoledora en la entrepierna.

En cuanto me sé a salvo de mí mismo, me acerco a ella. Su olor me atrapa al instante y la necesidad de charlar vuela lejos, porque contemplarla ya es suficiente.

—¿Qué bebes?

—Gin- tonic de vodka. No se lo digas a nadie —añade en un susurro—. Ponen caras raras.

—¿No deberías cambiarle el nombre?

—Eso es lo de menos, lo importante es el chorrito de limón natural exprimido. Sin ese ingrediente vital todos saben igual.

—De modo que me hallo ante una experta coctelera.

Sofía echa atrás la cabeza y lanza al aire una carcajada burbujeante. Algo ha ocurrido entre nosotros desde la primera mirada. Somos dos almas antiguas reconociéndose.

—Para nada —admite—, no entiendo un pijo de combinados, soy poco alcohólica.

—Sé que no suena muy original, pero ¿a qué te dedicas?

—Soy... seré doctora en psicología en unos cuantos meses. De momento, juego a ratón de biblioteca enterrado entre estadísticas. ¿Y tú?

Me encanta que me devuelva la pelota. Eso significa que no le disgusta la idea de seguir charlando.

—Algún día seré un arquitecto genial. De momento soy arquitecto a secas.

—O sea, que haces casitas.

—Lo intento.

—Suena igualmente bueno. —Sonríe. Yo la sigo.

—Tú, que me miras con ojos amables. Y qué ojos —se me escapa sin casi querer.

Sofía aparta la mirada con un delicioso rubor instalado en las mejillas. No tardo ni dos segundos en arrepentirme. Cosas tontas como esa deben decirle los tíos a puñados, rendidos a sus pies. Y yo no quiero ser uno de ellos, uno más del montón que alaba sus iris de diosa.

—Oyéndonos hablar cualquiera pensaría que somos unos desgraciados —me sorprende con una sonrisa entre los dientes— y me refiero a nuestro trabajo. Yo, de momento, me gano la vida dando clases de aeróbic, lo cual no es precisamente el sumun de la emoción, pero ser arquitecto es jugar en otra liga, suena interesante.

—Lo es. Si no tienes un padre abogado con un bufete floreciente, que te mira mal porque no has querido continuar la saga familiar.

—Comprensible.

—Odio el derecho, me parece la mayor hipocresía del planeta. Cuestión de opiniones, supongo. Mi hermana sí ha seguido sus pasos, la tiene terminando la pasantía.

—Pero... —adivina mi sagaz Sofía.

Me revuelvo el pelo.

—Él sigue deseando que fuera yo. Me temo que ya no tiene mucho arreglo. —Señalo su copa casi vacía—. Te pido otro.

—No, gracias, no puedo beber a tanta velocidad o pronto me dará el cariñoso.

Esta vez no puedo evitar recurrir al chiste fácil.

—¡Camarero! ¡Seis copas para la señorita! Bien cargadas y rapidito.

Oírla reír de nuevo es como una recompensa en monedas de oro macizo. ¿Qué diablos tiene esta chica para fascinarme al primer golpe de vista? Sí, claro, me refiero a algo más que a ser el vivo retrato de la mujer de mis sueños, en movimiento y respirando.

No me cabe duda; se da cuenta de que la miro embobado. Parece discretamente halagada.

Patricia llega y se mete por medio como una tromba imparable. La agarra de un brazo y se la lleva.

—Tienes que contarme un montón de cosas ¡tenemos que quedar a comer algún día! He roto con mi novio, vuelvo a estar en el mercado de los corazones solitarios y necesito una mano amiga con la que desahogarme —cotorrea con aire teatral— ¿Tú sales con alguien?

Bravo. Justo lo que yo deseo saber y no me atrevo a preguntar. Finjo indiferencia, cuando en realidad, arrimo la oreja y despliego las antenas.

—No, ahora no.

Va a sonar infantil, pero...

¡¡Yupi!!

—¿Aquel chico con el que te conocí en la facultad...? ¿Sergio?

—Sergio, sí, ya terminó. Se hizo un poco demasiado intenso.

Patricia pone los ojos en blanco y cara de sabihonda.

—Sé a lo que te refieres, los hombres no conocen el término medio. O huyen del compromiso como Satán, o te asfixian.

—Algo así —concede Sofía con debilidad.

Patricia sigue parloteando, acaparando todas las palabras disponibles, en frases aceleradas, esforzándose mucho por mantener ocupada a Sofía. Yo no la conozco apenas, es amiga de uno de mis amigos y se ha sumado un par de veces a una ronda de tapas en grupo. Esta noche va y aparece del brazo de su prima, una chica maja pero taciturna que solo nos mira con los ojos muy abiertos, sin participar.

No es que haga demasiada falta, Patricia lo hace por las dos.

Vaya por delante que me agrada el carácter alegre de esta chica, y hasta podría disfrutar de su estrepitosa energía, de no notarla demasiado interesada en mí, un poco ansiosa.

No me gusta.

Ni ella más allá de como amiga, ni las sensaciones que despierta, ni el hecho de que haya mentido a Sofía: sí tiene novio, el mismo desde hace un montón de años, nuestro común amigo, Víctor, me lo ha contado. No pondré trabas a compartir parranda nocturna en grupo con ella y menos, sabiendo que Víctor planea aprovechar si se le pone a tiro; pero me molesta que acapare a Sofía y la aleje de mi área de influencia. Habría invertido toda la santa noche en admirar estos ojos radiantes.

En lugar de eso, tengo que conformarme con observarla desde lejos, sin oportunidad de cruzar una sola palabra con ella.

Gracias, Patricia, te lo has montado de puta madre.

A eso de la una, el objeto de mis deseos sale por la puerta junto con su amiga, compartiendo confidencias. Sin volver la vista atrás.

No duermo en toda la noche.

#NuevosHorizontes

Sofía

Su voz. No la he mencionado, ¿verdad?

Otra de las cualidades extraterrestres de Alex Conde es su sensual y aterciopelado tono de voz, algo áspero o rasgado, como la de los cantantes italianos. Todo en ese chico está calculado al milímetro para seducir. Es un cañón de protones para mujeres, destila sexo por todos sus poros. Sin proponérselo, sin perder la naturalidad, con solo sutiles movimientos.

Eso es lo peor y lo más peligroso, que no lo haga adrede.

Después de esa primera velada, Patricia me llama en un par de ocasiones y ante su insistencia, quedamos para comer. Recordamos viejos tiempos y tras recobrar parte de la confianza perdida por la distancia y el no vernos, se sincera.

—La otra noche no te dije toda la verdad. Sí tengo novio, si es que se le puede llamar así, con la racha que estamos pasando.

—¿Y...?

—Pues que no sé si conseguiremos remontar o lo dejaremos correr, niego su existencia para ir haciéndome a la idea. Lo nuestro es puro desgaste.

—¿Muchos años?

Hace un gesto de hastío.

—Una eternidad, casi quince.

—Entonces ya estabas con él cuando nos conocimos en la universidad —apunto, recordando sus descarados coqueteos hasta con los bedeles octogenarios del edificio.

—Sí, pero él estaba fuera estudiando y si propagaba por ahí que estaba pillada, nadie me invitaría a salir, ni a cenar..., de manera que simplemente, lo omití.

—Una estrategia como otra cualquiera —valoro con ironía, sin atreverme a juzgar.

—A veces pienso que debería cortar. Luego lo miro a la cara, tomo conciencia del cariño que le tengo y no acabo de dar el paso. —Me mira con sus ojillos chispeantes y un puchero—. Lo sé, soy una cagada ¿pero eso implica también ser una mala persona?

Sonríó afectuosa y le tomo la mano.

—No, mujer, no seré yo la que diga eso. El mundo de las relaciones es tortuoso a veces. Lo que tenemos no nos convence, lo que buscamos no aparece...

Las letras de la siguiente palabra quedan en suspenso en el aire, soy incapaz de pronunciarlas. Lo que acaba de aparecer delante de mis narices me petrifica en el acto.

Sergio, mi Sergio, engalanado hasta las orejas, con su camisa blanca y su pantalón

oscuro, presumiendo de cinturón de marca y de chica. Sí, de chica. Algún día tenía que pasar. Patricia se gira alarmada por mi súbita palidez. Sergio no nos distingue entre el gentío.

—¿Ese no es...?

—Es. —La corto para que no siga añadiendo detalles. Mi corazón encogido, arrugado y lloroso no los necesita—. Y ella debe de ser la zorra que se propuso cazarlo.

—¿La conoces?

Niego tristemente con la cabeza. Es una suerte, solo faltaba.

—Pero me consta que empezó a trabajárselo cuando aún estábamos juntos. Lo de que él no estuviese disponible, pareció motivarla mucho.

Ha sido soltar la frase y mutarme los ánimos. De estar desolada, a llevarse los demonios. Encajo las muelas con un suspiro, decido que Sergio está ya más que fuera de mi vida, y que el fortuito encuentro en el momento en que nuestros ojos se crucen, le dolerá a él más que a mí.

A él, que ha sido infiel a saber desde cuándo. A él, que ha cortado conmigo sin las agallas necesarias para confesarme que había otra calentándole el colchón.

Repaso a la chica en cuestión. Una mosquita muerta en el más literal sentido de la palabra. Qué bien me la han colado, tanto ella como la mosca muerta número uno, doña Belén.

A mí, que iba de moderna por la vida, ¡toma! ¡En toda la boca!

Finjo tranquilizarme tomando aire y le pido a Patricia que retome la conversación con naturalidad. No vuelvo a mirar, y ellos se acomodan al fondo en una mesa, muy acaramelados. Me asusta percibir que no flota ni pizca de celos en mi reacción, que ni siquiera me molesta el hecho de verlos juntos. Es más un estar furiosa por su falta de sinceridad, por hacerme perder el tiempo arrojando esfuerzo a una relación que no se lo merecía en absoluto. Por haber dejado en mi vida el recuerdo desastroso de una entrega inútil.

—Y como se me cruce alguien que me ponga, lo mando a hacer puñetas —oigo que suelta Patricia.

Sacudo la cabeza y regreso a tierra. Ella, siguiendo mis instrucciones, ha reanudado la charla y solo Dios sabe el rato que lleva cascando sola, mientras yo divago y me autocompadezco. Me pongo súbitamente en pie.

—¿Podemos cambiar de bar? —Consulto la hora en mi móvil—. La verdad es que casi debería marcharme ya.

Recuperamos nuestros bolsos sin pedir la cuenta y caminamos hasta la barra para pagar, allí desde donde la mesa de Sergio y su nueva conquista es perfectamente visible.

—¿Qué le debemos? —pregunto buscando el monedero en el fondo del agujero negro que es mi bolso.

—Deja, yo te invito —replica Patricia—, así me debes una y tenemos excusa para vernos otro día.

Sonrío tensa porque en ese momento, ocurre. Las pupilas de Sergio viran, se cruzan con las mías y me regalan el inmenso placer de ver cómo se le descompone la cara. No hago amago de saludar, no muevo un músculo. Solo me esfuerzo en concentrar en una mirada todo el asco que me provocan sus pasadas cortinas de humo y las humillaciones con las que logró hacerme sentir basura, con el único fin de tapar sus mentiras.

De tal palo, tal paliza.

Me dirijo a la puerta tratando de controlar el temblor insano de mis rodillas.

Adiós, Sergio, que te den. Francamente, te deseo lo mejor.

#EllaExiste

Alex

Ahora que sé que ella existe, el mundo tiene otro color. Sé que suena a tópico, pero realmente lo tiene. Las cosas cotidianas siguen en su lugar, supongo, pero resaltadas con un brillo especial y absorben mi atención más allá de lo habitual.

Pienso en Sofía.

La huelo a pesar de que no está. La imagino a solas, desnuda y entregada, y mi cuerpo reacciona por sí solo. Fantaseo con que esos ojos diabólicos me miran solo a mí y la sensación de poder que trae aparejada el poseerla, me excita como un cabrón ciego.

Ahora solo hay que coincidir de nuevo y permitir que las constelaciones se alineen, no a su antojo, sino al mío.

#VestidaParaMatar

Sofía

Ximena y Patricia han organizado la salida por su cuenta, incluyéndome en el lote. Es sábado, el grupo será el mismo con el que coincidimos en la inauguración. Eso significa una cosa: Alex estará allí, volveré a verlo, puede que averigüe algo más acerca de ese hombre de belleza sobrehumana y voz de terciopelo, sobre el que no me he atrevido a indagar.

Ni siquiera sé si tiene novia. Igual es uno de esos golfos que aprovechan las ausencias de su chica para cepillarse todo cuanto se les pone por delante. Claro, que es difícil deducir eso de su comportamiento respetuoso y algo indiferente. Tampoco es que tuviera ocasión de ir más allá, con Patricia siempre en medio como el jueves.

La cita es a las diez en la plaza de la Constitución, pero llegamos tarde. No más de quince minutos, esa es la verdad, y por culpa de Ximena, que me llamó tres veces por teléfono para quejarse de que no tenía qué ponerse. Aparece embutida en unos pantalones de cuero negro a juego con un jersey finito crudo y una preciosa chaqueta de punto grueso del mismo color. En cuanto a mí, he optado por lo práctico y lo seguro, queriendo parecer casual y sexy al mismo tiempo, con unos pantalones pitillo, salones de animal print de pelito, camiseta desbocada negra con estampado de «Guns´Roses» y cazadora de cuero. A su lado, vuelvo a parecer la Cenicienta en tienda de campaña. Puede que solo me salven mis labios marcados y llenos, pintados de rojo.

Al margen de mis recelos, mi amiga se deshace en piropos hasta ponerme como una sandía. No menciona a Alex, solo su culo, su cuerpazo imponente y en un vistazo general, lo bueno que está. Se queda corta. El caso es que en la plaza, en el punto de encuentro acordado, no nos espera ni el gato.

Ximena bufa comprobando nuestro retraso en su reloj de pulsera.

—Joder, vaya con las puntuales ¿ya se han marchado?

—Puede que todavía no hayan venido —sugiero, convencida, no sé bien por qué, de lo contrario.

Ximena marca el teléfono de Patricia en su móvil y mientras los tonos se suceden en vano, la cara se le va desencajando.

—Hija de puta...

—¿No contesta?

—No contesta. —Aprieta colérica el botón de colgar—. Esa y la sosa de su prima, se han adjudicado a los chicos y se han largado antes de que llegue la competencia, o sea, nosotras.

—No entiendo a cuento de qué, si les estorbamos, con no incluirnos en la cita...

—Es que por lo visto, Alex y Víctor le sugirieron que nos avisara y no habrá querido quedar mal. Pero está claro que se mueren por tenerlos para ellas solas. *Cachoputa...*

Hago un esfuerzo para ubicar a Víctor entre el grupo que me presentaron el otro día. En principio, mi mente solo grabó a fuego un nombre, un rostro, un cuerpo.

—Xime...

—¡Ni Xime ni Dios! Que tiene novio, joder, y lo lleva todo para adelante, o al menos eso pretende.

—¿Qué hacemos? ¿Tomamos una copa por nuestra cuenta? —propongo ocultando la decepción que me ocasiona no ver al guaperas.

Ximena se gira a mirarme con un brillo malévolo en sus ojos. Un brillo que ya conozco de otras veces, de otros líos.

—Tomaremos una copa, pero donde sospecho que están ellos. A estas les jodo yo el almanaque, no voy a dejar que se vayan de rositas.

Subimos por calle Álamos hasta el pub irlandés. Según los informes de Ximena, agente secreta, hasta allí ha encaminado sus pasos el escurridizo grupo y, en efecto, así es. Exactamente en la segunda mesa a la izquierda nada más pasar la barra están ellos y ellas, rodeados de pintas gigantes, riendo como descosidos a cuenta de no sé qué juegucito de los que aseguran una tajada como un piano de cola.

Ximena le clava a Patricia una mirada asesina y la otra ni se molesta en disculparse. Tampoco le agrada vernos aparecer. Como no se mueve de la silla, Ximena me empuja refunfuñando hasta la barra, nos sentamos en un par de taburetes y pedimos unas cañas.

—¡Será cerda! —la oigo farfullar.

En menos de un microsegundo tengo la imponente presencia de Alex pegada al costado. Con unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca ceñida y un jersey de lana fina, verde como sus centelleantes ojos, cayendo en plan descuidado por sus prominentes pectorales. Huele a madera, a bosque y a manantial.

Me recorre un brutal espasmo de deseo, de pies a cabeza.

—Vamos, chicas, sentaos en la mesa con los demás, no podéis quedaros aquí apartadas.

Eso, no podemos.

—Ni lo sueñes —es la seca respuesta de Ximena.

A mí, es como si me metiese un dedo en el ojo, igual.

Contengo el aliento. Alex acaba de sonreír y se le forman dos hoyuelos en las mejillas. El acabose.

—Seguro que no han querido ser descortesos. Quedamos a una hora y fueron puntuales, no le des mayor importancia.

Noto que, aunque le habla a ella, es a mí a quien taladra con su intensa mirada. Por Ximena no hay que preocuparse, el enfado le inmoviliza los ojos al frente y solo dispone de atención para su jarra de cerveza helada.

—Vamos, Ximena, no estropeemos la noche —insiste Alex con una dulzura capaz de derretir un iceberg.

—Ellas la han estropeado —acusa vehemente—, créeme, nos conocemos, no es la primera vez que salgo con Patricia y estaría muy bien que se hubiese disculpado.

—Se ha quedado cortada al veros entrar —cuchichea cómplice.

—Seguramente pensaba que se había librado de nosotras —gruñe mi amiga apartando unos segundos las pupilas del líquido espumoso.

En ese instante, la sonora carcajada de Patricia corta el ambiente.

—Y está borracha —resume Ximena con desdén.

—Eso también. No nos dejéis solos con ellas, dan miedo. —Alex extiende una mano hacia mí y espera como si su intención fuese sacarme a bailar—. Venga, preciosas, ¿volvéis a la mesa?

#AcercamientosQueLoValen

En cuanto percibo que a regañadientes Ximena recupera su bebida y se mueve sobre el taburete, entrego mi mano y Alex atrapa mis dedos. Es como un latigazo de calor, la energía que emana su cuerpo, sus ojos desnudándose y el esbozo de sonrisa de agradecimiento que se le escapa.

Si Patricia se lo quería reservar en exclusiva, verlo pelear para que cambiemos de opinión y llegar juntos a la mesa, es la bofetada más dolorosa que puede llevarse.

El grupo se apretuja para dejarnos espacio y nos saluda alegre, aliviando tensiones. Patricia y la pava de su prima no abren la boca. Solo sonríen como bobas y devoran a Alex con los ojos. Yo tengo la impresión, sin embargo, de que a él le importan bien poco. Y con la excusa de unos juegos bastante pueriles, consumimos ingentes cantidades de cerveza y mi cerebro empieza a dar vueltas de campana.

Cuando voy al baño, Ximena me sigue y al regresar, ellos se han puesto en pie para cambiar de local.

—Estoy cansada y tengo reventados los artefactos de caminar —avisa mi amiga.

Se parece bastante a un «*me largo en cinco minutos*».

—Si quieres nos vamos —accedo notando también la presión de los malditos tacones a lo largo de todo mi pie.

Pero uno de los amigos de Alex, el tal Antonio, algo más bajo que él y con un gracioso tupé castaño claro, decide no ponérselo tan fácil. Rodea a mi amiga por la cintura con una tentadora sonrisa de ladrón de corazones.

—Nada de eso, la noche es joven y acabamos de empezar. No podéis iros.

—La noche será joven, pero yo tengo la impresión de cargar con cien años a la espalda —protesta Ximena colgándose el bolso al hombro.

—Una copita solo, la última, si quieres te llevo en brazos. —El chico la mira con ojitos de cachorro abandonado y ella suelta una risita.

—Venga, una sola. Cómo me lías, adulador...

—Cuando quieras irte, avisa, hemos venido en mi moto —explico a modo de disculpa.

—Ni de coña —me corta mi amiga con un dedo estirado—, pillo un taxi, no voy a chafarte la noche.

Arqueo las cejas, sorprendida. ¿Chafarme qué? ¿Acaso ella ve algo que a mí se me escapa? Mirando el modo en que Antonio se le pega, si alguna ha ligado, desde luego, no soy yo.

—No hay nada que chafar, cuando digas nos piramos.

—¿También eres motera? ¡Qué buena noticia! —Alex se coloca a mi espalda y acopla sus manazas sobre mis hombros en un gesto distendido de colega amable.

El aroma de *Legend*, de Mont Blanc, me rodea y me caza.

—No es más que una Vespa del siglo pasado, desconchada y pintada de rosa —adviento, no vaya a hacerse ilusiones.

—Da igual, el caso es que disfrutes las dos ruedas, amazona. ¿Quieres ver la mía? Ven, que te la enseño.

Me agarra de la mano y tira sin pedir permiso. Abro desmesuradamente los ojos. ¿El guapo de Alex quiere presumir de cacharrito? ¿Impresionarme con su máquina? Qué infantil me resulta la situación y qué erótica al mismo tiempo. Una motocicleta potente es, en una primera fase, el sustitutivo más aceptable de su entrepierna.

Me arrastra a la salida. No me disculpo ni con mi amiga ni con las demás, simplemente me dejo llevar sin darle al gesto mayor importancia.

—¿Dónde nos vemos? —pregunta Alex en voz alta conforme salimos.

—En *Dospasos* —responde uno de ellos, no sé bien quién, ando muy distraída.

—Te vienes conmigo —decide en una especie de orden que me halaga.

—Pero mi moto...

—Se queda aquí, luego la recogemos.

—Y Ximena...

—Miguel y Antonio traen coche, se encargarán de ella. —Su sonrisa dedicada por entero, me roba el aliento—. Deja de sufrir por todo el mundo, mujer, hace una noche de primavera preciosa, vamos a disfrutarla con un poco de viento.

Tiene razón. Soy demasiado racional con todo lo que pasa por mi vida, localizo el ingrediente «lógico», me obligo a pasarlo por el filtro de la inteligencia, a darle un sentido, un significado. A veces culpo a mi carrera por haber perdido parte de mi espontaneidad y haberme vuelto tan ceñuda, tan... fría.

Bueno, esto último quizá tuviese parte de sustento en mis tres insípidos años de relación *cuasiamorosa* con Sergio.

En serio, la motaza es para lucirla y fardar de ella sin ningún tipo de humildad. ¿Para qué, con una Harley como esta? Nada de alforjas con tachuelas ni manguitos de cuero con flecos, solo la máquina cromada y arrogante en su más salvaje belleza. Alex me ofrece un casco y se cala el otro. Luego se ocupa de abrochármelo.

¡*Mon dieu*, qué mono es!

—¿Lista?

—Listísima.

—Pues arriba, señorita.

¡Me acaba de palmear el culo!

Apoyo garbosa el pie en el estribo y me acompaño con las manos sobre sus anchos hombros para izarme. Aprovecho y palpo. Son duros, cincelados, solidos como rocas. Tan solo un segundo antes, Alex ha levantado una pierna por encima del monstruo mecánico y aposentado su poderoso paquete sobre el tanque de gasolina, con un movimiento elegante pero tan sensual y seguro de sí mismo, que me arden las bragas.

Las imágenes calenturientas que desfilan por mi mente van a llevarme directa a la combustión espontánea. A ver si arranca prontito y con el fresco se me pasa.

#MeLlamanLaCobra

Joder, no sé nada de él; ni siquiera si sale con alguien y basta que me mire para perder la noción de las cosas y que todo empiece a importarme un rábano.

El motor gruñe sedoso y las ruedas giran alejándonos de la cervecería donde todo ha comenzado. Cruza el centro de la ciudad a velocidad de paseo y me siento segura y liberada allí contra su espalda de muralla, alimentándome del aroma a Alex que el viento arrastra en mi dirección. Algunas sensaciones que me invaden, como esta de plenitud, ya hace tiempo que no las sentía, pero por lo visto, no estaban más que almacenadas en algún rincón olvidado. Está claro que puedo volver a gozar con cosas sencillas como un paseo en moto.

Vale, con un tío estupendo pegado a los pechos, no voy a negarlo, pero no es eso lo que me hace tan feliz, de veras.

Chicas, ¿es que nadie va a creermee?

Salgo de Babia al darme cuenta de que Alex enfila hacia el paseo marítimo y apaga el motor. Claramente, allí no nos espera nadie ni hay ningún bar, solo el cielo negro, un mar de plato liso bajo la luna llena, y el más increíble sosiego que pueda desear una mente estresada. Se arranca el casco, se revuelve el pelo negro y suspira hondo sin bajarse de la motocicleta.

—Ya lo entiendo —musito chistosa desde debajo de mi casco cerrado—, te has perdido.

—No, solo quería bajar un rato y oxigenarme. Si fumase, habría salido a la calle con la excusa de un pitillo, pero ya no fumo.

Baja con agilidad al suelo, sus dedos buscan mi cuello y el broche del casco. Lo desprende suavemente hacia atrás y la brisa nocturna agita mi melena color miel. Alex sonrío torcido sin dejar de contemplarme, la situación empieza a ser irresistible. Me ofrece la mano y descendo, sintiéndome princesa por un nanosegundo.

—Oxigenarte —repito fingiendo refunfuñar—. ¿Tan agobiante es mi compañía?

Él deja ir una alegre carcajada que reverbera en el aire.

—¡No, por Dios, claro que no! Eres la compañera más adorable que podría pedir, solo quería compartir contigo este momento especial.

Deja de mirarme y sus increíbles ojos verdes se pierden en la línea invisible del horizonte.

—No eres el único que acude al mar en ciertas noches —murmuro pasado un rato.

Caminamos hacia el murete y nos sentamos con los pies colgando hacia fuera. Alex coloca su casco a la derecha y yo el mío, entre ambos. Lleva un casco de chica en la moto, ¿tiene dueña o es él, siempre listo para el lígüe fácil? Analizar eso no me hace demasiada gracia.

Sigo mirando al fondo desdibujado y lejano. Entrecierro los párpados y me dejo arrullar

por el sonido de las olas.

—Es tan relajante...

—Tenemos la inmensa suerte de vivir en este paraíso —me cuenta—. Al terminar la carrera me ofrecieron trabajo en Madrid. Bastante interesante, un estudio pionero en el aprovechamiento de espacios difíciles, que empiezan a hacer historia con diseños casi galácticos. Se han convertido en la firma de moda entre las *celebrities*, actores y ricachones varios.

—Suenan atrayente —coincido.

—Una gran oportunidad a nivel profesional, no te lo niego. Pero la idea de mudarme no me seducía en absoluto.

—La capital tiene muchas cosas buenas, ambiente, movida cultural, miles de chicas guapas...

—¿Y qué hago yo con una chica guapa? —Se gira y me clava una pícaro mirada.

Me pongo tan nerviosa que jadeo. Se me seca la garganta, trago saliva. Mejor tomármelo a broma.

—A mí me vas a preguntar...

Empieza a acercarse demasiado. Pierdo la perspectiva de sus ojos de esmeralda para centrarla en su boca grande, mullida y húmeda. Cuesta ponerse a salvo de una misma, de esos estúpidos momentos fugaces en los que el cuerpo, para bien o para mal, reacciona como un resorte irrazonable. No sé decir qué me empuja a dar un respingo, alejarme de la turbadora proximidad de unos labios tan deseables como los de Alex, y me priva del placer de un beso. Su beso.

Para rematar la faena, suelto un ofendido:

—¿Qué haces?

Definitivamente. «La Cobra» es mi segundo nombre.

Está muy oscuro, no podría jurarlo, pero creo que se sonroja. Los dos lo hacemos y nos quedamos tensos como dos adolescentes pillados en falta, sin saber qué paso dar a continuación. Besarlos es algo que no se me ha pasado por la cabeza. Revolcarme entre sábanas, sí. Sentirlos penetrarme en un acceso desenfrenado de locura, también. Empujar contra mis caderas hasta correrme a gritos.

Pero algo tan dulce, íntimo y real como un beso, quedó fuera de mis cálculos.

Quizá porque las demás opciones flotan a la deriva en la dimensión de lo inaccesible y nuestras bocas, por contra, se hallan a pocos centímetros de distancia. Quizá esté irritada por el detalle del segundo casco en la moto, un casco femenino...

Enredarme en fantasías de nuevo, me da pavor, exponer mi corazón, mis puntos flacos, me altera. Si consigues atrincherarte en un escudo lo suficientemente sólido y seguro como para que la mentira de que «no volverán a herirte» parezca verosímil, es complicado asomar la nariz de nuevo a la superficie.

Y yo estoy, precisamente, en ese punto sin retorno en el que todo es confusión.

—Perdona. —La voz de barítono de Alex me obliga a aterrizar—. Ha sido un impulso. Imprimo normalidad a la situación con una sonrisa, de las más anchas de mi repertorio.

—No pasa nada.

—No quiero que te hagas una idea equivocada de mí —añade.

Me da la risa, claro.

—¿Eso no debería ser yo la que lo dijera? Poniendo soniquete de damisela decimonónica remilgada y repipi.

—Eres tan...

—¿Tan?

—Natural —aclara—. Y brillante.

—¡Ah! Me habías asustado. —Apoyo melodramática la mano en mi corazón.

Alex la atrapa, esa mano chivata que amortigua el furioso palpitir bajo mi esternón y se la lleva a los labios. Roza apenas mis nudillos, pero la caricia, aterciopelada y húmeda, actúa como un calambrazo que me sacude toda.

La guinda para el pastel de mi bochorno es esa sonrisa tímida con la que por segunda vez se disculpa.

—En serio, perdóname. A veces me dejo arrastrar por lo que más odio. —Lo miro interrogante—. Parecer lo que creen que soy, un tipo sin corazón, incapaz de sentir algo serio, un picaflor que revolotea de una mujer a otra sin comprometerse.

—Y no eres así —afirmo aún sin saber.

Líbreme el cielo de preguntar. Acabo de recuperar mi mano, aún candente tras su beso. El mar nos mece con su ritmo somnoliento, todo es demasiado perfecto como para romperlo en pedazos con una pregunta inconveniente.

—No, no lo soy, soy un hombre normal, con sueños y esperanzas, como cualquier otro.

—Algo como un planteamiento de vida clásico, ¿casarte, tener hijos y todo eso?

—No sé si llego a tanto. Al menos, de momento es demasiado pronto.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

Ahora sí que nos estamos conociendo. Ahora sí lo besaría.

Mierda, que rarita soy.

Gira hacia mí su cuerpo glorioso, separa las piernas y se queda enfrentado, a horcajadas. Me atraganto. No quiero mirarle el paquete, no quiero, no quiero...

—Tienes suerte de ser un tío —bromeo acalorada—, si fueras mujer ya te estarían amenazando con el arroz que se pasa, el reloj biológico y otras quinientas mil coñas marineras igualmente espeluznantes.

—No he dicho que no vaya a hacerlo, en su momento. Y sobre todo, cuando llegue.

—¿El momento?

—Ella.

El modo en que me mira, la manera felina en que esas cuatro letras se combinan bailando con su lengua y con sus labios para formar una palabra, me nublan la vista. Hay sexo palpitando en el pronombre, y esa mirada suya, fogosa y verde me deja por completo desnuda, a su merced.

Me revuelvo nerviosa y bajo los pies hasta apoyarlos en el suelo.

—Deberíamos ir pensando en marcharnos.

La luna, redonda y chata, cuelga del cielo y al tiempo se refleja en el mar. Doble círculo, dos lunas para Sofía, dos lunas gemelas para un momento irrepetible.

Alex se pone firme de un brinco.

—Claro que sí. Te he retenido demasiado tiempo.

—Oye, que he estado encantada, buena conversación y el mar. Soy una chica simplona, de gustos sencillos. Pero me pregunto qué se habrá figurado Ximena.

—O Patricia —añade con retintín malicioso.

Me encojo de hombros.

—Para ser sincera, de la opinión de Patricia puedo prescindir. Esta noche me ha dejado

bien claro lo que mi amistad significa para ella, si se trata de salirse con la suya.

—*Touché*. Cosas de mujeres. Vosotras os entendéis.

—Eso es lo peor, que no nos entendemos. —Giro el cuello y miro por última vez la doble luna—. Adiós, Mediterráneo. Ha sido un fabuloso regalo.

Nos dirigimos a la motocicleta en silencio. Me alarga el casco y esta vez deja que me lo abroche sola, como si la confianza de antes se hubiese enfriado. O puede que esté castigándome. Eso también.

—Sofía.

—Dime.

—Tengo que salir de viaje algo menos de una semana, es un asunto de trabajo, un hotel de diseño en Valencia del que me estoy ocupando.

—Qué bien —digo casi sin expresión.

¿Para qué me cuenta a mí estas cosas?

—Tengo pensado celebrar una pequeña fiesta en casa cuando regrese —ladea la cabeza, sus ojos recorren mi cara—, quiero que vengas. Puedes traer a Ximena si te apetece —se apresura a agregar cuando ve que vacilo.

Sonrío y asiento, decidida, mientras entre mis dedos ansiosos suena el *click* del cierre del casco.

—Cuenta con nosotras. Te haremos los honores con sumo gusto.

#MeMarchoParaRecordarla

Alex

Soy un cretino. Un absoluto y completo gilipollas. No debí tratar de besarla a la primera de cambio como tengo por costumbre, ni intimidarla, porque solo he logrado que se aleje. Cuántas veces tendré que repetirme que ella no es como las demás, no la siento igual.

Ahora, gracias a mi torpeza, existe entre ambos un muro, una barrera, que solo yo, en mi inmensa estupidez, he creado.

Era irresistible, tenía que haber estado muerto para no intentarlo al menos. Tan salvajemente bella bajo el influjo de la luna, tan íntimo el momento, en una escena solo nuestra. ¿Por qué no? Pudo haber funcionado y entonces habría probado qué es morder esos labios de fresa jugosa que parecían llamarme.

Húmedos y entreabiertos. Tentadores.

No funcionó y ahora me encuentro peor que antes, deslumbrado pero perdido. Terriblemente confuso. Si pudiera pedir un deseo, sería ir por la noche a su casa y hundir la nariz en las sábanas que la arropan. Robarle su aroma de hada y guardarlo donde nadie pueda obligarme a compartirlo.

Rezo para que estos días que voy a marcharme, piense un poco en mí.

Algún minuto distraído de su jornada podría dedicármelo en silencio, sin siquiera ser consciente de que lo hace.

Yo pensaré en ella y en sus ojos de plata a todas horas.

Sofía

Cuando regresamos a la puerta del bar de donde hemos huido como vulgares ladrones, nos encontramos con eso, con la puerta. Es evidente que nuestros amigos nos han tomado por prófugos y se han largado, abandonándonos a nuestra suerte.

Consulto el reloj: cuatro menos cuarto de la mañana. Genial, las horas han volado. Contengo la risa imaginando los bufidos de Patricia al ver que no regresamos. La última en

llegar, o sea yo, se larga con el guapo de la fiesta, o sea Alex.

Esto traerá cola, como si lo viera.

No nos bajamos de la moto, para qué. Alex me comenta que volvemos al centro, frente al pub donde mi desvencijada Vespa rosa, espera más sola que la una, y yo me acurruco sin que se note y sin usar las manos, contra su ancha espalda que me protege de la brisa de madrugada. Entrecierro los ojos y me dejo llevar, somnolienta y por un instante, irracionalmente feliz.

Feliz por nada.

Casi me da vergüenza que el propietario de una rutilante Harley repare en mi achacosa «Martita». Sergio había grabado a fuego en mi mente lo de que era un cacharro horroroso e indigno, que cuanto menos exhibiera, mucho mejor. Sin embargo, cuando frena la suya, desconecta el motor y me ayuda a bajar y quitarme el casco, la reacción de Alex está, para mi sorpresa, llena de simpatía y hasta de ternura.

—¿Esa es tu Vespa? Parece un chicle, qué monada.

—Es vieja como ella sola, ya la compré de segunda mano —replico abochornada. Alex le da la vuelta a mi amarga frase.

—Es un clásico, no te deshagas de ella, nunca.

Tuerzo el cuello y le lanzo a mi vehículo una mirada mucho más benévola. «Martita», pieza de museo. Suena genial.

—Visto así, a la biblioteca me lleva y me trae sin rechistar, y le he dado buena vida.

—Deberías conformarte —me regaña.

—No, si no me quejo. Tampoco es que esté pensando en cambiarla, hay otras muchas cosas antes.

Alex saca una tarjeta del bolsillo interior de su cazadora. Acaba de sacarse el casco y el pelo abundante, negro y revuelto, le da un toque canalla a lo Jon Kortajarena, absolutamente alucinante. Contengo el aliento hasta que me tiende una cartulina gruesa de buena calidad, impresa en vertical, con un diseño modernista y sobrio que me llena de envidia.

—Ahí tienes mi dirección —indica—, la de mi casa, no solo la de correo.

—¿Le cuentas a todo el mundo donde vives? Deberías ser un poquito más cuidadoso, hay mucho psicópata suelto...

—No, claro que no. —Su mano de largos dedos vuelve a desaparecer y extrae otra tarjeta, similar a la que sostengo, pero con los colores invertidos—. Esta es mi tarjeta profesional, dirección del estudio, teléfonos y correo electrónico. La que te he dado es personal.

Joder, una simple tarjeta hace que me sienta especial e importante, mira que soy boba. Se aproxima a mi cuello y cuchichea provocando un maremoto de vellos de punta.

—Solo para personas increíbles, no se lo digas a nadie.

—Ve tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo —le juro muy concentrada.

—Es para la fiesta, no te olvides. Te guardaré un matasuegras hasta que llegues.

Asiento sacudiendo la cabeza. De repente me urge marcharme, y la prisa y la excitación se entremezclan sin orden ni concierto.

—La semana próxima —insiste.

—La semana próxima —repito como una autómatas.

Doy tres pasos de espaldas. Espero no tropezar.

—¿Me das tu número de móvil para poder avisarte? Si te olvidas...

Oh, claro, el número de mi... tel... móvil... A fin de cuentas, yo ya tengo el suyo, sería lo

justo.

Lo espío a través de mis pestañas. Alex es demasiado para mí, demasiado para cualquiera. Pero precisamente yo, soy la que se ha pegado el batacazo del siglo después de tres años de lo que consideraba amor fiable, hace tan solo ocho días y no me veo, por más imaginación que le eche, intercambiando números de teléfono con el primer chico que se cruza en mi carril de bicicletas.

Aunque el espécimen en cuestión quite el hipo y a ratos me queme las bragas.

Se lo doy, claro, cómo no.

Se lo silabeo esperando que lo pierda o que regrese tan agotado de su viaje de negocios, que olvide llamarme. Luego nos despedimos con torpeza y dos castos besos en las mejillas. Me retiro hasta mi Vespa con su mirada picándome en la nuca o en el trasero, cualquiera sabe, y me calzo el casco, aliviada por quedar de algún modo, protegida de su intensidad. Arranco a Martita, nos decimos adiós con un gesto de las manos y apretamos los aceleradores.

Cada cual en su dirección.

Suelo ser muy sincera, mal que me pese, por eso no diré que pensé mucho en Alex, porque mentiría.

Estrambótica que es una, ¿eh? Un tío rabiosamente guapo que ha intentado robarme un beso en la bocana del puerto. Tiene su gracia, pero ahí queda la cosa. Ahí quiero yo que se quede, estando como estoy, hasta arriba de apuntes y de documentación que pasar a limpio para mi tesis.

Cada vez falta menos para el día X, el momento de enfrentarme a la verdad, a su lectura, a mi doctorado y al agotamiento de mis pretextos. Tendré que dejar de menear el culo dando clases de aeróbic, despedirme del gimnasio como no sea en plan clienta, y buscarme una ocupación seria como psicóloga clínica. Qué pereza, con lo bien que se me da el «1,2,3, 1,2,3».

Me aseguro a mí misma que no necesito un mujeriego empedernido correteando desnudo por mi vida. Aunque sea ese mujeriego.

Uff... sin comentarios.

Paso la tarde en la biblioteca revisando manuales hasta suplicar que me arranquen los ojos. Estoy harta, exhausta y loca por tomarme un té con canela y galletas de mantequilla. Envío un mensaje a Ximena donde le propongo merendar juntas.

«He quedado con mi madre. Vete para allá, se alegrará mucho de verte»

«No quiero molestar» —respondo— «Tendréis cosas de qué hablar»

«Oh sí, no me jodas, la posología de las pastillas y sobre cuánto le aguanta sin reventar la vejiga. Anda, no seas egoísta y échame una mano con la hipocondríaca, pregunta mucho por ti»

«De acuerdo, allí nos vemos»

Ximena Dunne y yo nos conocemos desde el colegio y es lo más parecido a una hermana que he tenido nunca, ya que mi hermano es un machote que aparte de vivir en Dubai, me repudia todos los días del año menos en navidad, lo que me deja sola y única como la estatua de la libertad.

De ella me gusta su frescura, el que no tenga pelos en la lengua, Ximena no se corta,

siempre va de frente, lo cual es un lujo cuando quieres que alguien se atreva a contarte lo que no quieres escuchar. Puede que no sea tan transparente ni tan cándida como yo, pero es bastante más sensata. Ella sí que es demasiado queso para cualquier pan, no yo, pobre de mí.

Por eso no tiene demasiada suerte con las relaciones amorosas. Se empeña en disfrazarse de tipa dura de las que usan a los tíos una noche y les dan pasaporte. Quiere hacerme creer que no sufre y que no los necesita, pero en el fondo, como casi todo ser humano en el planeta, Ximena, mi queridísima amiga, busca un alma gemela con la que emparejarse, alguien que la valore y la ame con desesperación sin pretender cambiarla.

No me gusta ni mijita el chuletas ese de su oficina con el que queda cada vez más a menudo. Si le pregunto, pone pose y me jura por sus ancestros que solo es un desahogo: «*Voy a aliviarme un rato, mejor eso que retocarme el chichi*».

Pero el escape se convierte en ansiosa necesidad y dudo que yo sea la única que se da cuenta. Además, al tipo le van más bien los trabucos, me juego el sueldo. Por eso acepto ir a casa de su madre, porque lo que seguramente Ximena no me cuenta, es que por culpa del tal Martos y sus técnicas «aliviatorias», llegará un poco tarde.

Encuentro a doña Rosa cocinando un pastel, feliz con la visita, y perfectamente normal. Abre la puerta y los brazos casi al mismo tiempo y me estrecha como si fuese otra hija más. Es que nos conocemos desde ya ni se sabe. Aunque algunas veces se olvide de mi nombre, o haya días en que me confunde con la portera.

—Pasa, chiquilla, pasa —me acaricia el pelo y un mechón queda enredado a propósito entre sus dedos—. Lo cara que te vendes, Sofía, mi *arma*. Qué guapa estás, qué largo el pelo y qué liso. Me encanta.

Me libera y la sigo a la cocina. El aroma del bizcocho al limón en el horno es el jefe de la casa y lo será por muchas horas, más eficaz que el ambientador más caro. Aspiro fuerte.

—¡Qué bien huele, por Dios!

—Anda que no te gustan a ti los pasteles, sigues tan golosa como cuando chica.

Me tapo la boca con la mano acordándome de cuando me regalaba bolsas de chucherías a espaldas de mi padre dentista.

—Lo mismo, Rosa, lo mismo. Aunque ya debo privarme por aquello del culo de panadero.

Los ojos se le desencajan de las órbitas midiendo mi trasero embutido en unos pitillos negros. No vale, estos me quedan bien, muy bien, diría yo. Unas AllStar rojas y una camisa vaquera con sudadera oscura estampada, es todo mi uniforme. Total, para encerrarme a estudiar.

—¡Santo Cristo! —exclama—. Será verdad que ofendas al Señor diciendo semejante patochada. Mi Ximena igual. Puede que a ella sí que le sobren unos kilitos.

¿Quién dijo que las madres son justas y te adoran por encima de todas las cosas?

—Tu hija tiene un cuerpo espectacular, unas curvas de infarto y unas caderas redondas como manzanas. Ni se te ocurra acomplejarla. —Tomo asiento frente a la mesa camilla vestida de color café con leche.

—Ni que me hiciera caso —bufa—. Si algo tiene mi hija, son muy claras las ideas. Lo que su madre pueda aconsejarle, por un oído le entra y por el otro le sale.

—Eso está bien —la defiende con fervor—, saber lo que se quiere, e ir a por ello.

—No digo que esté mal, pero a veces, tantos ovarios espantan a la clientela. ¿Té o café?

Uff, ya se le ha olvidado que el café me provoca arcadas. Sobre todo, dulce. Pero se acuerda con meridiana claridad de todo lo demás. Ole.

—Té con canela, si tienes.

Rosa trastea unos armarios, pone la canela en rama y la caja de té sobre la encimera y el cacillo donde hierve el agua, bajo el grifo del filtro. Todos sus movimientos están perfectamente coordinados y no existen vacilaciones. Hoy se encuentra mejor que nunca.

—Saca tres tazas, anda —indica apuntando al mueble a mi espalda—. La reina de Roma no tardará en asomar.

Hago lo que me pide, coloco cucharitas en los platos, el azucarero en el centro de la mesa y me vuelvo a sentar, sobre todo por no estorbar en el escaso espacio compartido. En cuanto el cazo bulle en el fuego, doña Rosa se acomoda a mi lado.

—¿Y sabes si sale con alguien?

—¿Quién? ¿Ximena?

—La misma que viste y calza, que no me cuenta *ná*, la puñetera.

—Bueno, ya sabes, entra y sale, tiene amigos, pero no se casa con ninguno.

Mi *casimadre* postiza aprieta los labios uno con otro.

—Veo que tú tampoco sueltas prenda, bandida, qué bien aleccionada te tiene. En fin, tú tómate lo tuyo con tranquilidad que después del chasco con Sergio..., pies de plomo.

Me extraña que esté tan al día. Si algo no tiene Ximena, es amor al cotilleo.

—¿Te lo ha contado tu hija?

—*Naaaaa*, la vecina, Patricia, que por lo visto te conoce.

Asiento despacio.

—Me conoce y está informada al detalle acerca de mis desgracias —farfullo.

—Ayer mismo estuvo aquí y te puso como hoja de perejil.

#BizcochoCaliente

La sigo con una mirada de agonía cuando se levanta porque el agua hierve. Con toda parsimonia, vierte el líquido que le ha robado el color a la canela en las tazas, y el sabroso olor me desata las ganas de beber. Aunque me achicharre la lengua.

—Al bizcocho le queda un ratito de enfríe —anuncia alegre—. Te comes unas galletas.

—Déjalo, Rosa, prefiero esperar. —Trato de domeñar mi impaciencia—. Cuenta, ¿qué dijo Patricia?

—Mamá, ¿ya le estás poniendo la cabeza loca con tus cotorreos?

Ximena acaba de irrumpir en la cocinita con su vestido años sesenta con estampado de perritos y sus tacones. Parece recién salida de un capítulo de Mad Men.

Deposita un beso en la sien de su madre y a mí me toca recibirlo en la coronilla.

—Deja a la chica, más vale que sepa.

—Eso — la refuerzo yo —, deja que me cuente que si no, no salgo de crédula.

—No adelantéis mucho el chisme, que me vengo meando. —Desaparece pasillo adelante.

Rosa desmolda el bizcocho dorado sobre un plato. Humea tan rico que babeo.

—A mí la Patri no me la da con queso. Vale que entra de cuando en cuando y me hace compañía, pero solo por saber de la vida y milagros de mi hija y porque a sus años, está todavía más sola que yo. Es una rabiña de órdago, con tripas por estrenar, lo que yo te diga.

Aparece Ximena recomponiéndose la falda.

—No reniegues, mamá, que buen avío te hace cuando baja a por las medicinas.

—Un favor de higos a peras no la convierte en buena —sentencia la sabia mujer.

Estoy completamente de acuerdo. Cabeceo como un tentetieso.

—Venga —exploto sin poderme contener—, dime ya qué soltó por esa boquita de piñón.

—Pues está muy cabreada porque te largaste con Alex la otra noche —se adelanta Ximena, con un resumen ultracomprimido que me sabe a poco.

—Eso es un modo fino de exponerlo —matiza su madre—, te puso como un trapo.

—¿Qué le pasa? ¿Ella quería rollo con Alex?

—Se ve que le ha puesto los puntos al chico —detalla Rosa cortando el bizcocho con un cuchillo jamonero.

—Será... Pero si tiene novio —gruñe Ximena.

Yo abro la boca y formo un círculo perfecto.

—¿Lo tiene?

—Algo hay, lo que ignoro es el grado de seriedad.

—Aquí siempre viene contando batallitas y fantasías y al tal Alex este, me lo viene nombrando desde tiempo atrás.

Pues la hemos hecho buena. Pasar no pasó nada, pero a saber, Patricia y su calenturienta imaginación.

—A esa le voy a decir yo cuatro cosas —ruge Ximena abalanzándose sobre el bizcocho. Su madre le da una palmetada en la mano.

—No lo comas caliente, que luego te duele la barriga.

—Anda, *má*, ni que tuviera tres años —ríe cortando un pedazo cercano al cuarto. Me mira— ¿Quieres?

—Paso. Y no te metas en los mundos de Yupi de Patricia.

—¿Por qué no? No me da la gana que ponga a mi amiga a bajar de un burro, encima sin motivo, no tiene derecho.

—Sin motivo, sin motivo... —la corrijo porque un ramalazo de mala conciencia me visita.

—Te largaste con él, ¿verdad? —me aprieta Rosa con una cara de viciosilla interesada que me hace mucha gracia.

—Irme me fui, pero no pasó nada de nada.

Ximena me saca la lengua.

—Eso cuéntaselo a otra más pardilla que yo. —El bizcocho desaparece entero entre sus dientes.

—Hablamos y punto —aclaro con intención. Ella pone los ojos en blanco.

—Qué antiguos.

Rosa abandona su silla.

—Recoged vosotras, que a mí me tocan las pastillas y el jarabe. Si se me olvida, luego empalmo con los supositorios y los comprimidos para la tensión.

—Qué te gusta una farmacia, mamá.

—No me gusta, es que tengo muchos achaques y tú no los quieres ver porque no te da la gana. Verás el día que entre por esa puerta y me topes tiesa como la mojama.

—Jolines, Rosa, qué funesta —me carcajeo para quitarle hierro al asunto.

La madre de mi amiga renquea corredor adelante, y Ximena se muda a la mesa con el plato del bizcocho y el súper cuchillo con el que corta lonchas como colchones hinchables. Se sirve otra, gruesa y esponjosa.

—Tú sigue comiendo eso caliente, va a tener razón tu madre, verás el dolor de tripa.

—Que no, mujer, que es así como está bueno, en cuanto se enfría ya no me gusta. ¿Y de Alex, qué sabes?

Agacho la cabeza algo avergonzada por no habérselo contado antes.

—Ya ha vuelto de Valencia y esta noche es la fiesta.

Los ojos de Ximena sueltan dos destellos casi eléctricos.

—¡No me jodas! ¿Y qué haces que no te estás poniendo bella?

—No voy a ir.

—Ya me explicarás el motivo —exige con un talante que vaticina dificultades.

—Porque me da corte, no conozco a nadie, no son mis amigos.

—Me conoces a mí —corta— que pienso ir de escopetilla.

Levanto una mano y se la planto delante de la cara. Significa «*alto*».

—No te embales. Ni siquiera lo conozco a él.

Ximena me mira con lástima.

—Chiqui, es una simple fiesta, no el anuncio de tu compromiso, ¿por qué te empeñas en

hacerlo todo *taaan* difícil?

—No sé si me conviene... ir.

—Pues claro que te conviene. Alex está para chuparse los dedos y te ha invitado. Tiene un par de amigos interesantes y uno en particular, que podría ayudarme a extraer la jodida espina llamada Martos.

La novedad cambia radicalmente mi negra perspectiva en cuanto a la noche.

—¿En serio? ¿Cuál? ¿Cuál de ellos? ¿Víctor?

Pone cara de asco terminal. Exagerada.

—Víctor es un vainas que quiere encalomarse a Patricia. No, el otro. Antonio.

Lo recuerdo bien. El chico castaño, de pelo ondulado e inquietantes ojos oscuros. Me alegro por ella. Me alegro por todo lo que la aleje del tormentoso y engreído Martos.

—De acuerdo, iremos. —Me levanto y dejo las tazas en el fregadero.

—¿Qué te vas a poner? —se sirve otro pedazo de bizcocho.

Le dirijo una mirada de reproche que ella se pasa por el forro del tutú.

—No lo sé, lo veré cuando llegue a casa. Tengo cinco trapos mal contados, necesito ir de compras con urgencia.

Ximena se mete dos dedos en la boca y simula vomitar.

—¿Ya te está sentando mal el puñetero dulce caliente?

—No, es la idea de ir de *shopping*. Me horroriza. Ya sé, ya sé que debo ser la única mujer en la faz de la tierra que cambiaría una tarde de compras por una buena partida de póker... pero así soy yo.

#YaHaVueltoYHayFiesta

Esa tarde, Alex me había escrito. Un recordatorio cordial y muy amable acerca de su fiesta animándome a asistir, sola o acompañada:

«*En cualquiera de los dos formatos serás más que bienvenida*», concluía.

Y yo, contando con el apoyo de la incombustible Ximena y sin tiempo para irme de tiendas, tengo que ingeniármelas con lo disponible para componer un modelito resultón. Reviso el estado y color de mis piernas. Los días empiezan a ofrecer cortas jornadas de playa a fin de acumular ese precioso color dorado del bronceado marítimo. Sin embargo, todo mi cuerpo es una pálida aspirina con cara de ratita de biblioteca.

Bufo harta, deseosa de poner punto final a la tesis de una vez por todas. Ni siquiera tengo claro a qué quiero dedicarme después.

Pienso en Sergio el traidor: mientras duró lo nuestro, los pasos parecían marcados de antemano. No eran cuestionables. Se trataba de llegar lo más lejos posible en la dirección elegida, y tras la licenciatura llegaba el doctorado. ¿O era un maquiavélico modo de demorar la boda? Porque con el obstáculo de mis estudios postgrado, el compromiso con Sergio quedaba de inmediato bloqueado en el tiempo y el espacio. En ese momento no dudé al decidir que los haría.

Sin embargo, ahora ya no lo tengo tan claro.

¿Camisa? ¿Rojo? Las dos cosas. Tejido sedoso discretamente brillante, mangas arremangadas, mi sempiterno pitillo azul (algún día tendrán que arrancármelo con agua hirviendo, pegado a la piel) y taconazos. El pelo limpio y suelto y unos pendientes de filigrana imitando antiguo que concentran la atención de todas las miradas. Remato con un bolso-cartera dorado envejecido a juego con la joyería. Labios rojos. Temperamento de fuego. Ganas. Muchas ganas de revivir y divertirme. ¿Por qué no?

Fiesta, Alex, vida, allá vamos.

Esta vez me recoge Ximena, escarmentada por mi última desaparición. La noto desencajada y algo pálida en su sofisticado mono negro de una sola manga.

—¿Te pasa algo?

—Al final tendrá razón mi madre con la masa caliente. Y mira que me da coraje admitirlo. Me están matando los retortijones.

—Oye, no tenemos que ir si no te encuentras bien —aseguro—, nos quedamos en casa y te preparo una manzanilla con limón...

—Pero ¿qué dices, loca? Vas a ir a esa fiesta y vas a rematar lo que quiera que empezaras con ese pedazo de maromo impresionante. Vas a joder a Patricia y a hundir en la miseria al

cretino de tu ex. —Arranca el motor de su coche y se incorpora al tráfico fluido del sábado noche.

Yo no sé cómo decirlo.

—No es que no suene a plan apetecible, pero no hay nada con Alex, ni empezado ni por empezar.

—Te ha invitado a su casa —razona Ximena con calma.

—Como amiga —puntualizo.

—Así se empieza, no desbarates las cosas antes de arrancar. —Se escucha un rugido inhumano y Ximena se lleva la mano libre al vientre con una mueca de intenso dolor—. Joder...

—Oye, insisto. Que si no te encuentras bien...

—A callar. Pon la radio. ¿Te sabes la dirección?

—Paseo del Limonar —informo de mala gana.

Ximena silba alto y claro.

—Ricachoncete, ¿no?

—Por lo visto es arquitecto en activo.

—Debería estar prohibido que un solo ser humano concentre tantas virtudes. No se puede estar como un tren, ser inteligente, simpático y además, tener pasta. Todo al mismo tiempo. Da mucho asco.

—El mundo está muy mal repartido —comento lacónica.

—¿Estará Antonio?

—Seguramente, Alex y él son muy colegas.

Ximena sonríe amplia y en la oscuridad amortiguada de su coche los dientes relucen blancos y alineados.

—La noche promete. Si no fuera por este jodido dolor de barriga...

Alex vive en el ático de un precioso edificio rodeado de jardines privados, en una zona exclusiva. Al pulsar el botón del telefonillo y atender, nos asalta una marabunta de música y voces entremezcladas.

Debe de haber mucha gente y se lo están pasando en grande. Claro, qué estúpida soy, es una fiesta, no un funeral y si por algún absurdo segundo dudé de la popularidad y capacidad de convocatoria de aquel gigantón con rostro de ángel, es que estoy chiflada. Subimos en el lujoso ascensor y nos miramos nerviosas tras apretar el timbre.

Espero que sea Alex quien nos abra, de repente me muero de ganas de verlo, pero no. El anfitrión debe de andar muy ocupado asegurándose de que los invitados estén bien atendidos, y lo que nos encontramos es la lujuriosa mirada de Víctor dándonos un repaso de «*ven aquí y no te menees*».

—Vaya, vaya, vaya. —Y el tono de su voz lo dice todo, ya que él apenas dice nada.

—¿Se puede? —Ximena no solo rompe el hielo, sino que le plantifica dos besos y le propina un empujoncito para abrirse paso.

Entre la cara de estupefacción de él y el paso firme y resuelto de ella, me siento como si allanase morada ajena.

Víctor me retiene un poco más de la cuenta con la mano apoyada en mi cintura, en peligroso descenso hacia mi culo. El beso de bienvenida es largo y pegajoso, y logro zafarme

justo cuando va a pellizcarme el trasero.

—¡Menuda animación! —exclama Ximena unos pasos por delante.

Corro a reunirme con ella, no conozco a nadie y su aplastante seguridad es lo único que me protege.

El apartamento... una maravilla de muchos metros cuadrados. Un par de paredes forradas con lajas de pizarra ante las que destacan finas estatuas tailandesas de piedra clara. El mobiliario justo, mucho cuero, una chimenea de gas con piedrecitas en la base y un montón de arte abstracto colgado por las paredes. Enormes cristaleras separan el salón de la terraza donde se agolpa gran parte de la masa festivalera. Hay que tener valor para traer a tu espléndido hogar a toda esa gente, que en menos de una hora estarán borrachos, despendolados y se convertirán en potenciales destrozadores de cosas frágiles.

Él, sin embargo, parece de lo más calmado.

#GenteGuapa

Lo encuentro cerca de la frontera de cristal con la terraza, apoyado en el respaldo del sofá de cuero color café, charlando con una pareja, un vaso lánguidamente en su mano, más atractivo que nunca.

Serán los días que me han pasado por encima sin verlo, pero sus ojos penetran más, su mandíbula es más cuadrada y su porte más formidable. Viste una simple camisa azul con las mangas recogidas bajo el codo, un vaquero oscuro y sobre el suave vello de su pecho, en el triángulo que revelan los pocos botones abiertos de su camisa, brilla una pequeña cruz de oro.

Me palpita de éxtasis la entrepierna.

Enseguida nos descubre, se despide de la pareja y nos aborda a Ximena y a mí con los brazos abiertos.

—Me alegro de que os hayáis decidido a venir.

Mi amiga desfigura su bonita cara con una mueca sin precedentes.

—Hablarás por ella, no creo que te importase un rábano verme o no aparecer por aquí.

Es tan franca e hiriente, que cualquier otro hombre habría quedado fuera de juego, pero claro, Alex no es cualquier hombre. Se inclina sobre ella, retira el pelo que estorba y le susurra a la oreja.

—Puede que alguien llamado Antonio, sí que dé saltos de auténtica alegría. Creo que anda aburrido y a la espera, por la terraza.

Ximena da un brinco.

—Oído cocina —canturrea antes de salir corriendo.

Al acabar de reírme, noto la punzante mirada de Alex fija sobre mi rostro y el nervioso burbujeo que su atención provoca en mi cuerpo.

—Mil gracias por venir, estás preciosa. ¿Qué bebes?

—Un gin-tonic estará bien.

—¿De vodka?

Sonrío al ver que recuerda detalles nimios pero vitales.

—Veo que empiezas fuerte.

—Si está mal visto, me conformo con un Cola-caó calentito.

—Eso mejor guardarlo para el desayuno.

Tiene un modo de susurrarlo tan erótico, que la simple idea de compartir el comienzo de un día juntos me moja las bragas. Debe ser que desde que lo conocí vivo en un estado de permanente excitación... O que soy una calentorra de cuidado que debería medicarse con bromuro.

—Espero que añadirle zumo de limón natural rebaje la pena de mi terrible crimen, señor inspector —cuchicheo con innegable actitud provocadora.

Veo la punta de la lengua de Alex asomar por la comisura de su boca y pierdo comba de inmediato. Él me ofrece su brazo con actitud caballerosa y me sonríe de un modo capaz de derretir el Polo Norte.

—No le diremos a nadie que eres una infame borrachina devoradora de vodka ruso. — Me guiña un ojo.

—Se lo agradezco, señor. —Ensayo una caída de pestañas sumisa y de lo más efectiva.

¡Cuánta tensión sexual sin resolver, por Dios!

Me guía hasta la cocina, incorporada al fondo de la sala como parte del comedor. No estamos solos, desde luego, el espacio abierto da cabida a todo el que se le antoje dar una vuelta por allí mostrando sus modelitos elegantes, atufando el ambiente con sus deliciosos perfumes, alardeando de conversación interesante con sus copas en alto... Presumiendo, al fin y al cabo. Pero mientras Alex abre la nevera, se inclina regalándome una indescriptible panorámica de su firme trasero, agarra un par de olorosos limones y se entretiene en cortarlos sobre la encimera, con movimientos lentos, hombro con hombro, todo el bullicio de alrededor parece esfumarse como por encanto.

Solos.

Él y yo, por una micra de segundo.

¿Lo deseo? ¿Es el impulso lógico hacia un físico increíble o algo más? No.

Es demasiado pronto. Nadie, ni siquiera yo, puede plantar flores en una tierra aún plagada de malas hierbas. Así y todo, el calor que emana del cuerpo de Alex y las enigmáticas sonrisas que intercambiamos exprimiendo los limones en una jarrita, son un soplo de optimismo en un camino oscuro como boca de lobo. Me he empeñado en ayudar, nos repartimos los cítricos y al terminar, tenemos las manos empapadas. Sin apartar un solo instante sus ojos de los míos, Alex agarra un trapo de cocina, coge mis manos entre las suyas y cuidadosamente, las seca. Boqueo agitada.

—¡Alex! ¡Alex! ¿Tienes un segundo?

Tenía que pasar. Tarde o temprano. Aquí hay muchas mujeres y no han venido por el whisky. Todas están pendientes de él y de sus indeseadas compañías femeninas. Yo soy, en este momento, el difuso foco de atención de más de una y en cuanto su estela me abandona, inconscientemente me encojo, porque la llamada parece sacarlo del trance en que lo había sumido nuestra burbuja de intimidad.

Suelta mis manos, se deshace del trapo mojado y se disculpa con brevedad.

—Enseguida vengo.

Para no volver. Lo sustituye un Víctor muy interesado en hacerme de barman y cocinarme un gin-tonic bien cargadito.

—Hola, soy Silvia. —Una chica rubia, preciosa, se acerca a nosotros con los andares de una reina—¿Y tú eres...?

—Sofía.

Me pregunto si es la novia de Alex o la propietaria del ático. Todos sus poros rezuman poderío y los voluminosos y turgentes pechos, desafiando desde el escote de su vestido de finos tirantes, son una oda a la belleza explosiva, por no hablar de sus botas de ante negro hasta las rodillas.

—¿Eres amiga de mi hermano?

La miro sin entender, pero esperanzada.

—¿Tu hermano?

—Sí, Alex es mi hermano —me sonrío—. ¿Qué tomas?

—Vodka-tonic con limón exprimido.

—Nunca he probado esa receta, ¿me pones un poco?

Me giro hacia la encimera. Víctor ha desaparecido.

Silvia resulta ser chispeante, divertida y ocurrente, además de guapa a rabiar. Sí, hay gente que parece tenerlo todo. Pero su sonrisa es tan franca, sus ojos verdes idénticos a los de su bendito hermano brillan de tal forma al hablar, que se te cuele dentro hasta lo más hondo. En un santiamén te has enamorado de Silvia en todos los sentidos y si se aleja, la echas de menos. Un ángel que revolotea de aquí para allá atendiendo a los presentes, desparramando su encanto como la lluvia de estrellas de una ninfa.

Se me acerca Ximena con la cara verde y un vaso de agua en la mano.

—Cielo, me marchó a casa. Esta puñetera diarrea se ha empeñado en troncharme la noche.

—Me voy contigo, no pienso...

Mi frase se queda en suspenso. Por encima del hombro de mi amiga, destacan Alex y su nueva camarada, una despampanante rubia de pelo largo, algo mayor que él, con la que comparte confidencias a corta distancia y que se molesta en estirar y recolocarle el cuello de la camisa, al tiempo que le alborota el pelo.

Dios, qué guapa es. La segunda más guapa después de Silvia, pero no creo que también sea su hermana, la suerte no repite tan seguido. Alertada por mi gesto de pasmada, Ximena voltea y se queda con la copla.

—Tú te quedas en la fiesta y cuando te hartes, te pillas un taxi.

—Pero...

—He sido yo la que la ha fastidiado zampándome el bizcocho caliente. No es justo que tú pagues por mi mala cabeza. Vigila que Antonio no se marche con nadie.

Se muerde el labio inferior y pone los ojos en blanco.

Qué graciosa es la jodía.

—Pero si te vas... no conozco a casi nadie —gimoteo.

Entonces, una mano de impecable manicura se posa en mi hombro.

—¿Cómo que no conoces a nadie? Me tienes a mí, que soy el alma de la fiesta, debes quedarte para hacer la crónica —se cuelga de mi brazo y señala alrededor con un dedo tieso— cuando todos estos muerdan el polvo, borrachos como cubas.

—Ximena, esta es Silvia, la hermana de Alex. —Las presento sin perder un segundo.

—Puedes añadir pequeña a lo de hermana, me gusta como suena.

—Veo que te dejo en buenas manos. —Mi amiga me besa ambas mejillas—. Pásalo de vicio y mañana me llamas y me lo cuentas.

Aprieta los ojos soportando el agudo dolor de otro retortijón.

—¿Llegarás bien? —me preocupo.

—Llegaré. Y con eso me conformo. Adiós a ambas.

Sale por la puerta como una exhalación y mis ojos vuelan, sin querer, a la escena previa donde la rubia se comía literalmente, el espacio íntimo de Alex. Tanta belleza y cercanía me colocan en una inferioridad de condiciones repugnante. Los ojos de Silvia vuelan a inspeccionar lo que con tanta angustia miro.

—¿Qué hace mi madre aquí?

#VieneDeFamilia

Directamente, me mareo.

—¿Tu madre?

—Nuestra madre, mejor dicho. Cada vez que Alex monta una fiesta, tiene que pasarse a controlar —explica con un mohín de fastidio.

—Esa... ¿Esa es vuestra madre?

No puedo creerlo.

—Sí, la pesada y perfeccionista Silvia senior.

—Pensé que era una modelo o algo así.

Silvia me regala una carcajada como un cascabel.

—No eres la primera que lo piensa, me preguntan si se trata de alguna compañera de Alex de la agencia.

—¿De la agencia?

Por lo visto, no sé nada de nada, empiezo a preguntarme qué diablos pinto yo en un festival privado haciendo el ridículo ante la familia del jefe, y gala de mi absoluta ignorancia. A Silvia no parece importarle.

—Seguramente no te lo habrá contado, rara vez lo hace, creo que le da vergüenza, cosa que no entiendo. Alex trabaja como modelo. Algo esporádico, claro, pero le pagan muy bien.

—¿Y tú? ¿Tú también?

—No. Tengo un novio muy posesivo que conoce a fondo la vida de los modelos. —Lo confiesa riendo, sin ningún pudor, tampoco modestia—. Paso de amargarme por un puñado de fotos que no necesito, ¿no te parece?

Me encojo de hombros sin saber bien qué decir. A mi derecha, Alex y su espectacular madre se despiden, y él la acompaña a la puerta seguido de cerca por un Víctor complaciente, con una sonrisa que huele a falso.

Vuelvo a pensar en Silvia. No parece una de esas chicas timoratas que se dejan manejar por parejas dominantes.

—Él ya me admira todo el tiempo y me dice lo bella que soy —prosigue—. Si salir en una revista ayuda a reparar un ego ruinoso, créeme, el mío está sano como una pera. No necesito más alientos, me basta con los que tengo.

—Vaya —se me escapa.

—Vaya, ¿qué?

—Eres muy sincera, la gente no suele ir tan de frente. Acabas de conocerme y ya sé tanto de ti...

Silvia suelta otra de sus carcajadas cómplices.

—Bueno, básicamente sabes que odio ser modelo. ¿A qué te dedicas?

—Sobrevivo dando clases de aerobio hasta que acabe el doctorado en psicología.

—¡Vaya! *Lisensiada*, ¡qué nivel!

—Créelo, no tengo nada claro qué haré después, vivo tranquila, sin grandes lujos, pero me gusta lo que hago. Y con la crisis las cosas se han puesto muy difícil. ¿De dónde voy a sacar para abrir una consulta? —Quiero usar un tono desenfadado que le quite hierro al peor dilema de mi vida—. Puede que haga como Escarlata O'Hara, pensarlo mañana.

—Igual esto te interesa, soy abogada recién liberada de la pasantía, dispongo de un despacho vacío en la oficina que comparto con una compañera de promoción, si quisieras...

Dudo. Suena tan atractivo...

—Por favor, piénsatelo, en serio, sería fabuloso. Mi colega es más triste que un entierro de tercera, las jornadas se me hacen interminables, sería genial tener alguien como tú por allí.

—Deja que lea la puñetera tesis primero —me comprometo con ganas de aceptar desde ese mismo instante— y hablamos.

Da un par de saltitos entusiastas.

—¡Di que sí, di que sí! Brindemos para celebrarlo.

—¿Las señoritas quieren copas? Aquí traigo algo.

Es Víctor, de nuevo, armado con dos gin-tonics que nos entrega con ceremonia. Por cortesía lo acepto, aunque es ginebra. Silvia frunce el ceño.

—Voy a cambiar de registro. Me paso al ron cola.

Víctor retira el segundo vaso con un mohín de desencanto.

—¿Te lo traigo?

—No, ya voy yo, gracias.

Me deja sola con la sombra de Alex que me observa con desconfianza. Cauteloso y prudente, Víctor me cuenta que son amigos inseparables desde la infancia y que hasta solían tener novia al mismo tiempo. Pero no me aclara en qué situación se hallan ahora, aunque yo lo vea de lo más liberado. Víctor es moreno, tan alto y robusto como Alex, aunque menos guapo. Sé que podría pensarse que es cuestión de gustos, pero no. Alex le gusta absolutamente a todo el mundo.

Y Víctor solo a unos pocos.

Da una pizca de miedo con su rostro cuadrado y su mirada de malas pulgas. Un troglodita moderno de los que te empotran contra la pared, y cuando te piden que abras las piernas no es para metértela, sino para sacarla porque ya se han corrido. Definitivamente, Víctor me gusta regular, las personas que no miran a los ojos me producen repelús, y no me tranquiliza el que esté tan pendiente de mí, con una sonrisa suavona, de oreja a oreja.

Tampoco es que Alex me esté haciendo mucho caso. Justo ahora, está poniendo música.

—¿No bebes? —me insta Víctor apuntando a mi copa, llevándose a los labios la suya—. La noche es joven.

—Di que sí. Joven y eterna como los vampiros.

—Te gusta Alex —suelta a bocajarro.

Estoy a punto de escupir el buche de cubata.

No lo pregunta, lo afirma, y eso me hace sentir débil y vulnerable. ¿Qué responder?

—Me cae muy bien y si he venido es porque me ha invitado.

—Tenéis poco en común —asegura con la mirada perdida entre las volutas de humo de

su cigarrillo.

Segundo hachazo y da en diana.

—Es cierto —replico sin desmoronarme—, tengo poco en común con la mayoría de mis amigos, aunque es precisamente lo que busco, gente distinta que me enriquezca.

—Lo contrario debe de ser aburrido —valora, sustituyendo su mueca belicosa por otra más amable.

Me relajo y bebo un largo trago de mi gin-tonic. Mi garganta reseca hace palmas, aunque no sea vodka.

—No entiendo cómo no tienes novio, no me cabe en la cabeza —retoma Víctor pertinaz—, eres preciosa.

La intensidad de su análisis me intimida. Noto que empiezo a sudar, es desagradable.

—Digamos que estoy en medio de una pausa vital, un descanso tras una larga relación.

—Larga y satisfactoria —califica con cierta sorna.

—Insatisfactoria más bien. —Suspiro—. En fin, no está bien hablar mal de los difuntos —sonríe críptica.

Víctor enarca sorprendido una ceja.

—¿Se murió?

—No. Pasó a mejor vida con otra más tonta que yo.

Nos entra la risa. Al final va a resultar que a Víctor puede domesticársele, simple cuestión de humor, paciencia y mano izquierda. Su amenazador físico debe de jugarle malas pasadas, como a Alex la insoportable perfección del suyo.

Recuerdo la confesión de uno y siento lástima por el otro.

Al rato, Silvia viene a sustituir a Víctor con el que yo ya charlo animada y en calma. Le pregunto por su novio que está de viaje de trabajo, saca su móvil y me muestra unas fotos. André tiene la piel color canela y los ojos negro azabache, de los que miran y te atraviesan.

—Es muy, muy guapo.

—Por eso es modelo. —Lo pronuncia con cero entusiasmo y menos orgullo—. Vaya vida la suya, pendiente de un gramo, de la tableta de chocolate y de los aviones.

—Pero la relación con él funciona, ¿verdad? —titubeo. Las palabras se niegan a acudir a mi lengua después de formarse en mi cerebro. Me noto torpe y borracha, demasiado ebria demasiado pronto—. Quiero decir...

—Sí, te entiendo, el problema no es él, es el mundo frívolo que lo rodea. De ser como mi hermano, algo puntual, podría soportarlo; pero para André, esta es su profesión. Y me tiene un pelín amargada.

#ExperienciasTraumáticas

Voy a replicar algo ingenioso que se me olvida enseguida. El suelo tiembla bajo mis pies y por un instante, todo gira, enloquecido. Tengo que apoyarme en una columna cercana para no caer de bruces al suelo. Silvia me sujeta con preocupación un brazo.

—Oye, ¿te encuentras bien?

Señor, qué vergüenza admitir que estoy ciega como un piojo, que apenas puedo hablar y que sudo y jadeo de puro bochorno.

—No... no demasiado. Yo...

—Ven, siéntate, anda.

Me retira la copa casi vacía de las manos y la abandona sobre una mesita. Luego me conduce al sofá de cuero atestado de gente charlando. Llego a trompicones.

—¿Mejor?

Niego con la cabeza.

—Te traigo un poco de agua y si no mejoras, te sacaré a la terraza a que te dé el fresco.

—Se pone en pie y me dirige una última mirada de evaluación—. Poco aguante, ¿eh?

—No es normal, si apenas he bebido —consigo balbucear.

Mi boca está pastosa y la lengua es un trozo de cartón mojado.

De acuerdo, no es que yo sea un cosaco, pero hasta tres copas no hacen mella en mi organismo. Sin embargo, hoy, con solo un par, estoy perdiendo la noción de la realidad. Cuando Silvia regresa con un vaso de agua fresca, yo he extraviado el color, sufro arcadas, soy incapaz de mantener los ojos abiertos ni la espalda erguida.

Las exquisitas amistades de Alex me hacen el vacío por mera precaución y pronto estoy sola en el sofá.

—Nena, ¿tan malita estás? —Silvia, mi protectora, me aparta el pelo mojado de la cara—. Vamos fuera.

Cuesta un mundo levantarme, lo hacen entre tres chicos, hasta que huelo la proximidad de Alex, sus movimientos resueltos, sus brazos fornidos recogíendome y mi sabia cabeza se apoya lacia en su pecho.

—Dejadla, yo me ocupo —lo oigo decir sin poder articular ni una palabra de agradecimiento.

Lo siguiente que recuerdo es el tacto fresco y sedoso de unas maravillosas sábanas limpias y a Silvia quitándome los zapatos.

Demonios. Si Dios no lo remedia, voy a vomitar hasta la primera papilla. No recuerdo un malestar parecido ni en los pedos criminales de mis años universitarios. Algo no encaja.

—Que descanse. Aquí, en la oscuridad y sin ruido. Pasaremos de vez en cuando a ver

cómo se encuentra —alecciona Alex a su hermana, que atiende sin rechistar.

—Está muy pálida. ¿Qué hago? ¿Llamo a un médico?

—No creo que haga falta. Agua abundante y un poco de tranquilidad.

—Le ha debido hacer reacción el alcohol con algo más, puede que se esté medicando, no sé.

—Tampoco se lo podemos preguntar de momento.

Alex me tapa con amorosa dedicación. Quiero decirle que los escucho, aunque no sea capaz de responder. Y que todo es un error. No estoy enferma, no he tomado nada antes de salir de casa, quiero morirme. No hay explicación para lo que me pasa.

Oigo a Alex repetir que me dejen descansar y cerrar la puerta tras él, dejándome sumida en un silencio relativo, solo roto por la música que llega amortiguada desde el salón. Silvia me visita y me fuerza a beber un vaso de agua fría.

—No puedo, no puedo, tengo nauseas —protesto apretando los párpados.

—Si vomitas, mejor.

Pero no lo hago. Y ella se marcha sinceramente preocupada.

El líquido consigue calmar el ardor de mi árida garganta y me relaja hasta el punto de conciliar un extraño sueño, inquieto, pero por increíble que parezca, reparador.

Estoy en su dormitorio, en su cama, entre sus sábanas. Mi cabeza reposa sobre la almohada donde cada noche, Alex apoya la mejilla y todo vibra con el sello de su esencia. Lástima no estar en mis cabales, en pleno uso de mis facultades para poder gozarlo como merece. Pero...

Me despiertan unas manos ávidas acariciando mi pelo, luego mi cara, reptando por mi cuello. Un aliento a alcohol demasiado cercano para ser cortés, que trata de besarme y me susurra cosas sucias al oído. Apenas si puedo despegar los párpados. Las manos desconocidas aferran mi cara y me obligan a mirar sin ver, en una dirección determinada. Una lengua caliente recorre la comisura de mis labios.

—Piensa que soy él. ¡Bésame pensando que soy él! —ordena un sonido gutural.

Quiero gemir, quiero hasta gritar. Empujar a Víctor lejos, exigirle que se me quite de encima, pero mis miembros no me obedecen. Soy una muñeca de trapo que no sabe defenderse.

—¡Bésame!

—¡Quítale las manos de encima! —trona Alex abordándolo por sorpresa desde atrás.

—Tío...

—¡He dicho que no la toques! ¿Es que no la has liado ya bastante?

Desaparece el peso que representa el cuerpo de Víctor y acierto a distinguir dos bultos enormes de pie junto a la cama.

—¿Crees que no sé lo que has hecho? Cabrón, en mi casa, no, Víctor, en mi casa no te admito estas cerdadas. —Su voz corta como un hacha afilada. ¿Qué ocurre?

—No le he hecho nada, solo quería... el pelo... acariciarla...

—No me refiero a eso, mamón, le has echado algo en la bebida, mira cómo está.

—Está borracha —corrige Víctor con una risita malvada—, igual que yo, igual que todos.

—Y una mierda, solo se ha tomado dos copas, lo sé bien.

—No le has quitado el ojo de encima, ¿eh, golfo?

—Sal de aquí, Víctor. Y procura que no vuelva a pillarte cerca de Sofía.

—Te juro que no le...

—No me jures, nos conocemos, ya me conozco tus gracias y no me gustan.

—Joder, ¡vaya si te importa la niñata!

—No tiene nada que ver con que me importe. Eso a lo que juegas es miserable y asqueroso.

—No, colega...

—¡Sal ya, ostias!

Una orden como esa, no puede desobedecerse. No vuelvo a escuchar las quejas de Víctor, ha debido marcharse. Y la palma ardiente de Alex roza mi frente. Ojalá se quedara allí pegada para siempre y con su mano, el resto de su glorioso cuerpo. Estoy incapacitada para gobernar mis impulsos, sí, pero el deseo vaga a sus anchas, disperso y desatado. Soy consciente en ese instante, de la atracción que Alex ejerce sobre mí y lo que daría por el beso que días atrás rechacé como una imbécil.

Estúpida estrecha...

—Has tenido que meterla en tu cama, claro.

La frase suena como una guillotina que suelta de golpe su cuchilla. Es una mujer, pero no es Silvia.

—¿No has visto cómo está? —se defiende él con brío.

—¡Hay más dormitorios!

—No lo pensé, seguramente fui a lo fácil.

—Qué asco me dan las tías borrachas. Seguro que lo ha hecho para llamar tu atención.

Alex suelta una risa cínica. Algo es algo, menos mal, yo le habría arrancado las muelas a esta bocazas.

—Lo dudo mucho.

—Hay muchas mujeres en tu fiesta y todas te bailan las aguas buscando algo más. Ni una sola persona aquí esta noche sabe que soy tu novia. Ni me has presentado, ni me das el lugar que merezco. Delante de la gente me tratas... como a una más.

—No digas tonterías, Camila. Venga, salgamos, no vaya a despertarse.

—Que le den por el culo —ladra la asquerosa cerca de mi cara.

#LoOigoTodo

Yo estoy muy despierta. Demasiado despierta, por desgracia.

—Cuida esa lengua, joder —sisea Alex entre dientes. Seguro que con los puños apretados.

—¿Para qué sigues conmigo si no me quieres, para qué? —aúlla ella con un matiz de completa histeria.

—No es momento ni lugar —susurra Alex, firme y contenido.

—Para ti nunca es el momento adecuado. Estoy hasta los ovarios de...

No quiero interrumpir, pero no soy dueña de mis actos. Me remuevo en la cama en una especie de agobiante duermevela, gimo y se me revuelve el pelo suelto sobre los almohadones.

—Salgamos de aquí —decide Alex en un cuchicheo—, hablemos en la terraza.

—La terraza está hasta los topes de gente. Esta es la única zona tranquila, ¿por qué, si no, has traído aquí a tu amiguita?

El tono impertinente de la tal Camila empieza a sacar de quicio a mi chico. De hecho, me sorprende su capacidad de aguante.

—Te he dicho que no es mi amiguita, es una invitada a mi casa, indisputada, y es mi responsabilidad atenderla, eso es todo.

—Sí, por lo visto, cada tía que se te cruza se convierte en tu responsabilidad, todas menos yo, que salgo contigo. Vamos, no me jodas.

—Camila, ¡baja la voz!

¡Jesús, qué situación más desagradable!

Ahí los tengo a los dos, discutiendo por mi causa. Soy el indeseado epicentro de un huracán del que quiero escapar. Una tipa infame que ni siquiera conozco se permite el lujo de insultarme creyendo que no la oigo. Si aspiro a algo, es a levantarme y salir corriendo, pasándole por encima, a ser posible. Pero no llego a mover un meñique, estoy aletargada, anestesiada y medio muerta.

Ojalá también estuviese sorda.

—¿Sabes qué te digo? —Camila reanuda la lucha—. Que me marchó, ahí te quedas con tus acosadoras borrachas y calentonas. Que te las folles a gusto.

—¡Camila, me cago en la leche!

Creo adivinar que trata de agarrarla del brazo y ella se zafa con un tirón muy poco fino, porque Alex permanece solitario con la frente pegada a la puerta de su dormitorio, segundos antes de propinarle a la madera la madre de todos los puñetazos, imagino que para dar salida a su frustración y no partirle la cara a ella.

También es posible que lo del puñetazo sea un sueño. Estoy muy perjudicada y en esas condiciones, mi percepción no es del todo fiable.

Va a ser que sí. Que no lo imaginé ni fue un espejismo, vaya. Cuando abro los ojos sorprendentemente espabilada, unos tímidos rayos de sol se cuelan por entre las cortinas corridas y en la puerta frente a mí, saluda un tremebundo boquete que pone los pelos de punta.

Saco las piernas de la cama, todavía atontada por las horas de sueño o el efecto de lo que fuese, tanteo el suelo en penumbras hasta encontrar mis tacones y meto los pies dentro. Una punzada de dolor me recorre hasta la mitad de la pantorrilla. Me pregunto si caeré de boca al intentar ponerme en pie, porque me tambaleo un poco.

Hay suerte. Me agarro a una estantería y luego nada. Pasos en dirección al salón mientras los ojos se acostumbran a la luz. No quiero ni suponer el estado de mis pelos. Silvia viene a mi encuentro, fresca como una rosa, sin signos de cansancio ni trasnoche en su preciosa cara y sonriendo, me pregunta cómo me siento.

Hago lo imposible por sonreír también.

—Como si me hubiera apisonado un tractor de campo —explico—. ¿Qué hora es?

—Poco más de las siete.

—Joder. —Me froto las sienes—. ¿Y seguís de juerga?

—Quedamos unos pocos, los de confianza, los mejores. —Se engancha a mi brazo—. Voy a hacer café, ¿te sientes con ánimos?

No solo eso, me empeño en ayudarla, aunque la verdad, soy más bien un trasto inservible en mitad de cualquier espacio. Silvia me conduce hasta el sofá y yo me dejo llevar, dócil como un corderillo, saludando avergonzada a los presentes.

Lo primero que hacen mis ojos es recorrer el espacio buscando al cerdo de Víctor. Advierto que no está, tampoco Alex, ni la tal Camila de los huevos, a la que no llegué a ver la cara. Solo Silvia, el bueno de Antonio, Miguel y finalmente Alex, que resucita de entre los muertos por un pasillo lateral, más guapo que nunca, con el pelo húmedo oliendo a recién duchado. Me invaden de pies a cabeza unos lujuriosos pensamientos que lo incluyen, y que me hacen enrojecer.

—Bienvenida, bella durmiente. —Me rodea cariñoso los hombros con su largo brazo—. ¿Qué tal has descansado?

—Bien, bien —me aturullo mirando al suelo—, la verdad, no pretendía...

—No pasa nada, es encantador tenerte en el grupo de los íntimos —interviene Antonio.

—¿Preparo churros? —grita Silvia desde la cocina. Todos corean un «sí» entusiasmado y para mi asombro, mi estómago babea y hace palmas en lugar de revolverse que es lo que pega tras una resaca.

—Veo que tu hermana sirve lo mismo para un roto que para un descosido —me admiro.

Alex alza las cejas, irónico.

—Puede que sea lo que parece, pero como no vaya yo a pelearme con la freidora, acabaremos desayunando con los bomberos.

—Yo mejor me voy —digo de repente—, ya he molestado bastante. —Miro desesperada alrededor buscando mi bolso.

Antonio se levanta y tira de mí hasta acoplarme con los demás en la mesa.

—De eso nada. La primera comida del día es sagrada. Además, estamos echando un Monopoly y alguien tendrá que sustituir a Alex mientras hace de cocinero. Aprovecha, nos está desplumando a todos.

Sonrío confortada y acepto.

¡Diablos! Me encuentro muy bien aquí, con ellos. Probablemente todos estén al tanto de la cerdada de Víctor con mi copa y solo pretendan ser amables, pero se comportan como un grupo de buenos amigos. Cuando el desayuno está listo sobre la mesa, Alex juega conmigo de pareja. Los dejamos sin blanca, me tomo dos cafés, milagrosamente no vomito, y me pongo morada de churros crujientes.

Cuando la reunión empieza a disolverse, Silvia me trae mi bolso, intacto.

—Lo guardé en el armario de mi hermano, por si acaso.

La miro con agradecimiento. ¿Cómo se puede estar tan bonita después de una noche sin pegar ojo, bebiendo y dando saltos? Yo parezco un puto mapache.

—¿Tienes coche? —se interesa Alex.

—Cojo un taxi.

—No, qué va, te llevo —se ofrece.

Lo único que deseo, fervientemente, además, es librarme del cepo de su mirada.

Alex tiene novia, el muy cabrón. La esconde en la sombra, pero la tiene. Y estaba tonteando conmigo, menudo sinvergüenza. No lo comenta, lo deja estar, y mientras, aprovechando mi ignorancia y mis defensas rendidas ante su imponente físico y la fascinación innegable que provoca, se me cuela dentro, como un mal veneno.

#SofíaNoSabeLoQueSiente

Hay que ser capullo, egoísta y mal nacido....

Y alto, guapo de morirse, seductor e irresistible. El pack supervivencia de luxe no basta contra este tío.

—Tengo el coche aquí mismo, en el garaje. —Me agarra del codo y apenas me permite despedirme del grupo que se queda despatarrado en su sofá.

Silvia llega corriendo y me regala un abrazo.

—Te llamo, guapa. Quedamos a tomar algo o a comer un día de estos.

—Encantada —acepto espiando de reojo a Alex, que recoge un manojito de llaves de un cajón del mueble de la entrada.

No quiero que me lleve a ninguna parte, no quiero quedarme a solas con algo tan potencialmente peligroso y, sobre todo, procuro olvidar las duras palabras que ha intercambiado con Camila.

No más cuernos, por favor, ni propios ni ajenos, que los de Sergio aún me duelen.

Alex tiene un coche acorde con las circunstancias, o sea, con él. Un Q5 beige metalizado con tapicería de cuero color caramelo, que huele a gloria bendita. Me abre la puerta con la intención de ayudarme a subir, pero yo soy más rápida: doy un salto aprovechando que visto pantalones y lo único que le cedo es una ligera sonrisa, más concentrada en el salpicadero que en él.

No puedo caer en esta trampa tan burda. Los he oído discutir, Camila es real, no una invención mía y el que Alex no la mencione siquiera, no hace sino empeorar las cosas.

El objeto de mis tormentos se pone al volante y me dedica un cariñoso mohín de complicidad.

—¿Preparada?

—Loca por llegar a casa y darme una ducha, si te soy sincera —gruño, sin acercarme a la amabilidad, ni de lejos.

—Espero que a pesar de todo... lo hayas pasado... en fin, no haya sido tan malo.

Sonrío, esta vez mirándolo por el rabillo del ojo.

—La fiesta ha sido genial, no tienes de qué preocuparte. El que yo no sepa beber es problema exclusivamente mío —añado con maldad.

Calculo el tiempo que emplea su cara divina en perder el color. Sí señor, Sofía, ahí, patadón directo al hígado, en sentido figurado.

Se lo merece. Por estar tan bueno y tener novia, *cachocabrón*.

Alex detiene el Audi frente a mi portal y yo me veo de nuevo transportada a la tarde en la que Sergio, sobre el mismo metro cuadrado, me mandó a paseo. La saliva se me vuelve amarga. Por eso, en cuanto veo que desconecta el motor y gira el cuerpo en mi dirección dispuesto al charloteo, me descompongo y mi mano vuela angustiada a la manija de la puerta.

Alex me agarra por el codo y siento un calambrazo en el más crudo sentido del término «eléctrico».

—¿Con quién pasas la mayoría del tiempo? ¿Quién es tu jefe?

—No tengo jefe. —Me extraña la pregunta—. Lo que más se aproxima es el director de mi tesis.

—Dime que es gay —apremia.

Yo río. Él no, por chorra que a mí me parezcan sus planteamientos, parece tomárselos muy en serio.

—No, pero casi. Ronda los setenta y es un abuelete adorable. Te encantaría, seguro, a ti y a todo el mundo.

Resopla aliviado y se inclina ligeramente hacia atrás. La distancia me hace sentirme un pelín más segura.

—Ya me dejas más tranquilo. Yo no podría trabajar teniéndote cerca.

—Pues él ni se inmuta, te lo garantizo.

Como me quedo sin munición, activo la manija y me dispongo a huir. Alex reacciona enseguida, acortando ese metro que yo tanto apreciaba. Su aroma narcótico me envuelve de nuevo.

—¿Así nos despedimos? —protesta, contrariado.

—¿Cómo quieres que me despida?

No da pistas, se limita a esbozar una sonrisa canalla con los ojos. Para no meterme en líos, dejo dos besos apresurados en sus mejillas recién afeitadas, y una sonrisita de circunstancias que no convence a nadie.

Entonces pasa.

Compartimos de nuevo «ese» momento especial que no tiene nombre ni puede tenerlo, porque es pura tensión sexual bombeando poderío. Nuestros ojos se enganchan. No doy pie con bola. Al final, abro a tientas la puerta y empujo.

—Nos vemos en esta semana ¿no? —sugiere.

—Nos vemos —respondo sin comprometerme.

No echo la vista atrás, solo corro lo mejor que puedo, sabiendo que llevo sus ojos verdes clavados en mi trasero y la melena hecha un desastre.

Mal comienzo para nada perdurable.

Alex

Lo último que espero encontrarme al bajar del tren de Valencia, es a Camila esperándome.

Habíamos cortado después de mil y una pelea durante un viaje juntos que no fue, sino una intentona de zurcir un descosido que más bien era un desgarró. Discutimos como fieras desde que tomamos el avión hasta que nos volvimos, precipitadamente, cuatro días antes de lo previsto, por culpa de una convivencia insoportable.

A veces pienso que Camila está trastornada, ve fantasmas, da por sentado cosas que no existen más que en su mente y nada la detiene cuando ha decidido montarme una escena. Se le crispa la cara, los ojos le brillan de un modo extraño, chilla e insulta fuera de sí. Durante esos episodios no parece la chica de la que me enamoré. Me pregunto si existió alguna vez o todo ha sido un error desde el principio.

Conocí a Camila en una barbacoa de amigos, recién llegada de Francia, tímida y coqueta. Una muñeca con ademanes de pajarillo asustado que lo miraba todo desde abajo, unos pocos segundos, porque a más no se atrevía. Me llamó la atención su desamparo, a todos los hombres nos fascina el papel de salvador, sentirnos imprescindibles en la vida de nuestra chica. Si ella depende de nosotros en mayor o menor medida, somos felices como absurdos pavos hinchados.

Y que no supiera nada de mí, que no prejuzgase mi pasado de impenitente Don Juan. La mirada de Camila posada sobre mis manos era pura y sin reproches. Cero recelos. No albergaba dudas ni se pensó dos veces entregarse con una inocencia que rayaba lo dramático.

Ahora me pregunto si fingía. Si sabía más que yo, más que los demás, y me engañaba.

Caí en el cepo como un estúpido, decidido a ejercer de maestro e ilustrarla en los «intrincados misterios» del sexo.

¡Ya ves!

En solo dos meses de relación intermitente, Camila ya había sentido la base de sus condiciones tiránicas. Nada de amigas en redes sociales, nada de encuentros (ni casuales) con mis ex, no importaba cuan buena fuese nuestra relación. Si encontraba una clave en mi correo electrónico o en mi móvil, podía estar gritando una semana hasta que, por no oírla, la eliminaba. Creé una segunda cuenta de correo que mantengo en secreto para gozar de un mínimo de intimidad. Y de margen de maniobra. Eso también.

Los buenos ratos decrecieron en número y las escenas grotescas se dispararon. Delante de mis padres, de mis amigos, en el estudio con mis socios en la sala contigua... Mi hermana la odia y mi secretaria y los que limpian mi oficina están al tanto de las veces que soy capaz de correrme en una noche. Cuando Camila prende la mecha del griterío, ya no hay quien la pare. Luego explota en llanto, se deshace en disculpas y me ruega que la perdone.

Me duele tanto verla sufrir de ese modo...

Al principio tenía razón, no lo niego, yo andaba con tres chicas al tiempo, alternando salidas con ella y con las demás, pero con el paso de las semanas... Joder, detesto las discusiones interminables, las malas caras, las recriminaciones. Y de todo eso, Camila tiene en abundancia. Fui cortando lazos con las otras y finalmente, solo quedó ella.

Por lo visto no era suficiente.

No puedo ni comprar relajadamente en un centro comercial, enseguida me acusa de flirtear con la dependienta. Me asfixia. Me ahogo. No sé cómo manejar la situación. Dejarla es lo más lógico, pero sus lágrimas siempre consiguen ablandarme. Por eso, cuando la vi en el andén con su carita de niña buena esperando mi llegada... Me entraron ganas de suicidarme.

Me gusta Sofía, me tiene cautivado, la energía que emana ella es como un cartel de neón que advierte que allí todo es fácil. Una chica de risa dispuesta, respuestas agudas y pocas complicaciones. Una mujer inteligente, segura de sí misma que no me haría la vida imposible.

Un hada con ojos de plata, la chica de mis sueños...
Hasta que bajé del tren, pensé que era libre.

#ReflexionesBajoElAgua

Sofía

A pesar de ser ecologista convencida, paso veinte minutos bajo la ducha.

Desprendiéndome de la sensación de pertenecerle que me ha pegado su mirada. Dos intensos focos verdes que se adueñan de mi voluntad en menos de un parpadeo. Creo que jamás, en los años que tengo, me había mirado un hombre traspasándome la piel, gritándome «*eres mía*», que fue lo que sentí al atraparme en su tela de araña.

Un entramado de seda igualmente peligroso, porque si te enreda el corazón, solo puedes rezar. Lo has perdido sin remedio.

Levanto la cara al techo y dejo que el agua caliente me golpee con su dulce martilleo. No debo encapricharme de un chico comprometido, por muy increíble que sea. A estas alturas, no tengo por qué comprar un billete seguro al sufrimiento, primero debo cerrar mis heridas. Luego miraré alrededor en busca de alguien bueno que me quiera, un hombre tierno y comprensivo que no convierta mi vida en un caos demencial.

Alex no.

Y ahora tampoco.

Es demasiado pronto. Con la puñalada de Sergio aún viva y sangrando, no debo dejarme engatusar. Pero claro, si las cosas llegaran a nuestra vida en el momento propicio, no habría nadie descontento, todo Cristo cruzaría los pasos de cebrá bailando como monos, en el sumun del delirio dicharachero.

Salgo de la ducha y me envuelvo en un albornoz color mandarina. Cojo una toalla y me seco el pelo. Al mirarme al espejo, me asalta el recuerdo de Víctor, echado sobre mí tratando de besarme, susurrando «*piensa que soy él*».

Se me revuelve el estómago.

Sacudo la cabeza para espantar los malos pensamientos. Ha sido una chiquillada, ¿qué pensaba? ¿Aprovecharse de mí? Por Dios, qué desagradable, lo que no me había pasado de universitaria en las discotecas, me pasa a los veintinueve en una fiesta privada. Qué razón tienen mi madre y su cantinela de «*cuidadito, no te echen algo en la bebida*».

¡Ay, mamá! Esto no pienso contártelo, vergüenza me da solo de pensarlo.

Y luego está Alex. Vuelvo sobre Alex. Ese susurrante «*Imagina que soy él*».

Al menos una persona, Víctor, sospecha de mi atracción por el gigante. Si vuelvo a salir con ellos, y pienso hacerlo, tendré que ser más cuidadosa. La culpa la tiene él, con las sonrisas que me dedica, son tan sexis...

Por otro lado, Alex ni me conviene ni está libre, ¿qué carajo tengo que plantearme?

Desperdicio la tarde del domingo despatarrada en el sofá, comiendo patatas fritas y viendo películas, recuperándome de los estragos de la juerga, dormitando a ratos. Más feliz que una perdiz, hasta que suena el teléfono.

—Qué, *guarri*, ¿durmiendo la mona?

—Hola, Ximena, yo también te quiero —musito adormilada—. ¿Qué tal tu tripa?

—Tirando. ¿A qué hora terminó el sarao? Qué coraje perdérmelo cuando la cosa con Antonio avanzaba.

—Entonces... Él y tú...

—Digamos que hemos congeniado. —Suelta una risita picante—. No me ves, pero te estoy guiñando un ojo.

—¿Ese modo de congeniar? —Pongo especial énfasis al pronunciar el «ese».

—De momento, sin *quiquis* a la vista ¿pero te conté que me pidió el teléfono?

—No, no me lo dijiste, mala mujer. Genial, ¿no? ¿Te ha llamado ya?

—Ni yo misma me lo creo, pero sí, me ha invitado al cine y a un tapeo esta misma tarde.

Mi corazón da un doble salto mortal sin red. Al menos, a una de nosotras le sonríe la vida. A mí me han drogado y plantificado por delante una novia cabreada como una hidra, el panorama no puede ser más negro. ¿O sí?

—Qué fenómeno, Ximena, te vas de parranda con...

—Nones.

—¿*Eingggg*? ¿Cómo que nones? ¿Juegas a hacerte la dura? Mira que no te pega.

—No, chata, no puedo separarme del váter, que no es lo mismo. Ahora que lo dices, puede que hasta me beneficie, porque negarme, me convierte en pieza deseable y como lo de la diarrea no pienso confesarlo...

No puedo contener las carcajadas. Ximena y sus cosas son superiores a mis fuerzas.

—¿Y tú con el flamante dueño de la casa? Dime que acabasteis revueltos en la cama. *Su* cama, por más señas.

Hago un gesto de hastío invisible para Ximena. En su cama sí, pero no precisamente revueltos. Mejor.

Mejor así, me apaciguo a mí misma.

Sofía no quiere problemas y Sofía no lo quiere a él.

—Lamento desilusionarte, pero nada de eso. Resulta que el señorito tiene novia —refunfuño forzándome a tenerlo muy presente.

El graznido de Ximena me torpedea los tímpanos.

—¿Qué me dices? ¿Y por qué iba entonces detrás de ti?

—No iba detrás de nadie, amiga, coincidimos en algunas aficiones, charlamos y nos invitó a una fiesta, ahí acaba todo, no ha dado muestras de interés alguno.

—*Amosandaaaaa*... ¿A quién quieres engañar, rubia? Dime que no lo has notado.

—Fan-ta-se-as. Las mujeres enseguida nos hacemos ilusiones, joder.

—¿No te gusta?

—¿Quieres no hacerme esas preguntas tan tontas? ¿A quién no va a gustarle semejante monumento?

—A mí —suelta tan pancha—. Los tíos tan guapos me dan grima.

—A mí, ganas de lamerlos de abajo arriba.

—No, si luego la pilingui soy yo —ríe.

—Pero no es el caso, con Alex no hay mucho que hacer.

Debí ser más drástica. Debí cambiar el «mucho» por un «nada». Algo dentro de mí que se resiste a virar de dirección, piensa dar pero que mucha guerra.

—Y la tal novia, ¿de dónde narices ha salido? —machaca Ximena—, Porque el rato que estuve en la fiesta, no vi nada que se pareciese a una pareja.

—Te aseguro que estaba allí. Se llama Camila y los pillé en plena bronca —juro con solemnidad.

—Eso suena bien, a la mierda la guiri. Porque con ese nombre, española no creo que sea y si lo es, tendrá unos padres raros, raros, raros.

—Ahora que lo dices, tenía algo de acento... puede. —Buceo en la maraña de mi memoria—. Yo no soy así, Xime, no voy a aprovechar que atraviesan un mal momento para meterme por medio.

—Es exactamente lo que hicieron contigo —sentencia ella.

—Por eso mismo. —Espero que haya sonado de lo más radical, porque es mi intención.

—Hija, dormirás a pata suelta con la conciencia bien tranquila, pero te pierdes las mejores.

—No es ese el tipo de relación al que aspiro. Me merezco algo mejor —remarco endureciendo aún más el tono.

Ximena permanece callada un rato. Diría que reflexiona y que mi casi sollozo le acaba de ablandar el carácter.

—Tienes razón, perdona, pensaba con la entrepierna. Claro que lo mereces, cariño, lo mejor de lo mejor, un Christian Grey para ti solita... Bueno, quizá tampoco sea el ejemplo más afortunado. Es la descomposición de vientre, que me tiene espesa.

#AmigaTengoAlgoAquíQuePalpita

Vuelvo a reírme. Esta Ximena... Si de algo no dudo, es de su preocupación por mi bienestar sentimental, y Alex se mete por los ojos, hay que reconocerlo, no la culpo.

Dejo el sofá con el teléfono aún pegado a la oreja y vago por el salón de mi apartamento. Me detengo ante el espejo del recibidor y ahogo un alarido de espanto. Por haberme quedado dormida con el pelo húmedo, se ha rizado por donde le da la gana.

Esa loca de ahí no soy yo.

—Me da igual que Alex tenga novia y que por ahí no avancemos, yo tampoco busco un novio. Pienso seguir siendo su amiga, sin contar con que Silvia, su hermana, es un encanto.

—Oye, a ver si voy a tener que ponerme celosa.

—Para mí tú siempre serás la *number one*, chatina —la mimo.

Ella suspira hondo.

—Te llegará, cielo. Alguien maravilloso que te hará muy feliz y yo estaré ahí para verlo. Y aplaudir hasta con las orejas.

De repente, siento mucha pena de mí misma, de mi soledad, y las lágrimas invaden mis ojos. Bajo la cabeza y asiento como si Ximena pudiera verme. Es fantástico tenerla como amiga, pero soy el ser más desgraciado de la galaxia. Se aleja la fase inicial de euforia tras mi ruptura con Sergio, y empiezo a ser plenamente consciente de que me han estafado y humillado de la peor manera.

—Toda la gente con la que antes salíamos pertenece al bando de Sergio y andarán haciéndole la ola a la nueva —recito con amargura—, nos hemos quedado solas. ¿Sabes que desde que cortamos no he tenido noticias de Paloma?

—¿Ni una llamada de esas de compromiso para interesarse por la salud?

—Ni eso.

—Menuda cerda —rumia mi amiga, que si de algo carece, es de pelos en la lengua—. Siempre te dije que era una convenida cursi que no me gustaba.

—Pues tenías razón —admito humilde—, de modo que no hay nada malo en gestionarme un nuevo grupo de amigos y con Patricia no puedo contar...

—Otra que tal baila: ha dejado de visitar a mi madre y anteayer, cambió de acera para evitar saludarme. De arpías venenosas anda el mundo lleno. ¡Pero quedo yo! —reclama con ímpetu.

—Claro que sí. A ti te quiero lo más lejos posible de Martos, y Antonio te pone. Perfecto. Pues todos en *cuchipandi* a pasarlo como los indios.

Sospecho que Ximena desconfía de mi despreocupado optimismo.

—Sofía, eres un poco *masoca*, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—¿Has pensado qué ocurrirá si la tal Camila también aparece y reclama sus presuntos derechos?

—Nada. No pasará nada —afirmo tajante—. Mirándola de frente tendré aún más claro a quién no debo acercarme.

—Pero es que a Alex, tú le gustas.

—Ximena —la corto—. Déjalo estar.

Me despido con un gimoteo del que solo yo conozco el significado y me trago las lágrimas. Patética, sola, abandonada en pijama un domingo por la tarde, sin nadie que me quiera, aunque media hora antes, repantingada en el sofá hecha un brazo de mar, me sintiera la reina de Saba.

Malditas hormonas cambiantes... Un momento, ¿estoy esperando la regla? Porque estos cambios de humor tan bruscos e injustificados... Rebusco en mi bolso de día y saco la agenda. Me limpio el agüilla que destila mi nariz con el revés de la manga, mientras busco la fecha de mi última menstruación. Suelo señalarlas con un punto gordo y rojo en rotulador. Ahí, bien visible.

Así y todo, tardo en encontrarla. ¡Leñe! ¿Tanto tiempo hace? El veinte de marzo y estamos acabando abril. Cuento por encima. Siete días de retraso, *cagoentó*. No se me ha ocurrido tomar en consideración la posibilidad de un... Un...

Empiezan a temblarme las piernas y tengo que sentarme en la cama, seguramente, blanca como una pared de cortijo andaluz.

¿Yo embarazada? ¿De Sergio? ¿Puede ser a estas alturas?

Tiro la agenda como si abrasara, al rincón más lejano, donde queda abierta, para tumbarme, abrazarme a la almohada y aullar a pulmón como un lobo a la luna. Se puede ser desgraciada, pero lo mío es de traca valenciana.

Madre del amor hermoso, preñada de un indeseable al que no quiero ni me quiere.

Cuando me harto de berrear, repto al salón y reviso mi móvil. Cero noticias de Alex el bombonazo. ¿Remordimientos por lo sucedido en su casa, o demasiado ocupado calmando a Camila? Da lo mismo, unas letras preguntando qué tal me encuentro, no cuestan dinero y habrían mostrado su interés por mí.

Ah, claro, que no le intereso lo más mínimo y es lo único de lo que da muestra.

Me acurruco en el tresillo a gimotear hasta quedarme dormida. Y dos horas más tarde, me despierta el ring-ring del teléfono. Ni miro la pantalla.

—¿Diga?

—¿Sofía? —Es la voz de una chica que no logro ubicar.

—Sí, ¿quién eres?

—Silvia, Silvia Conde. Llamaba para ver si todo va bien.

—Oh, sí, estupendamente, vagueando como una perdida.

Se ríe. Es una risa alegre y estimulante.

—Yo estoy haciendo exactamente lo mismo, André llega esta noche de viaje y se acaba mi reinado sobre el mando a distancia, pero mientras tanto... Oye, lamento muchísimo que te pusieras malita, se te agüó la fiesta.

Apuesto una mano a que su hermano la ha puesto al día de los detalles más escabrosos. Ya sabe que mi «aparente» borrachera no fue producto del arrebato y el vicio.

—Bueno, son cosas que pasan, la próxima vez me limitaré al mosto —replico apretando los dientes y maldiciendo a Víctor.

—Cuando pensé que te desmayabas, estuve a punto de gritar eso de «hay algún médico en la sala». Perdona, siempre he tenido ganas de decirlo.

Suelto una carcajada de buena gana. Silvia, chica maravillosa en todos los sentidos, que podría echarme como amiga íntima, encantada de la vida. Y no, Alex y su parentesco con ella no tienen nada que ver, Silvia brilla por sí sola.

—Seguramente mi organismo no estaba para fiestas, tan simple como eso.

—¿Estás enferma?

—No del todo, más bien jodida.

Se abre una pausa congelada que no tarda en cristalizar. Veo oportuno explicarme, ya que ella no se atreve a cotillear mis intimidades.

—Terminé con mi novio hará un mes, más o menos. Todo está demasiado reciente.

—¿Y doloroso?

—Debería serlo, pero cuando acabó sentí alivio. Eso sí, lamento el fracaso, me han ofendido y se han reído de mí. No son penas de amor las mías. Tengo la autoestima machacada y si esas circunstancias se reflejan en el físico... Bueno, debería descansar un año entero en un balneario.

—Perdona que lo pregunte, pero... ¿Cómo puede haber alguien tan imbécil como para dejarte?

Ahora es mi turno de carcajadas.

—Ya ves, el abandono es lo de menos. Dejarme, pisotearme, pegármela con otra y montárselo de manera que la culpa parezca por entero mía.

—Menudo cabrón manipulador —exclama incrédula.

—Eso dije yo en su momento.

—Sofía...

—Dime.

—Eres una chica fabulosa —voy a interrumpir, sin embargo, me lo impide—, no, espera, supongo que estarás harta de oírlo porque es la verdad pero el mundo no anda sobrado de personas como tú, tan completas.

Pero ¿qué dice, si no me conoce? Aun así, qué *requetebien* me hace escucharla aquí y ahora.

—Eres preciosa, amable, inteligente y divertida.

—¿Todo eso? Bah, seguro que se te escapa algo —bromeo.

—Seguro. En un abrir y cerrar de ojos, tendrás una fila interminable de tíos buenos aporreando tu puerta, suplicándote un minuto de atención...

«¿Qué tal tu hermano? Ojo, que si son sus nudillos los que llaman los primeros, no dejaré espacio para nadie más, lo juro por las bragas de santa Polinela»

—...Y te podrás permitir el lujo de rechazarlos a todos si te sale del moño —culmina con aire de triunfo.

La verdad, no necesito pegarme esos homenajes para sentirme importante ni mejor persona. Y me habría hecho feliz que mencionase a Alex como candidato, aunque fuera de pasada. No lo ha hecho, pero los piropos tan sentidos hay que agradecerlos, así que sonrío y balbuceo tonterías, un poco cohibida.

—Te llamo en esta semana y nos tomamos algo.

—Ya estará aquí tu chico y tendrás ganas de verlo.

—Esta noche me las quito todas, te lo aseguro. Luego volverá a la rutina, tiene un par de sesiones largas esta semana y eso implica una tarde completa o dos, de libertad.

—Muy bien —accedo—, llama cuando quieras, me hará bien salir de la biblioteca.

¡Hala! Ya tengo una cita. Aunque no precisamente con quien deseo.

#UnFavorcito

A una hora a la que no debería estar permitido molestar a nadie, el teléfono vibra en mi mesita de noche y me despierta de un plácido sueño, en el que Alex es el protagonista absoluto.

No hay nada malo en fantasear un poquillo, ¿no? Imaginar escenas idílicas en las que ese hombre guapérrimo, completamente rendido a mis encantos, despliega su repertorio amoroso, me desnuda y me hace suya, comenzando con un beso de tornillo, que yo vivo a cámara lenta. Primero, me mira como la mañana tras la fiesta en su casa, cuando me llevó a la mía. Me inmoviliza como hacen las serpientes con los pajarillos antes de devorarlos.

A continuación, se inclina sobre mí que, sabiendo lo que sigue, tiemblo como una hoja. Su fuerte mano viaja a mi nuca, me revuelve ligeramente el pelo y me atrapa. La otra mano se desliza por mi mejilla, primero hacia arriba, luego girando para bajar, recorriendo el mismo camino, pero con el dorso de los dedos. Mi impaciencia se desborda y él, ralentiza aún más sus movimientos. Pretende enloquecerme...

Ring, *riiiiiinggggg*.

—¡Joder! Ya voy, ya voy... —Mi mano tantea en la oscuridad y golpea un sinfín de objetos hasta dar con la horrible máquina, que vuela a mi oreja. Como sea mi madre con alguna melindrez de las suyas, se la carga—. ¡Digaaaa!

—¡Uissss, qué gritos, criatura! ¿Qué vas a dejar para cuando te despellejen?

—¿Luluis? Pero ¿qué hora es? —Despego un ojo. El segundo aún se me resiste.

—Alrededor de la una. No me dirás que ya estabas roncando —asume con su suave voz de cuentacuentos—. Oh, sí, de acuerdo, a juzgar por tus rugidos de dragona preñada, sí, estabas dándole a Morfeo por detrás.

—Me has cortado el sueño en lo mejor, no te lo perdonaré en la vida. —Me desperezco y trato de incorporarme un poquito, apoyando la espalda contra el cabecero.

—Pero si no has madrugado.

—Lo he hecho. Y para más inri, me he pasado el día en duermevela intermitente.

—Entonces no estás cansada. Escucha, ¿vienes mañana al gimnasio?

—Falta poco para acabar la tesis, fase final, Lulu, entro en barrena. No tendré más remedio que reorganizar la agenda para este último mes. Mañana mismo hablo con Teresa y reviso el horario de mis clases.

—He pensado sustituirte en las que haga falta, si te ponen alguna pega. No quiero perderte.

Esa confesión me despabila del todo.

—¿Has oído algo? ¿Es que piensan despedirme?

—Bueno, ya sabes que el zorrón de Teresa piensa que el gimnasio es suyo solo porque se

está beneficiando al dueño. Y te tiene inquina, Sofía, eso te consta, aunque te lo echas a la espalda. Cuando le pasas por delante puedo oír sus colmillos rayando el suelo.

—Es una hija de puta —resumo.

—Que te pondrá de patitas en la calle con cualquier excusa. Por eso te llamo...

—A horas intempestivas —puntualizo con una chispa de humor.

—Te quejarás encima...

—No, cielo, no me quejo. Te quiero por encima de todas las cosas vivas, lo sabes.

—Cuando hables con ella, déjale bien claro que tu horario será exactamente el mismo que viene siendo hasta ahora. Unas clases las darás tú y otras las daré yo. Entre nosotros nos arreglamos. Y si pudieras evitar tratarlo con la *zorris* e ir directamente a Paco, sería genial. A él lo tienes en el bote.

—Por eso ella me odia.

—Que le den, que yo lo pago. ¿Te ha quedado claro? No hay alteraciones.

¿Que no las hay? ¿Te parece poca alteración sustituir una profesora de aeróbic rubia y menuda por un profesor de yoga de metro ochenta y cinco, fibroso, gay y con un sentido del humor ácido, de lo más peculiar? No sé yo...

—Luluis —arranco con tiento—, no tienes por qué hacerlo, lo tuyo no son los movimientos bruscos.

—Calla, tonta, si lo estoy deseando. Un cambio de aires, un despejarse, un no pensar en Momo...

—¿Has dicho Momo?

Me llega un gímoteo afectado desde el otro lado del hilo.

—¿Habéis peleado?

Un sorber mocos a la desesperada. Mi Luluis ha estado llorando.

—Un poco mucho. Es un maniático caprichoso decidido a volverme majareta. Ahora te amo, ahora te odio... Ya sabes, tan pronto soy el centro de su universo, como no me recuerda en una semana. ¡No puedo soportarlo!

Su aullido se cuela en mis oídos somnolientos y tiene el efecto de una sirena de bomberos conectada directamente a mi sien.

—¡Luluis!

—¡Es un maltratador psicológico y a pesar de ello, lo *quierooooo*!

—Cariño, tranquilízate, esas acusaciones tan serias no las hagas a la ligera.

—Pretende volverme chalado con esta montaña rusa emocional —lloriquea.

—Mañana hablamos tranquilos, a ver si podemos clarificar las cosas. No mereces sufrir de esa manera...

Lo oigo respirar profundo, del mismo modo que lo hace durante sus clases.

—¡*Inhaaaaaaleeeee*! —dice en inglés.

—Eso, eso, toma aire.

—Ok, mañana hablamos —me despide con precipitación— pero no de Momo, se ha marchado a Barcelona por unos días. No olvides lo que te he dicho. Puentea a la *zorripuerca* de Teresa y pide ver directamente a Paco, que para algo es el propietario.

Antes de que pueda darme cuenta o reaccionar, tengo el teléfono en la mano y el pito monótono de una conversación interrumpida. Lo miro como una estúpida. Ahora sé que no pegaré ojo en toda la noche, tengo los nervios a flor de piel y tiemblo pensando en el sufrimiento de mi sensible amigo, aunque él parece haber pasado página, como de renglón cuando lees.

Si pagasen por noche de insomnio, yo me habría construido ya un chalé en Pedralbes.

#DosMasDos

Está claro que Silvia quiere ser mi amiga al margen de su hermano. Pues bien, yo voy a demostrarle que deseo lo mismo. No cederé a la terrible tentación de interrogarla, cultivaremos nuestros propios temas de conversación.

—¿Sobre qué va tu tesis? —se interesa.

—Maltrato psicológico, ya está casi lista, la leeré en poco más de un mes, me muero de las ganas.

—Menudo temita. —Silvia se lleva una patata frita mojada en mayonesa, directa a los dientes—Interesante y peligroso.

—Porque es invisible —apunto. Creo que ella sabe de lo que hablo.

—Nadie quiere ir al juzgado a defender uno de esos. Son casos que los letrados dan por perdidos antes de comenzar.

—Teniendo en cuenta la proporción de suicidios y que el abuso psicológico es el origen y fundamento del físico, esa panda de politicuchos interesados, deberían situarlo a nivel uno de importancia.

—Podrías ayudarme tanto con mis casos... —Pasa la mano en mi antebrazo como bastón a sus palabras—. Espero que decidas venirte conmigo al despacho, juntas haríamos grandes cosas.

—No creas que no me tienta, pero la idea de ejercer la psicología clínica me entusiasma tan poco... —La cara de Silvia es un poema al escucharme—. Sí, ya sé que te preguntarás para qué diablos lo estudié. Y la respuesta es bastante bochornosa, por conseguir un título, el que fuera, nada me gustaba demasiado ni demasiado poco, no llegaba a decidirme. También habría querido ser periodista o bióloga, o cirujano, y cuando lo pienso y compruebo que nada tiene que ver una con otra, deduzco que carezco de vocación. Eso me entristece y me acompleja.

—No debería, el trabajo no es más que un medio para ganarse la vida —asume Silvia pragmática.

—Bueno, de acuerdo, pero ¿sería mucho pedir sentir verdadera pasión por algo, sentirte vibrante y vivo cuando te dedicas a ello en cuerpo y alma?

—¿Y que esa pasión te dé de comer? —quiere asegurarse. Asiento, momentáneamente más pendiente del café que de mis torpes respuestas—. Sí, es mucho pedir. Muchísimo.

—Tú disfrutas con la abogacía.

—Ni me lo planteé siquiera. Cuando creces sabiendo que heredarás el despacho y los clientes de tu padre, hay que ser muy rebelde para tirar por otro camino. Me temo que yo no lo soy —esboza una sonrisa tímida—, fue una especie de dedicación pre-programada.

—Pero tu hermano...

—Sí, para todos fue una sorpresa que Alex impusiera sus condiciones. Todo se reduce a que él odia el derecho y a mí, si bien no me volvía loca de entusiasmo, tampoco me horrorizaba. ¿Y sabes qué? Ahora adoro lo que hago, plantear las estrategias de defensa, aunque el trato con el público sea a veces una pesadilla, y cobrar se convierta en misión imposible.

Me fijo en cómo le brillan los ojos hablando de su profesión; es afortunada, algo que difícilmente podría decirse de mí, con el batiburrillo mental que barajo respecto a mi futuro.

—A eso me refiero. Qué envidia me das.

—Deja que te enseñe el despacho —me ofrece de repente, emocionada—. No está muy lejos.

—Pero Silvia, yo aún...

Trato de frenar su imparable vehemencia, sin embargo, ella se levanta de un brinco, revisa la nota de la cuenta, deja un billete de diez euros atrapado bajo el cenicero limpio, y me agarra del brazo la mar de resuelta.

Indudablemente, es una chica que sabe lo que quiere, cuándo, y a qué velocidad.

Caminamos por calle Larios y cuando ya casi alcanzamos el borde de la plaza de la Constitución, Silvia apunta con el dedo uno de los antiguos edificios rehabilitados de techos a más de cuatro metros de altura y ventanales alargados, donde siempre he soñado vivir.

—Ahí es.

Y esa simple frase consigue que me derrita de ganas.

El portal es precioso. Todo luce brillante y nuevo, sin embargo, el suelo de piedra multicolor, los encajes de piedra en las paredes y la barandilla de madera de la escalera se ajustan a lo esperable en un inmueble de la época. Casi puedo oír el frufrú de las largas faldas de las damas del diecinueve paseando por los corredores. Se me encoge el estómago en un revoloteo de mariposas. Tengo una imaginación que con nada se desborda. Basta ubicarme en un decorado algo fuera de lo habitual, para que vuele sola inventando historias de amor. Y este edificio lo tiene todo. ¡Todo! Hasta ascensor enjaulado.

—¿Funciona? —pregunto con cierto temor.

Silvia sonríe.

—A la perfección. Aunque estamos en el segundo, lo probaremos para que vivas la experiencia.

Madre mía, es un milagro que no lo hayan desinstalado y sustituido por una caja claustrofóbica y metálica con puertas de seguridad modernas. Alguien ha preferido invertir un buen montón de dinero y conservar en glorioso estado el elevador original. Silvia parece leerme el pensamiento.

—Mi padre adora estos cachivaches antediluvianos, se empeñó en restaurarlo.

Qué suerte. Por lo general, el mío solo adora los partidos de fútbol si va ganando su equipo. Sonríe tensa, consciente de la distancia entre nuestras familias y, en consecuencia, entre Alex Conde y una servidora.

El ascensor arranca con un suave traqueteo. Huele a maderas nobles bien barnizadas, dispone de espejos bruñidos y laterales de cristal de colores encajados en mosaico. El trayecto es breve. Silvia empuja la puerta doble y a continuación, la reja dorada. Salimos a un descansillo amplio y cuadrado con solo dos puertas enfrentadas que dan una idea previa de los metros cuadrados de los pisos.

Sí, muchos. Silvia saca un llavero de su bolso, un gato metálico articulado con cientos de cristalitos como diamantes incrustados, y abre la puerta señalizada bajo la letra A.

#EnElSegundoA

Qué bien huele aquí dentro.

A libros, madera y flores. Y se respira paz. Un sosiego envolvente, mágico, calmante. Todo lo que cualquiera en sus cabales podría haber esperado del despacho perfecto, se reúne aquí entre estas paredes de techo lejano y ventanales al patio de luces.

—Qué sitio tan... ¡bonito! —exclamo lamentando no haber escogido un adjetivo más vistoso—. Así da gusto trabajar.

Silvia suelta una risita encantadora.

—Esa impresión es justo la que quería causarte. Y no has visto nada, esto es solo el recibidor —señala el mostrador, curiosamente moderno en contraste con la decoración arquitectónica—. Y nuestra pieza más preciada, Helen C. Rogue. El alma de este cuchitril. ¡Salúdense, muchachas!

Reparo en la joven tras la recepción, tan discreta y callada hasta el momento que, embobada como estoy, ni siquiera he visto. Es morena, de pelo hasta los hombros, lacio y brillante, de piel reluciente y hermosa sonrisa. Me saluda con una mezcla de respeto y extrema simpatía. No sé qué me gusta más, así, de entrada, si su actitud o esta increíble oficina.

—Ven, que te enseñe mi despacho, la sala de juntas... —Algo que se esconde en el corredor de la derecha llama su atención—. Carla, ¿eres tú? Sal, te presento a una buena amiga y futura socia.

De la habitación de al lado brota una chica bajita y menuda, con gafas y sonrisa timorata. Antítesis de la refulgente Silvia, la abogada con apariencia de modelo. Carla es el vivo retrato de un asustadizo ratón de biblioteca. Pese a su aspecto anodino e inofensivo, me recorre molesta, con el gruñido que se reserva a las moscas que se atreven a posarse sobre un plato de crema de langosta. Silvia nos presenta y lanzamos un par de besos al aire como si de verdad nos alegrásemos de conocernos, aunque la mirada que me dedica no es precisamente amistosa.

Demonios, ¿por qué me mira así? No vengo a quitarle nada.

¿O sí? ¿La atención de Silvia? ¿Su afecto? ¿Es que acaso no tiene suficiente para las dos? Mira qué bien, ya tengo pretexto para rechazar un despacho, que a todas luces no puedo costearme ni soñando. Finalmente, cuando todo el decorado de película de época ya me ha robado el corazón, Silvia me propina el golpe de gracia:

—Y en último lugar, tu despacho.

—Silvia, no me ilusiones... —ruego, lastimera.

Le importan muy poco mis reparos y miserias; agarra mi brazo y tira de mí por el pasillo hasta una puerta al fondo.

—He reservado lo mejor para que te lleves buen sabor de boca, no seas aguafiestas y deja

de protestar.

¡Oh, *Santa Madonna!*

No deberían existir habitaciones como esta. Una enorme mesa de despacho con un iMac ultrafino de veintiuna pulgadas y un sillón director giratorio de cuero blanco, exactamente igual al del despacho de Silvia. Estanterías de madera patinadas en gris perla muy claro, casi empolvado, llenas de libros y manuales encuadernados en piel. Un sofá Chester tapizado en crudo y una mesita de café construida con la mitad de una puerta antigua, labrada artesanalmente a navaja, con un cristal encima.

No consigo cerrar la boca ni soltar la exclamación que esto se merece. Silvia salta y palmorea traviesa.

—Sabía que te iba a gustar.

—Silvia... —Me dirijo al ventanal alargado que corta en dos la pared, de suelo a techo, y atisbo la calle Larios desde la posición privilegiada que me brinda la altura. Me giro a mirarla con una nota de pesadumbre en los ojos. Prefiero tragarme el orgullo y ser sincera—. Silvia, te agradezco que pensaras en mí, pero yo, simplemente, no puedo costearme un alquiler así.

Ella avanza los pasos necesarios para tomarme las manos y mira por encima del hombro para asegurarse de que Carla no espía. La abogada y su cara avinagrada se han refugiado en su despacho un microsegundo después de saludarnos, sin dar muestras de mayor interés. Estamos solas.

—Oye, no hace falta, no lo necesito. Este despacho fue el primer lugar de trabajo de mi padre y está pagado. —Baja la voz—. Carla costea su parte y con eso y un pico más, cubro el sueldo de Helen. ¿Ves? Los números cuadran, no necesito otra renta para funcionar, créeme.

—No voy a instalarme aquí gratis —me opongo sintiéndome peor que antes.

—No será gratis, me haces mucha falta, será a cambio de tu trabajo. Harás informes psicológicos para mis asuntos de familia y atenderás a mis clientes si necesitan un empujoncito para superar los traumas del divorcio. Tendrás clientela asegurada al margen de la que consigas por tu cuenta. Trabajaremos en equipo. Por favor, dime que aceptas, dime que sí.

—No sé... —Bufo confusa. Cualquiera que la vea rogar, creerá que soy yo la que le hace el favor de su vida.

—Siempre he querido tener una hermana —me confiesa—. Alex es el mejor, no te quepa duda, pero es un chico. Me falta una confidente, alguien que piense como yo, que entienda mis neuras.

No puedo evitar reírme. Silvia parece tan equilibrada que la palabra «neuras» chirría en su boca.

—Tú no tienes de eso —le digo.

—Las apariencias engañan, soy una loca del tinte como otra cualquiera y cuando se me va la pinza, mi hermano no sirve, sale corriendo y se esconde en el armario. Alex odia discutir. ¿No querrías ser mi hermana postiza? —pide con un pucherito.

Desvío los ojos, turbada. Ella ignora lo cerca del corazón que anda la llaga donde acaba de clavar el dedo. Se me escapa un suspiro entrecortado.

—Yo también echo en falta esa alma gemela. Ni siquiera tengo cerca a alguien como Alex, mi hermano vive su vida muy lejos y yo llevo sacándome las castañas del fuego sola desde pequeña.

Suena tan prometedor, verme allí sentada ante la mesa de este despacho divino. Sí. En estas condiciones me ilusiona la idea de ejercer. Casi puedo ver a mis pacientes saltando de

alegría camino de la puerta, felices y completamente curados, tan complacidos como yo.

—Y aquí podrías colocar tu diván —sugiere la voz soñadora de Silvia, añadiendo un detalle más al carrusel de «*innumerables motivos por los que si rehúsas estás chalada*».

Ahogo un segundo suspiro, todavía anonadada por la visión de la impresionante sala de juntas con su gran mesa y sus ocho butacas de piel beige, más propia de una multinacional que de un bufete legal.

Aquí todo me viene grande.

Sin embargo, me vuelvo hacia Silvia con un extraño brillo en los ojos.

Y acepto.

#ElIncreíbleDespacho

Lo de que ejercer o no tu carrera te desepite de la ilusión, va a ser que depende de que un fabuloso despacho aguarde a tu doctorado o, por el contrario, tengas las mismas posibilidades de abrir consulta, que de que se te declare David Gandy hincado de rodillas.

A mí me ha tocado la lotería.

Silvia me abraza saltando de júbilo cuando le digo que sí, y yo me pongo las pilas en la biblioteca a tal punto, que en un par de semanas tendré lista la tesis. Pero con esto, me anticipo a cosas que han ocurrido mucho antes.

Me centro.

Tres días después de deslumbrarme con su oficina en calle Larios, la rubia vuelve a llamarme.

—Atiende, preciosa, se han alineado los planetas —me anuncia, festiva—: uno dice que tú querías renovarte el guardarropa.

—Ay, sí —recuerdo con pesar—, cuánta falta me hace.

—Otro, que yo vuelvo a disponer de una tarde ociosa, mi amor anda por el paseo marítimo, en bicicleta, posando para una marca de ropa deportiva. El tercer planeta de la conjunción sugiere que mi amiga, dueña de una boutique, acaba de traer la colección de verano y nos hará unos descuentos relucientes. ¿Te animas?

La boutique de Marie Lou, así se llama la amiga de Silvia, es uno de esos locales extravagantes y carísimos en los que yo no acertaría a entrar ni borracha, con una decoración próxima a una escena de Alicia en el país de las maravillas, y tiene prendas, con sus correspondientes etiquetas de precio colgando, que te dejan turulata. Ambas cosas: la ropa y lo que piden por ella.

Silvia se las apaña con bastante habilidad para convencerme de que tanto esfuerzo entre doctorado y curro, merece su recompensa y que me debo a mí misma un premio, de digamos, doscientos euros.

—Es probable que encontremos algunas bragas que se aproximen a ese precio.

—Me refiero a doscientos euros al mes durante algunos meses —gorjea Silvia divertida.

Yo me atraganto, no lo voy a contar después del susto.

—¿Qué me estás diciendo? —me exalto.

—¿No tienes un sueldo como profesora del gimnasio?

—Sí, pero...

—Pero nada. Sales poco, el alquiler del piso lo tienes controlado, vas a darte un gusto y renovar el armario, que te hace falta, y en paz.

—Si no lo niego —tartamudeo— pero mis ahorros son para después.

—¿Cómo que para después? ¿Para cuándo mejor que ahora?

Le cojo las manos a esta loca y la fuerzo a tranquilizarse. Que pare de dar brincos, al menos.

—Para cuando me doctore, Silvia, para cuando me lance al mundo cruel y toque enfrentar gastos desesperados.

—Claro, y que el mundo cruel ese, te pille sin un calzado adecuado y sin el maquillaje perfecto. Anda ya. Aparte, un pajarito me ha contado que ya tienes oficina y que no te saldrá cara.

Me ruborizo hasta que las orejas alcanzan los cien grados. Agacho la cabeza.

—No me abochornes. ¿Lo ves? No quiero ir de gratis a ninguna parte.

Silvia me obliga a levantar la barbilla.

—¿Otra vez? Me refiero a que no necesitarás pagarla con dinero, no que vayas a aprovecharte de nadie. Vamos, mujer, no te sientas mal, no seas tonta. Además, te repito, todo lo que adquieras ahora te vendrá bien para tu vida profesional de luego.

No respondo. Ella busca mis ojos contorsionándose hasta arrancarme una carcajada.

—¿Sí? —insiste con una mueca cómica.

Meneo la cabeza, incrédula, aguantando la risa.

—¿Siempre te sales con la tuya, bruja?

Tira de mí y atravesamos la tienda a la carrera.

—Siempre. Mira qué vestido. Con esas caderas de modelo te va a quedar de muerte, fijo.

Al cabo de un par de horas salimos de la tienda que da miedo vernos, cargadas hasta las cejas, evitando hacer siquiera un cálculo por encima, de lo que me he gastado. Silvia ha negociado los plazos a razón de setenta y cinco euros por mes, el resto de mi vida, y yo me contento con poder afrontarlos.

Punto final. No le doy más vueltas.

Nos vamos a celebrar con unas cañas heladas y un buen plato de aceitunas. Después llegan los calamares y las albóndigas. Y cuando más llena tengo la boca, aparece Alex. Como surgido de la nada, más guapo que nunca, dispuesto a cortarme la respiración con una mirada. Se me forma un nudo en la garganta mientras lo veo besar a su hermana y luego a mí, dos veces en las mejillas, como si nada. Es casi medio día y huele a recién duchado, a menta y limón. Me alboroto tanto que prefiero hacerme la distraída y llevarme un buen puñado de patatas fritas a las muelas.

—¿Os importa?

No sé para qué pregunta si ya se ha cogido una silla y se une a nosotras como «una más», con ganas de palique. Que lo atienda Silvia. Yo bastante ocupación tengo con no ahogarme teniéndolo tan cerca, contabilizando los días que llevo sin verlo. Solo son cinco, de lunes a viernes. ¿Por qué parece una eternidad? ¿Y cuál es el motivo de que aparezca aquí de repente? ¿Lo habrá avisado su hermana? ¿Querría verme y se lo había pedido?

—¿No, Sofía? —le oigo decir.

—¿Eh? —Salgo de mi limbo particular y me lo encuentro mirándome a la cara con esos ojos verde hierba que deberían estar multados. Trago saliva como una quinceañera asustada, necesito unos minutos para recomponerme—. Perdona, no te he escuchado —me disculpo con un esbozo de sonrisa.

—Que si nos damos una vuelta este fin de semana.

—¡Todos juntos! —aplaude Silvia pidiendo otras dos cervezas por señas al camarero.

—Sí, claro —me atropello. En ese momento, para acabar de aturullarme, suena el teléfono. Pido disculpas, abandono la mesa buscando un recodo discreto, y atiendo a Ximena—
¿Qué hay, amiga?

—¿Por dónde andas? —Suena a funeral, la verdad.

—En el centro, he salido a comprarme unas cosillas y llenar el armario antes de echarme a correr a la calle desnuda por completo.

—¿Que has salido de compras? ¿Sola?

#EmpiezanLasMentiras

Carraspeo.

—No, la verdad, con Silvia.

Silencio de reproche al otro lado de la línea.

—Podías haberme avisado, me habría gustado acompañarte, ya sabes que me lo tienes prometido.

Se me desploma el ánimo, tiene razón. Tanto tiempo esperando con paciencia a que le diera el sí para salir juntas, y al final voy y me alío con alguien a quien prácticamente acabo de conocer.

Vago por la acera sintiéndome miserable. Odio a la gente que es «del último que llega» y así me estoy comportando yo con mi fiel Ximena.

—Verás, no fue algo premeditado, más bien nos hemos encontrado por casualidad —miento, no con la energía suficiente como para sonar sincera—, se ofreció a presentarme a una amiga dueña de una boutique... —Dejo la frase en el aire. Ximena acaba de darme la puntilla con un lánguido «ah, ya»—. Y ahora, para colmo, acaba de aparecer Alex.

—¿Habíais quedado? —pregunta, de repente interesada.

—¡No! —Ese monosílabo brota de entre mis labios como un disparo—. Ha aparecido aquí sin más, se ha sentado y hace planes para el fin de semana.

—En los que espero que te incluya —completa Ximena con sorna.

—Bueno, claro, y a ti también. Irá Antonio, Irán todos.

—Genial, acepto, me irá de perlas como estrategia de acercamiento a Don Estirado.

—¿Ese quién es? —Me he perdido.

—El señorito Antonio, que no ha vuelto a dar señales de vida desde que amable y dulcemente rechacé su invitación del domingo, por los motivos escatológicos que ya te constan.

—Joder, qué exigente, ¿no?

—Típico engreído, pagado de sí mismo, pero me voy a divertir.

—¿Ya no te pone?

—Me sigue gustando igual o más, pero tengo mis dudas acerca de a dónde pueda llegar con un hombre como él. ¿Te digo algo y no te lo tomes a la tremenda? En ese grupito todos están cortados por el mismo patrón: Antonio, Miguel, Raúl, Víctor y por supuesto, el mascarón de proa del barco pirata, Alex, que me imagino, actúa de reclamo para atraer a las chicas.

Desvío los ojos hacia él, que sigue en la mesa charlando alegremente con Silvia. Es tan endemoniadamente perfecto... Noto en la boca del estómago una punzada difícil de ignorar.

—¿Sigues ahí? —me chilla Ximena.

—Sigo, sigo. Es probable que tengas razón —asumo con derrota.

—Bien, entonces ya sabes —deja caer pizpireta y jovial.

—¿Ya sé?

—Claro, no te enamores, no albergues esperanzas, no te derritas y sobre todo, no construyas castillos que se desbaratarán de un soplido como la cabaña de los cerditos. A entretenerse tocan —concluye mi amiga con un aullido de triunfo.

Me deja confusa.

¿Eso es lo que haremos? ¿Zambullirnos de cabeza en el peligro y tratar de demostrar que somos más listas que ellos? Valiente insensatez. ¿No es más razonable salir huyendo cuanto antes y cuanto más lejos mejor? En este campo de minas, dos almas sensiblonas como nosotras, solo pueden salir escaldadas.

Yo peor que ella, a mí me puede el romanticismo, me emboba y me atonta, en cuanto follo me enamoro, y es en esas circunstancias cuando envidio la entereza de Ximena, que es capaz de sacudirse un romance de encima sin que se le mueva un pelo.

Tras colgar, regreso a la mesa con una sonrisa rota, muestra del caos que gira en mi cabeza. Habría dado el dinero que no tengo, con tal de que Alex no volviese hacia mí su atractivo rostro, con esos ojos ardientes maravillosamente verdes que me empapan la entrepierna.

—¿Ocupada?

—Es una amiga —indico apuntando al móvil, arrepintiéndome en el acto.

No le debo explicaciones a nadie y menos a él.

Casi sin atender a mis últimas palabras, Alex se pone en pie apoyándose en las rodillas, se sacude los vaqueros caídos que le sientan de pecado. Mierda y tres veces mierda. Miro para otro lado fingiendo indiferencia.

—Me marcho —anuncia. Y es como si me golpearan con una piedra en mitad de la cara —, tengo toneladas de planos esperando en el estudio.

Ay, qué mono. Ahora es él quien da explicaciones.

Hago lo imposible por ignorar ese culo pluscuamperfecto escondido bajo el pantalón. Hasta me entran ganas de silbar.

—Nos vemos mañana sábado. —Es su despedida al besarme, mareándome con su aroma de agua fresca, demorándose una pizca más de la cuenta, sus labios sobre mi mejilla.

Sofoco un suspiro. Lo veo alejarse y termino de disfrutar mi cerveza con Silvia, aparcando la sensación de vacío, la pregunta de dónde y con quién saldrá esta noche. Respondo de forma automática a los frívolos comentarios de la preciosa rubia.

Al menos, ella no es peligrosa.

Las horas que pasan hasta la tarde-noche del sábado las malgasto ideando mil horrores con Camila como protagonista. Me figuro que aparece en el bar donde nos reunimos, deslumbrante, embutida en un vestido del tamaño de un calcetín, melena y piernas interminables, físico de modelo rusa de sugerentes ojos rasgados, al lado de quien, yo parecería la princesa Fiona en su estado de ogra verdosa.

Alex le dedicaría el mil por cien de su atención sin reservar para mí ni una triste migaja. Pero bueno, a eso voy, ¿no? A poner a prueba mi masoquismo. Camila es real, y sana o no, ellos tenían una relación antes de que yo apareciera.

Voy a tragarme una amarga píldora que me inmunice contra los encantos de Alex Conde,

que son muchos.

Para la ocasión, tiro de estreno: sería genial poder ponerme un vestido especialmente corto y sexy, escogido por Silvia en persona, que jamás pensé que me atrevería a lucir, pero que en esta especie de juego macabro de voluntades, con mi diosa interior pidiendo guerra, lencería atrevida y liguero, encajaría al milímetro.

Lástima que esté con la regla (¡por Dios, qué alivio! ¡No estoy embarazada de Sergio!) y que pase de accidentes, ya he tenido muchos, demasiados. De modo que escojo otro vestido, entallado y rojo, algo menos osado pero muy favorecedor.

Así, aunque sea *para nadie* en particular, Sofía se viste esta noche, asesina y letal.

#ViajandoHaciaElInfinito

No me cuesta convencer a Ximena de que vayamos hasta el centro en mi Vespa rosa. Se ve que tiene bien planificada la noche y que incluye, de un modo u otro a Antonio, un revolcón y su apartamento, de modo que poco le debe preocupar el medio para volver a casa.

Bien por ella.

Yo todo lo que llevo es una máscara falsa de digna felicidad, que se estrellará contra el suelo en cuanto la rutilante Camila aparezca.

Quedamos en vernos en un local de tapas y vinos de reserva, y Alex llega, absolutamente guapo, con la única compañía de Víctor flanqueándolo y muchas ganas de cachondeo. Un hormigueo me recorre el cuerpo de pies a cabeza con solo mirarlo. Vaqueros oscuros, camiseta azul marino muy lavado, cazadora de cuero marrón y un foulard anudado pecaminosamente al cuello.

Cuando dan las doce, ya no pienso en Camila ni en la amenaza que representa. A estas horas, por completo seducida por las miradas insinuantes de Alex, por el halo de lujuria y sexo que desprende en cada movimiento que me dedica, colgadísima de su atención centrada en mi persona, de los halagos que me regala, me tiraría por un terraplén si me lo pidiese. Volvemos al cortejo de la noche en que nos conocimos, antes de la fiesta en su casa, de su novia y de mi ridículo.

Antes de que todo se torciera.

Nuestras manos nerviosas coinciden más de una vez aleteando sobre la barra cuando vamos a coger los vasos. Resulta excitante, ráfagas eléctricas que me sacuden a cada rato con mayor intensidad. Si en lugar de los dedos los que colisionan son los ojos, la cosa empeora. Se arremolina el deseo en mi vientre, arrastrándome a un estado febril en el que apenas piso el suelo.

Solo puedo pensar en arrojarme a sus brazos, rogar para que me bese, me desnude, y no necesariamente por ese orden.

Silvia acude con su novio modelo, André, el exótico mulato de ojos de obsidiana y espesas pestañas. Junto a él, la piel de alabastro de mi amiga y su larga melena rubia destacan aún más claras. Hacen muy buena pareja, él es parlanchín y accesible, con don de gentes. Asegura que ya tenía ganas de conocerme después de lo bien que Silvia le habla de mí, y nos cuenta un sinfín de anécdotas curiosas relacionadas con su trabajo en el extranjero. La conversación y las risas que nos echamos sirven de excusa para contonearme delante de Alex con toda mi artillería pesada, cruces de piernas, dedos enredados en los mechones, caídas sexy de pestañas, sonrisitas apabullantes y demás.

El repertorio completo.

Y Alex me mira. Más que eso, me devora con sus increíbles ojos de gato, aunque yo finja indiferencia. La temperatura en alza se combina con el placer de sentirme deseada. Van subiendo mariposas por mi estómago, arriba, hacia el escote, reptando al cuello conforme avanza la noche.

En el otro extremo de la barra, Antonio y Ximena pelan la pava al más puro estilo «*me pones mogollón y no lo oculto*». Un chico sobradito de sí mismo y algo pedante, que ahora se muestra cortés y hasta tímido en su charla con mi amiga, a la que arranca una carcajada tras otra. Los cazo mirándose con los ojos brillantes de lujuria y al rato, simplemente desaparecen. Me huelo que si me deslizo por lo oscuro, los sorprenderé morreándose.

Me alegro por ella. A ver qué pasa conmigo.

Pasa, que cuando todos empezamos a hartarnos de la música de Mozart y Puccini reconvertida al tecno y Alex anuncia a voz en grito que se toma la penúltima en *Cuba22*, no muy lejos de allí, aunque lo suficiente para tener que recurrir a las motos, las parejitas anuncian retirada.

—Nosotros nos vamos a la cama, estamos rendidos —es el comienzo de la despedida de André, con Silvia agarrada posesivamente por la cintura y uno de sus zapatos en la mano.

—Estos malditos tacones me hacen rozadura —gruñe ella.

—Yo también paso —repone Miguel con una seña imperceptible a Raúl.

Ahora o nunca, Sofía, toma aire.

—Yo creo que me tomaré esa copa contigo en *Cuba* —acepto con un mohín pícaro—, aunque juro que será la última, nada de penúltimas ni de gaitas.

El modo en que todos celebran mi intervención y la sonrisa lobuna que se dibuja en los perfectos labios de Alex me inducen a pensar en una especie de trampa urdida para dejarnos solos. Qué maravilla, cada mochuelo a su olivo y el chico de mis sueños y yo, con un par de horas de deseable intimidad y algo de alcohol por delante, con el beneplácito de todos los presentes. Hasta que...

—Yo también os acompaño, no tengo sueño, paso de meterme en casa tan pronto.

¡¡¡¡¿Comorrrr?!!!!

El capullo de Víctor acaba de pegársenos a la chepa, no puedo creerlo.

¿De verdad es tan ingenuo como acaba de aparentar, o todo lo contrario? Un cabrón malnacido dispuesto a fastidiarnos la cita. Me haría tremendamente feliz endiñarle una buena colleja ahí donde termina el cuello. So pedazo de imbécil.

—¿Vamos en las motos? —pregunta Alex con mucho menos fuelle y entusiasmo que hace unos minutos.

Estoy tentada de replicar que lo he pensado mejor y que no voy, pero pudiera ser que una vez en el bar, Víctor se percate de que sobra, que está en medio estorbando como el jueves, y pique billete. La noche aún puede salvarse, me niego a darla por perdida. Salimos a la calle y despedimos a los que se quedan.

Alex no me ofrece compartir la moto, el asiento de atrás ya se lo ha adjudicado su inseparable Víctor, que viene en coche, por aquello del aparcamiento. Nos ha jodido, qué caradura, reventando el ambiente que nos hemos esforzado en crear.

Hasta el fondo.

La situación es patética: tres amigos de pie, rígidos e incómodos, que no saben qué decirse, en un bar de copas para parejitas con música romántica y sugerente, luz tenue y una escopetilla de metro noventa, llamada Víctor, que de repente se me antoja más siniestro que nunca. Alex pide copas para todos y él me ofrece conversación de la trivial, interesándose por mi

doctorado.

Ya ves, ni que le importara.

Trata de hacerse el simpático, pero la sola mención del nombre del bar debería haberlo alertado de que Alex proponía una cita íntima.

Una cita a dos, *cachocabrón*.

Los demás se han retirado discretamente, ¿por qué él no? Por joder, está claro. Acepto el cubata de manos de Alex que, si bien no parece feliz del todo, tampoco acaba de ponerle al petardo de su amigo, el careto de asco que la situación requiere. Poco a poco me voy aislando, manteniéndome al margen de la animada cháchara en la que Víctor lleva la voz cantante y Alex asiente, cabecea o regala monosílabos a discreción.

Nos acomodamos en una mesa con varias sillas dispersas alrededor, y nos dedicamos a observar cómo otras parejas se hacen carantoñas.

Menuda caca.

Toda mi excitación, el húmedo deseo de hace un rato, se ha evaporado y lo que queda, mirándolos de reojo a los dos, es rabia contenida. Víctor es un cerdo envidioso y entrometido, que obviamente no soporta la idea de que Alex y yo avancemos un solo paso en ninguna dirección. Puede que me pase de dura al juzgarlo, pero cuesta trabajo imaginar que se nos haya colgado sin segundas intenciones, por pura inocencia.

¡Alex y yo no somos tan divertidos, leñe!

Suspiro. La luz se ha hecho más escasa si cabe, y las parejas se meten mano en los sofás sin ningún recato. Otra vez fantaseo con el tacto de Alex sobre mi piel, haciéndome vibrar. Lo deseo con todas mis fuerzas, espero que él también.

¿Él también?

Entonces ¿por qué diablos no me ha susurrado al oído una escapada, en lugar de invitar a los cuatro vientos, a todo el que quisiera apuntarse, que había una penúltima copa en *Cuba22*?

De repente las cosas ya no están tan claras, ni el interés de Alex por mí, tampoco. ¿Y si todo es una absurda película de terror que yo misma me he montado? ¿Y si al final, el odioso Víctor me ha hecho un favor? Evitando que hiciese el ridículo entregándome a Alex como una borracha enamorada.

#ElRelojQueRetrocede

Vuelvo a espiarlos en silencio, sonriendo de cuando en cuando para disimular mi malestar, preguntándome qué demonios hago allí, sin hablar con nadie y sin disfrutar, con lo que me duelen los pies.

Víctor no es buena persona, me drogó para aprovecharse de mí, algo que hasta entonces solo había leído en las novelas. Puede volver a intentarlo. Su tono distendido y su semblante bonachón no logran engañarme. Dejo de golpe el vaso a medias sobre la mesa y me pongo en pie con precipitación.

Por Dios, qué aburrimiento más grande.

—Me marchó, es tardísimo y tengo los pies como si me los hubiese torturado la Inquisición.

Me inclino hacia ellos tras indicarles con un gesto que no se muevan, que conozco el camino hasta la puerta. Me domina un turbador sentimiento, mezcla de enfado, temor y humillación. ¿Es que no puedo dejar de ponerme en evidencia allí donde me encuentre con Alex?

—Nos vemos, chicos —me despido aparentando normalidad.

—Nos vemos —responde Víctor en tono alegre.

Alex no despega los labios y yo maldigo su nombre y mi obsesión perversa, mientras arranco la vieja Vespa rosa.

Alcanzo la entrada del garaje de mi casa en apenas veinte minutos. En Málaga, si sales por el centro, no hay grandes distancias, todo queda muy a mano y la brisa de mediados de mayo es una gozada, con solo echarte una cazadora ligera por los hombros.

A lo lejos me parece distinguir una silueta tan endiabladamente deseada que me planteo si no será un espejismo.

No, no lo es. ¡No lo es!

Es Alex, a horcajadas sobre su imponente moto, como un Top Gun del siglo XXI, esperándome con una sonrisa colgada de la comisura. El corazón me salta de felicidad dentro del pecho, pero me las arreglo bastante bien para hacerme la dura y aminorar la velocidad de Martita hasta ponerme a su altura.

—Deja que adivine: se me ha olvidado el bolso en el bar y vienes a traérmelo —bromeo, muy en mi papel.

Alex mitiga una encantadora sonrisa. Cuando se pone tímido es para comérselo enterito.

—Sería una buena excusa, mira, mierda no habérselo ocurrido.

—¿Dónde te has dejado al escudero? —Empiezo a modificar el tono de voz haciéndolo más sugerente.

—En su puñetera casa —responde con un violento graznido.

—Vaya, esa respuesta tan brusca sí que no me la esperaba.

—Se lo merece, por fastidiarnos el fin de juerga.

No he desconectado el motor de mi moto, la Vespa continúa encendida, ronroneando. Y a mí me falta el canto de un duro para ponerme de rodillas y hacer exactamente lo mismo.

—¿Y viene usted por...? —Simulo no tener ni idea de qué va el rollo, como si el erotismo que bailotea en el hueco de su sonrisa no fuera lo suficientemente explícito.

—Asegurarme de que entra usted sana y salva en el garaje, y aparca sin llevarse por delante ninguna columna.

Frunzo el morrito.

—Tengo que confesar que la bebida me confunde... un poquito —susurro humedeciéndome los labios.

Los ojos verdes de Alex sueltan un destello.

—¿Cuánto es ese poquito?

—Lo suficiente para perder la cabeza, aunque no los pilares del *parking*.

—Pienso hacerle un examen de aliento, señorita, a fondo —me advierte conectando el motor de su motocicleta.

Echo atrás la cabeza, mucho más contenta de lo que recuerdo haber estado en los dos últimos meses, acciono la maneta del acelerador y me sitúo frente al portón del garaje. Oigo a Alex detrás de mí, jugueteando con su propio acelerador. Apoyado en el sillón, mi sexo palpita impaciente. Las mariposas de los cuentos revolotean por mi vientre y el deseo ya se anticipa en mis pezones endurecidos.

Mierda. Estoy con la regla, por poco lo olvido.

Bastante chafada, aprieto el mando de apertura y la enorme puerta metálica comienza a abrirse para nosotros. No importa, me consuelo, todavía puede ser que las circunstancias volteen en mi beneficio. Seguida por Alex, desciendo la rampa, me adentro en las tripas del edificio y me dirijo a mi plaza. Aparco a Martita con parsimonia, disfrutando malévolamente del hecho de que él me espere montado en su moto. Acabo de poner el seguro y con las llaves en las manos y actitud chulesca, me giro interrogante.

—Misión cumplida.

No me muevo del sitio. El modo en que me devora con la mirada me fascina. Hace un gesto con el índice derecho para que me acerque.

Obedezco a cámara lenta, poniendo a prueba su resistencia. Cuando me detengo a su altura, nos miramos con irrespetuosa fijeza. Está claro que nos deseamos, voy a disfrutar de estos instantes irrepetibles, de los primeros contactos, del primer beso... Alargo la mano y giro las llaves de su contacto. La Harley suspira y calla.

—¿Nunca te han dicho que mantener un motor encendido dentro de un habitáculo cerrado es, además de peligroso, antiecológico? —lo sermoneo con tono de repelente sabelotodo.

—Menos mal que te tengo cerca, doña perfecta.

Aprovecha la ridícula distancia que nos separa y me cubre las mejillas con las manos. Son cálidas, enormes y suaves. Me entran ganas de acurrucarme y frotarme con ellas. Avanzo un pasito más hasta quedar prácticamente pegados. Que él siga montado en la moto con las largas piernas separadas y el bulto del paquete a punto de estallar me parece tan sexy...

—Sofía... —susurra con esa voz suya, grave, radiofónica e irresistible, antes de reclamar mi boca y cubrir mis labios con los suyos.

Es un beso dulce, lento y demoledor que va a más y acaba enloqueciéndome de puro profundo. Es... el origen de todos los besos. Porque besa de escándalo, sabe bien cómo deshacerme a base de mordisquitos, caricias labio con labio y enredos de lengua. Lo que comienza como algo tímido se va fortificando y termina en un derroche de sensual pasión con gemidos intercalados, que harían enrojecer a cualquiera de mis vecinos, de haber aparecido. Al separarse las bocas, se encuentran nuestras frentes y nuestros alientos consiguen fundirse en el nimio espacio que nos separa, dispuestos a comenzar de nuevo, a devorarnos sin piedad.

Detecto una sonrisa en la comisura de sus deliciosos labios.

—Nena, estos besos son de los que no se olvidan.

—No, no se olvidan —convengo con entrega, exigiendo otro de inmediato.

Alex aferra mi cintura y sin liberarme, logra bajarse de la moto, poner la pata de cabra y desentenderse de la máquina para empujarme, jugueteón, contra la pared, empotrarme en ella, hundir la mano libre entre los mechones de mi pelo y asolar mi boca de nuevo sin permitirme ni respirar.

No es que quiera, desde luego.

Su evidente erección clavada en mi vientre actúa como un imán poderoso, una especie de conexión con el más allá que promete propulsarme directa al cielo. La mano de Alex navega de mi cintura a mis nalgas y se agarra a mi culo masajeándolo con ansia. La otra recorre el camino de mi cuello y se ancla en mi escote.

—¿Subimos a tu apartamento? —Pide contra mis labios.

Logra que suene casi como una súplica.

—No puedo —respondo sin dejar de besarlo.

Mi temperatura, completamente enloquecida, ha ascendido muchos grados.

—Qué tontería, ¿cómo no vas a poder? —Castiga mi rechazo con un mordisquito picante en el labio superior.

—Estoy con la regla —confieso muerta de vergüenza en un murmullo.

Cuello las manos por el cuello de su camiseta y llego hasta la nuca. ¡Jesús! Huele tan bien y es tan firme y suave...

—No me importa —jura impaciente—, de verdad que no me importa.

—Pero a mí sí. No es eso lo que quiero en mi primera vez contigo, quiero un recuerdo agradable —le muerdo la lengua—, sexy —le lamo el cuello—, lujurioso —tiro de él hacia la oscuridad de la escalera—, morboso —le clavo unos ojos casi nublados por el deseo— y absolutamente inolvidable.

—Tú ya eres inolvidable sin necesidad de meterte en la cama —asegura, siguiéndome dócil.

En cuanto lo empujo contra los escalones, él se medio tumba, con sus piernas interminables estiradas, y yo me subo el vestido y me siento a horcajadas sobre su erección, por completo desinhibida. Tramo mi venganza.

Estoy, pero que muy cachonda. Mucho. Más de lo que nunca estuve con Sergio, ni siquiera al principio de nuestra relación. Pero no lo suficiente como para perder el juicio.

A pesar de lo que Alex me atrae, su falta de sinceridad resulta ofensiva. ¿Qué pasa con Camila? ¿Por qué no la nombra y se comporta como si no existiera? Ignora que yo los escuché discutir y cómo ella reclamaba su lugar como pareja oficial.

Y aquí lo tengo, tratando de seducirme de la peor manera, abriéndose paso hasta la intimidad de mi apartamento para follarme como si no hubiese un mañana.

#ComoSiNoHubieseUnMañana

De acuerdo, es lo mismo que deseo yo, pero no va a salirse con la suya, me encargaré de que se vuelva a casa frustrado y bien jodido, con los huevos hinchados y cosas en las que pensar.

Me inclino sobre su pecho firme y deseable, apoyo las dos manos y volvemos a comernos los labios.

¡Señor, qué bueno está!

Lo obligo a relajar la cabeza en el último escalón y dejo caer sobre él mi peso. Paseo las manos por sus abdominales. Joder, desde fuera, por encima de la ropa, se pueden contar los cuadradillos de la tableta. No sé si es cuestión de la postura o de esa extrañísima resolución de *vendetta* que acaba de embargarme, pero no le dejo meter baza. Aquí la batuta la llevo yo.

Recreándome en su piel suave, empiezo a subirle la camiseta.

—¿No sería mejor que... fuésemos a...? —consigue decir entre beso y beso.

Le muerdo el piquito del labio.

—Aquí mejor, mucho mejor —cuchicheo, pegada a su oreja.

Noto que el vello se le eriza. Soy mala, muy mala.

—Pueden vernos —considera algo apurado—, cualquier vecino al que se le ocurra bajar o subir...

—¿A estas horas? Nadie baja al garaje por las escaleras y en este bloque son todos muy decentes —me cachondeo—, llevan rato durmiendo. Además, ¿no te da morbo que puedan descubrirnos?

—Desde luego que sí —admite con un ronroneo, tirando de mi vestido hacia arriba, dejándolo enroscado a la altura de mi cadera— pero te advierto que en pocos minutos no seré capaz de frenar.

Me acaricia los muslos arriba y abajo poniéndome la piel de gallina, hasta toparse con mis glúteos. Separa los dedos y sus grandes manos abarcan al completo mis cachetes. Yo ando de besuqueo en su apetecible pecho, pero respondo a su presión empujando mis caderas contra su bajo vientre.

Empiezo a balancearme lenta y libidinosamente.

Bajo las bragas completamente empapadas, mi clítoris late en agonía. Me estoy comportando como una guarra, pero se lo merece. Voy a usarlo y a tirarlo como un pañuelo de papel de los que llevamos en la guantera del coche.

Por cabrón.

Por mujeriego. Por jugar a dos bandas. Porque necesito un orgasmo apoteósico.

Hago cálculos mentales. El fatal desenlace con Sergio vino precedido, como suele pasar,

de una sequía sexual lamentable que me dejó árida, desolada. Luego todo el rollo de la tesis, el proceso de documentación, las idas y venidas a la universidad y la biblioteca, me mantuvieron muy ocupada. Apenas salía...

Total, ¿cuánto hace que no follo? ¿Ciento veinte años?

Gimo bajito contra su boca. A un hombre que besa de esa forma, con ese ardor, una no quiere dejar de devorarlo bajo ningún pretexto. Y lo tengo tan fácil, solo seguir allí un poco más. La postura, las piernas separadas me dan acceso directo al enorme bulto que cubre los vaqueros, y a mí solo me protege una finísima tela de encaje mojada a través de la cual, recorro su maciza longitud. Noto cómo la respiración se nos acelera y se convierte en jadeo, cómo me quema la cara y la razón se convierte en una mancha borrosa. Mi sexo inflamado pide más y los temblores que anuncian el inminente orgasmo me sacuden sin tregua. Ya viene. Y va a ser glorioso.

De repente freno.

—¿Qué pasa?

No le respondo. ¿Qué voy a decir, que he tenido una iluminación divina que me ha hecho de repente ver que sí me importa lo que piense de mí? Puede sonar moñas y anticuado, pero a pesar de todo lo que embarra «su» reputación, querría causarle una buena impresión, y masturbarme a su costa despatarrada en una escalera, no es la mejor vía para fascinarlo.

¿O sí?

Menos mal que en mi torbellino de dudas, Alex agarra mis caderas con más fuerza, sondea el silencio, me observa con malicia y empuja suavemente mi trasero contra su erección. Agregando la decisión que a mí me flaquea.

—Vamos —me anima—, no tengas miedo.

Jesús, estoy demasiado caliente como para tener nada que no sea el orgasmo del siglo. Hago girar mi pelvis y combino el delicioso movimiento con un frote arriba y abajo, que en menos de un segundo hace saltar mis lágrimas.

—Sofía, Sofía —musita. Hago como que no lo oigo, demasiado concentrada en mi propio e intensísimo placer—, casi no te reconozco...

Suelto una risita mordaz.

—Será porque casi no sabes quién puedo llegar a ser. —Me lame el cuello.

Muero en este instante.

—Eso suena a misterio y a...

No lo dejo acabar. Estallo, catapultada al infinito cielo de los placeres, con un orgasmo explosivo que me abre en canal, me arquea hacia atrás, y me derrumba, alcanzado el límite, contra el hueco de su hombro. Todo sin quitarnos la ropa.

—Sofía... —murmura amoroso y algo perplejo.

Respondo con un gemido casi gutural. La intensidad de lo que acaba de golpearme me tiene mareada.

—Tengo que irme.

Con cierta dificultad me incorporo y lo miro a los ojos.

—No vas a dejarme así, ¿verdad? —apunta a su polla a punto de reventar los botones del vaquero.

—No me encuentro bien... —Ni siquiera termino la frase. Mientras me regodeo en el corte que se está llevando el guaperas, me retiro los mechones de pelo revuelto de la cara, con la más inocente de mis expresiones ensayadas—. Otro día, ¿vale?

—Pero...

—Es muy tarde y tienes razón, podrían vernos.

Le paso una pierna por encima y me pongo en pie tirando del vestido hasta recomponerlo. Sus ojos recorren mis piernas hasta el límite de mis braguitas, que no le permito disfrutar.

Veó cómo se sacude el estupor agitando la cabeza, con la bragueta a un tris de la explosión nuclear. Me aparto unos pasos y aguardo a que baje. Necesito unos segundos para reaccionar como una humana racional y ponerme en marcha.

Bastante confuso, él se dirige a su Harley, y le sigo. Sin articular palabra, se sube en ella. Lo miro coqueta. Él a mí, sin comprender la faena que acabo de jugarle. Lo que son los tíos cuando se les chafa el plan del polvo previsto. La verdad, me sorprende que me rodee la cintura con su largo brazo y me atraiga en su dirección. Antes de poder negarme, vuelvo a tener su frente pegada a la mía y sus dientes atrapan traviesos mi labio inferior.

—Otro día —repite su gemido sensual.

—Sí, otro —certifico.

—Otro día mucho, más, todo.

—Todo —boqueo.

—Sube a la moto, que me tienes que abrir la puerta de la calle.

Aunque su orden ha vuelto a ponerme caliente como los palillos de un churrero, aprieto los tacones contra el suelo y me reafirmo.

—Te abro desde aquí, sin problema.

Me dejo besar ronroneando y luego me aparto, decidida a no perder el porcentaje de poder recién conquistado. Si le importo algo, de algún modo, ya tiene en qué pensar. Mirándolo desde una distancia mínima, la palabra sexy se le queda muy corta, sobre esa moto grandiosa, con los vaqueros gastados ajustando sus muslos interminables.

—Si llego a saber que ibas a dejarme así, te habría atado —me amenaza con un deje pícaro.

No parece muy enfadado, mierda. ¿Y si no le afecta lo más mínimo mi patética intentona de control?

—*Umm* —acierto a responder.

Lo veo poner los ojos en blanco.

—¿Te van las cosas extremas?

—Define «extrema» —lo reto enfadada.

—Mejor no me cuentes —ríe.

—Eso, no quieras saberlo todo de una tacada.

—Otro día, es tu lema —me repite sugerente antes de besarme cariñoso la punta de la nariz—. *Mmm*, ¿a qué hueles, nena?

—A Bvlgari clásico.

—Delicioso, podría acostumbrarme.

—Bien, ya sé qué regalarte cuando sea tu cumpleaños —me pitorreo.

—¿Crees que te lo voy a rechazar? Empaparía todas mis sábanas y almohadas con tal de tener este aroma inspirador cerca del rostro. Todas las noches, todo el tiempo.

Me cuesta mantener la pose de dura, con las piernas temblonas y derretida por dentro. Suerte que al instante me invade una malévola sensación de triunfo.

¡Jódete! Tú tendrás a tu Camila, pero yo tengo mi orgasmo y voy a dormir satisfecha como un bebé.

Aprieto el botón del mando y oigo el portón abrirse. Acelera y antes de enfilear la rampa,

se gira a mirarme por encima del hombro con una media sonrisa canalla que me pone a mil quinientos grados.

—Duerme muy bien, Sofía, la próxima vez te juro que no tendré piedad.

—¡Misericordia, señor! —payaseo fingiendo arrodillarme.

—¿Me mandas a casa con los huevos como dos campanas y pides clemencia? Ni de coña.

¡Por Dios, San Miguel y San Jorge, que sucumbirás, doncella!

Nos reímos. Lo veo marchar y suspiro como una tonta.

Adiós, Alex, adiós, líbrame de tu maleficio.

#TodoSigueEmbrollado

Por desgracia, las cosas rara vez salen como las planeamos y si de estados de ánimo se trata, la estadística falla con estrépito. Cuando me pegué el filete con Alex en la escalera del garaje, lo hice con conocimiento de causa y un par de elementos dados por sentado: no volvería a verlo más que en grupo, nada de encuentros furtivos a solas, lo de Camila no estaba claro, y yo iba a hacer lo imposible por impedir que de nuevo me rompiesen el corazón.

Gocé mi pequeña satisfacción, mi brujil venganza. Ahora tocaba centrarse en la tesis y recoger de una vez por todas el jodido papelito del doctorado para poner la primera piedra de otra etapa de mi vida. Sin morriñas, sin mirar atrás.

No obstante, Alex ha resultado ser algo distinto a un mero pasatiempo y en cuestión de día y medio, el revolcón me sabe a poco. Quiero más de aquellos besos, más surtido de caricias, deseo su cuerpo desnudo bajo o sobre el mío. Y sobre todo, necesito sentirlo dentro. No hay modo de quitármelo de la cabeza, como una mala obsesión.

No borro de mi memoria su expresión de incredulidad cuando se cercioró de que no follaríamos, ni lo aliviaría de ninguna manera. Ni su velo de tristeza al marcharse. Vale, puede que no tuviera que ver con tristeza, más bien con un rollo cortado en el peor momento y un dolor de huevos de los que hacen época.

En cualquier caso, el daño que pude infligirle entonces, ahora no me sacia, estoy de nuevo en el punto de partida, cuando me apetecía verlo a diario y me sorprendía a mí misma pensando en él, en su voz de barítono y en su mirada de actor de telenovelas.

Mierda. Qué dura es la vida de las solteras con pretensiones.

Cierro la libreta de apuntes y me froto los ojos agotados con un largo bostezo. Menudo petardo. Estoy a punto de decir adiós muy buenas a las bombillas que iluminan las mesas, cuando de forma inesperada aparece el profesor Martínez. Él dirige mi tesis. Llevaba un par de semanas sin verlo, desde nuestra última reunión en la que marcó las directrices que guiarían el fin de mi trabajo de doctorado. Ya solo resta pulir el final bajo su supervisión. Siendo honesta, la perspectiva de su visto bueno me tiene muy excitada.

Sin embargo, levanto la vista de mis apuntes y reparo en sus ojeras y el tono ceniciento de su cara arrugada.

—Señorita Echegaray, qué ejemplo de aplicación, ¿sabe la hora que es?

—Hora de marcharme, profesor —repongo con una sonrisa, mientras apilo libretas y notas.

—Lleva aquí mucho tiempo, la vi al entrar.

—Bueno, le mentiría si le dijera que no estoy impaciente por leer la tesis y finiquitar esta etapa tan inestable de mi vida.

Contrae el ceño ya de por sí arrugado.

—¿Inestable?

—Ya imagina a qué me refiero, dar por concluida mi formación, encontrar un trabajo. Soy un adulto a medias, o una estudiante demasiado crecida, y no sé qué es más vergonzoso.

—Sofía, ya tienes un título —apunta extrañado.

—Ya, sí, bueno, pero decidí no quedarme ahí...

«*Y aquí me tienes, aburrida, loca de confusión y de repente, desinteresada*».

El buen profesor apoya una mano en el tablero de la mesa y con un suspiro se deja caer sobre una silla. Yo, que ya me había levantado, por deferencia, vuelvo a sentarme.

—Vas a ser una psicóloga sensacional, Sofía. Eres empática y tu intuición es vibrante y activa. Si además has optado por ser doctora, no te rindas cuando el final está tan cerca.

—Yo no he dicho que... —Seguramente lo ha entendido mal.

—No pierdas el entusiasmo, que no afloje tu energía, porque el setenta y cinco por ciento de la clave del éxito es cuánto de nosotros mismos y de nuestras almas vertemos en cada proyecto.

Esbozo una sonrisa. Su voz débil y algo apagada resulta reconfortante. El profesor Martínez es, con mucho, el docente al que más admiro de todo el claustro universitario. Destila sabiduría, sus frases lapidarias son como las de un abuelo cariñoso. Por desgracia, yo jamás conocí a los míos, por eso lo escogí. Soy tozuda, pero ante él me dejo guiar y en su presencia, me crezco.

Ha vuelto a dar en la clave: mi impaciencia me impide disfrutar de lo que pasa.

Apoya los viejos pies sobre el entarimado. Me incorporo también, dispuesta como doncella del siglo XIX.

—Luego recordarás estas jornadas especiales, estás despidiéndote de tu etapa universitaria, chiquilla. Relájate y saca provecho.

Ya querría verlo yo tan de color de rosa como el profesor.

El caso es que odio cada segundo que paso entre estos apuntes y estoy a punto de reventar de inquietud. Tengo una agobiante sensación de estancamiento. Menos mal que todo está a punto de cambiar para siempre.

Salgo de la biblioteca y enfilo la calle Alcazabilla para internarme en el entramado de callejuelas del centro. He quedado con Ximena para picar algo juntas a la hora de la cena. La muy pectorra se ha mantenido en sus trece de no contarme nada por teléfono, y yo muero de ganas de conocer el desenlace de su historia con Antonio, el estirado amable.

Cruzo la plaza de la Merced y cuando más embutida voy en mis lúgubres pensamientos de estudiante pasada de fecha, algo alto, duro, flexible como un junco, y sudoroso, se me echa encima y me sobresalta.

—¡Dame café con leche! —exige la cara congestionada que me mira desde más arriba.

—¡Luluis!

—No llevo un chavo encima y necesito cafeína con urgencia —suelta de corrido, dando saltitos parado en el sitio—, llevo corriendo... ¡veinte minutos!

Menudo récord. No voy a reírme. No voy a reírme.

—Pero si tú no corres ni aunque te persigan.

—Porque es contrario a la placidez del Ying, pero he decidido poner en forma mi sistema

de cardio. ¡No me mires así, bombón, es por ti!

No, si al final tengo yo la culpa y todo.

—¿Por mí? ¿Me lo explicas?

—Para sustituirte en las clases de *gimdance*. No sé cómo aguantas una hora completa, dale que te pego al ritmo de esa música estridente, es el acabose —grita con un aspaviento de lo más teatral.

—Me has convencido. Te invito a ese café.

#NoPasaNadaVivanLasCañas

Estamos a pocos pasos de un mesón andaluz de los que los turistas toman al asedio y abarrotan hasta las vigas del techo, algo lógico si tenemos en cuenta que enfrente yacen las ruinas del anfiteatro romano y a un tiro de piedra, el maravilloso castillo árabe de la Alcazaba saluda al mar.

Pero somos afortunados y encontramos una mesita al fondo, que un ángel parece habernos reservado.

—¡Por Dios, qué calor! Verás el verano achicharrante que nos espera —protesta arrancando un fajo de servilletas de papel para secarse la cara y el cráneo rapado.

Me preocupo.

—Luluis, no pareces tú con ese estrés que manejas. Casi estoy por pedirte que no me sustituyas. Por tu bien y el de tu equilibrio cósmico... o como se llame.

Le quita importancia con la mano y aprovecha para atraer la atención del camarero.

—Un café con leche con hielo. ¿Y tú, qué quieres?

—He quedado con Ximena para cenar. Supongo que no pasa nada si empiezo con una caña.

—Café con leche y cerveza —se asegura el camarero observando perplejo la extraña pareja que debemos formar.

Luluis, como dicta su estrambótico carácter, ya ha vuelto a mutar de estado de ánimo. Ahora sonríe tan calmado, desconcertándome con sus vivaces ojos castaños.

—Al final, le cogeré gusto a esto de huir calle adelante. —Me asombra la rapidez con la que desaparece el café con leche en su garganta, sin darle tiempo a los cubitos a derretirse. Levanta la mirada limpia y fresca de nuevo—. Listo para regresar a casa trotando como un galgo.

—¿Te apetecen unas tapas con Ximena? —ofrezco—. Es mi mejor amiga, tú eres mi mejor amigo, en fin, creo que hace mucho que deberíais conoceros.

—¿Y que me enamore locamente y te sea infiel? —Luluis ya se ha puesto en pie.

En realidad, se llama Luis a secas, pero vive convencido de que antaño fue una aristocrática dama francesa que murió guillotizada por mor de su sangre azulona, y lo de «Lulu» lo emociona. Alarga una mano inmensa y bronceada y me acaricia la barbilla.

—Gracias por el combustible, bombón, nos vemos mañana en el gimnasio.

Asiento buscando a tientas mi bolso.

—Ya sabes. Nada de explicaciones a la guarra Teresa. Directamente a Paco, para algo todavía es el dueño, aunque ni él mismo se lo crea.

Sería ingrato no admitir lo afortunada que soy teniendo a Ximena Dunne como amiga íntima. A veces creo que cualquiera de las dos haría lo que fuese por echar una mano a la otra, sacarla de un apuro o apoyarla en público, aunque no lleve la razón.

También gozamos de la confianza suficiente para cantarnos las cuarenta, a solas o delante de una copa de vino. Eso es, simplemente, genial. La veo llegar con su andar resuelto, ese atrevido corte de pelo rubio que luce, y sus gafas. Mi amiga tiene aroma a eficacia y pinta de «*resuelveproblemas*» infalible. Nos sonreímos ya antes de que llegue a la mesa. La amenazo con un dedo mientras tira de la silla, aunque no parece que le importe mucho.

—Te lo advierto —adopto mi más intimidatoria pose de dura—, como no desembuches hasta la última gota de información...

—Folla como los propios ángeles —me interrumpe con los ojos en blanco y una risita soñadora—. ¡Ya era hora, coño! ¡Tanto tiempo esperando a que apareciera! —Me agarra una mano con vehemencia, ni siquiera me concede el tiempo necesario para chillar cuantísimo me alegro—. ¿Y tú?

Sacudo la melena algo azorada. Ahí está la pregunta que no quiero contestar. Casi me sonrojo al recordar el modo como me corrí sobre la bragueta de Alex, abierta de piernas en una escalera. Eso sí, en el cuerpo lo llevo, menudo gustazo.

—Xime, tiene novia —le recuerdo eludiendo el tema principal.

—Sí, una novia fantasma. ¿Cómo acabó la marcha? ¿Te lo tiraste?

Está visto que no hay quien la amilane. ¿Cuándo se ha vuelto mi amiga tan descarada? No puedo evitar reírme. Ni mentir.

—Nada de eso. Tomamos la última copa en *Cuba22*, Alex, el bueno de Víctor y una servidora —resumo con resignación.

—¿Víctor el pegatinas? —Pongo cara de interrogante—. Sí, así lo ha bautizado Antonio. Dice que no hay quien lo separe de Alex, que son tan íntimos en sus correrías, que se ajusta al estado civil de su amigo para poder correrse las juergas juntitos. Si Alex está ocupado, Víctor saldrá con alguien, sin ser muy selectivo, lo primero que encuentre. —Revisa la carta de tapas con expresión hambrienta—. Si el guaperas se queda soltero, el pegatinas le endiña a la de turno un patadón en el culo ipso-facto, y no se pone ni rojo.

No puedo creerlo. ¿Hasta ese punto llega?

—¿Y no te ha contado nada de la tal Camila?

—Sí, que está loca. ¿Te apetece una ensaladilla de huevas y unos calamares a la romana?

—Lo que quieras, ¿cómo que está loca?

—Y unos montaditos —instruye Ximena al camarero, más pendiente de la cena que de mi descalabro emocional—. Como una chota, lo tiene amargado, al pobre.

—Entonces admite que ella existe —afirmo entornando los párpados.

—¿Quién lo niega? Pero que exista, no implica que la cosa vaya bien. Ni siquiera que tenerla al lado sea sano y conveniente. En palabras de Antonio, la francesita es una tipa neurótica de la que convendría deshacerse cuanto antes.

Me estremezco. Suena a crimen organizado.

—Si él la convirtió en su pareja, por algo será —insisto.

Y es francesa, joder, qué chic, yo de Málaga centro.

—Si ni siquiera es una relación de verdad, es un tira y afloja. Están más tiempo peleados que juntos.

—Ya, pero... Verás como en el peor momento reaparece. Si lo sabré yo...

Ximena se desespera conmigo.

—Vamos a ver, Sofía. No voy a llamarle sacrificio a la cosa, porque Alex está tan bueno que deberían multarlo, y a ti pagarte por cepillártelo, pero le llamaré caridad.

—¿Caridad?

Me he perdido. Como de costumbre. Seré muy buena psicóloga según la gente, pero la brújula con Ximena me vale de poco.

—Por caridad cristiana, ¡ayúdalo a librarse de esa garrapata, mujer!

—¿Cómo?

—¡Engatúsalo, fascínalo, ábrele los ojos! Tú sabrás, no creo que a estas alturas quede mucho que enseñarte.

—¿Cómo tengo que decirte que no pienso ser segundo plato de nadie? —Endurezco mi tono, ofendida hasta los tuétanos—. Alex es mayorcito para alejarse o no de una relación perjudicial. —Me enfurruño con la impresión de que Ximena, en plena euforia enamoraticia, está tomándose un poco a chufra mis emociones—. Y me niego a seguir hablando de este tema. Cuéntame cosas fabulosas, y a Alex Conde, que le den.

Sí, sí, que le den. Qué fácil decirlo.

Tengo alojada una piedra en la garganta por no saber de él desde el sábado pasado. *Missing* total. Otra vez. *Cagoentó*. Estoy vacía y no lo quiero reconocer.

El tono alegre y distendido de Ximena me devuelve a la realidad. El barullo del restaurante va en aumento, los ejecutivos abandonan sus claustros y vienen a finiquitar la jornada con unos vinitos.

—Hay un puesto vacante en la *Madrid Film Office* —anuncia como si nada.

Pestaño con asombro. Recuerdo haberla oído hablar maravillas de los proyectos que lleva a cabo esa delegación.

—Habrás formalizado tu solicitud, ¿verdad?

Lo digo sin pensar, porque lo cierto es que no quiero, por nada del mundo, que un trabajo deslumbrante y prometedor secuestre a mi amiga para llevársela a la capital.

—Sí, claro, pero para nada, esos puestazos los asignan a dedo entre los enchufados. He presentado los papeles por inercia, pero... —chasquea la lengua con impotencia—. Total, soñar es gratis.

—Y tu madre...

Se enturbia su sonrisa.

—Esa es otra. No le da la gana de tomarse las pastillas, me tiene frita. —Nerviosa, se atusa el tupé rubio y da un par de sorbos seguidos a su caña de cerveza—. No puedo estar en todo y la cerda de Patricia ha dejado de colaborar. No es que tenga obligación ninguna, pero...

—¿En serio sigue con eso?

—Eso y retirarme definitivamente el saludo sin titubear siquiera.

De inmediato me siento culpable y hundo los ojos en el suelo.

—Debe de estar que trina con lo de Alex, ella le había puesto los puntos a lo descarado.

—Es una rancia que no tiene ni una amiga sincera. Tuvo que venir su prima de *yonosedonde* para que saliera a airearse. En cuanto al pobre novio... Mejor ni mencionarlo.

—Pero con tu madre se portaba —le recuerdo en todo lastimero.

—Intentando recortar distancias conmigo —se encoge de hombros—. No es que me importe, ya no me fío de ella.

—Necesitas a alguien de confianza que acompañe a tu madre y la vigile.

Ximena suspira hondo y sentido. Aunque ella lo lleve con ligereza y una espléndida sonrisa, carga un problema terrible sobre sus espaldas. Es hija única y la responsabilidad de su madre con una demencia senil precoz que ya empieza a derivar en dolencias más serias, le quita el sueño.

—Ya me las arreglaré. Mi madre es muy exagerada, tampoco es tan grave, solo se trata de tomarse la medicación... *Uff*. Venga, hablemos de hombres y de planes guarros.

—Paso.

—Ya te animo yo. ¡Camarero! ¡Otras dos cañas!

#TeEsperaUnaSorpresa

En el nuevo tramo del paseo marítimo, las fábricas que antaño empujaron el tejido industrial de la provincia ya hace lustros que han muerto. Solo subsisten las altísimas chimeneas de ladrillo rojo, brotando directamente de las entrañas de la tierra, como colosales pulmones por donde la tierra recalentada respira.

Aprieto el botón del móvil y corto la llamada con una sonrisa bobalicona de oreja a oreja.

Era Silvia, para desearme la energía que me falta en este último empujón, y recordarme entre risas y exclamaciones de ánimo, que asistirá a la lectura de mi tesis. No me salvo de preguntarme si Alex vendrá con ella.

Me autoregaño.

Ha sido una ráfaga fugaz de pensamiento, pero ahí está. Un chico posiblemente enganchado de otra y con el que no mantengo el menor contacto, monopoliza mis pensamientos, y aunque ya he decidido que mi amistad con Silvia está por encima de ese enojoso detalle...

No, está claro que no vendrá. ¿Qué pintaría Alex en la lectura de mi tesis?

Acabo de subir las escaleras del edificio que la Diputación Provincial ha cedido a la Universidad, donde pasaré el último período preparatorio. Aquí se han mudado los departamentos y los despachos. Es un bloque moderno y acristalado con vistas directas al mar. Noto en los glúteos la punzada de las agujetas. Precisamente esta semana, cuando acuerdo con Luluis mi problemática sustitución, mi compañera de body-pump se ha roto una pierna y me encomiendan sus clases. Hago doblete y me paso la tarde pegando brincos como un saltamontes enfurecido.

Recorro el pasillo camino del departamento. La gente que se entrega a la docencia suele responder a un perfil específico, son callados, curiosos y concienzudos, ratoncillos grises de biblioteca que salen poco y a los que les abruma la música alta y el humo de los cigarros. Los profesores son aburridos, incluidas las eminencias como el mío. Pronto dejaré de venir y no me enteraré de cuándo se jubila. Es tan mayor y continua tan apegado a su cátedra, como cuando la consiguió. Eso es amor vocacional y no el mío.

Apoyo la mano sobre la madera fría de la puerta, empujo suavemente. Los haces de luz amarilla se filtran por las rendijas y forman conos luminosos que se estrellan contra las estanterías plagadas de volúmenes. Hay un desconocido de espaldas cuando entro. Mide por lo menos un metro ochenta y cinco, tiene ancha la espalda, y desde luego, no es el doctor Martínez.

—Buenas tardes —tartamudeo, repentinamente cohibida— ¿No se encuentra el doctor...?

Cuando gira y me mira directo a los ojos, dos cosas suceden a velocidad de rayo: una, estoy a punto de arder por combustión espontánea. Dos, me olvido de respirar.

Se puede ser guapo en idéntica medida y diferente estilo.

Pienso en Alex.

Este es moreno, sus ojos parecen cristales color azabache y esa sonrisa entre dulce y enigmática con la que me recibe, provoca que mis bragas se estampen contra el suelo, metafóricamente hablando.

—¿Quién lo busca?

—Sofía... —Por un instante pierdo por completo la noción de la realidad y, sondeo en mi cerebro adormilado en busca de mi apellido y de paso, de alguna frase impactante con la que impresionarlo— Echegaray. El profesor Martínez dirige mi tesis —añado a modo de aclaración.

Ahora sí. El dios inalcanzable que tengo delante y que deja en pañales casi todo lo conocido, hace un gesto de entendimiento y me alarga una mano. La miro aterrada. Es enorme y preciosa, proporcionada, de dedos largos y para colmo, bronceada.

—Soy Mario Vallés, subjefe del departamento, adjunto de Martínez.

Parpadeo. ¿Cómo es que jamás antes lo he visto?

—Recién trasladado —agrega. Y en mi mente confusa se hace la luz—. Me temo que tengo malas noticias.

Su tono es grave y solemne, y momentáneamente, su carismática sonrisa se enfría. Me tenso y mi voz tiembla cuando pregunto si le ha ocurrido algo al profesor.

—¿La verdad? Está ingresado en el hospital, sufrió una angina de pecho ayer tarde. Fue todo muy repentino e inesperado.

—No sabía nada —me quedo sin palabras.

—Últimamente trabajaba demasiado, llegó a agotarse.

—Lo sé, era imposible convencerlo para que pasara menos horas en la universidad. —Miro consternada alrededor—. Estas paredes y las del viejo edificio son su vida.

—Esperemos que se recupere del todo, pero mientras eso sucede y los médicos le permiten reincorporarse, me ha pedido que te ayude con las correcciones finales de tu tesis.

Analizo un microsegundo lo que eso supone. Horas y horas de estudio encerrada con este hombre impresionante, y me entran ganas de marcarme unas sevillanas.

¡Ole por una vez, mi buena suerte!

—Espero que no te importe —lo oigo murmurar. Balbuceo un estúpido «no» que no convence a nadie, porque suena más bien a «sí»—. Sé que a estas alturas es engorroso cambiar de director, por eso trataré de interferir lo menos posible. —Vuelve a encandilarme con su sonrisa—. La parte positiva, es que prácticamente cada cosa y dato está ya en su lugar.

#ElSustituto

Cuando soy capaz de volver a pensar y respirar al compás, veo que me está ofreciendo una silla en la interminable mesa de trabajo del departamento. Acepto con torpeza y logro aposentar el culo y dejar los libros y la mochila donde menos estorban.

El guapérrimo profesor se deja caer en otra, abre con parsimonia una carpeta y trata de imprimir a sus movimientos un aire profesional, que no le pega a su impresionante físico de actor de cine. Sigo con ojos hipnotizados, el sensual vaivén de sus manos.

—Has elegido un tema de singular importancia, el maltrato psicológico. ¿Algún motivo en especial?

—La indefensión de las víctimas, la falta de comprensión y apoyo familiar a que se ven abocadas, el obstáculo del diagnóstico como depresión común, y los elevados índices de suicidio, unido a la presión social que impide las denuncias cuando las víctimas son hombres —cacareo tras tragar saliva.

Menudo nudo se me ha formado en la garganta.

—Disculpa si te incomoda la pregunta, puedes decidir no responder y lo entenderé. ¿Lo has vivido en tus propias carnes?

Me siento muy dichosa de poder negarlo. Sergio era un auténtico tocapelotas, cretino e infiel. Y aquella relación nuestra menoscabó mi autoestima, pero jamás me maltrató del modo que hacen los perversos.

—Compruebo que orientas gran parte del estudio al hombre como víctima. Interesante.

Aguardo callada. Si a él lo mío le parece interesante, a mí el físico que Dios, la naturaleza y sus padres le han regalado, me parece de otro planeta. Es casi tan guapo como Alex. O más o menos igual, no sé decirlo, estoy más impresionada que lúcida. Seguro que también está comprometido, a los buenos los cazan enseguida.

Espío con disimulo sus dedos. Ni rastro de anillos ni de marcas.

—Bien, ¿por dónde quieres que empecemos?

Por desnudarnos. Ropa interior al suelo. Ya.

Me esfuerzo por oxigenarme, intento que su proximidad no me altere, lucho por concentrarme en el trabajo pendiente y en el millar de folios extendidos por la mesa, pero me resulta im-po-si-ble.

Está tan presente y me afecta en una medida que me irrita. Yo antes no era así, algo que no acierto a determinar me está convirtiendo en una calentorra ninfómana y desesperada.

—He revisado los borradores —dice.

Y se calla. No añade nada más.

Yo frunzo el ceño. Ante su silencio, no resulta complicado deducir que algo falla en mis

planteamientos.

—¿Están equivocados...? —arranco desanimada.

—Nada de eso, el contenido es excepcional. La estructura distrae un poco. Será cuestión de unos días modificarla.

—No dispongo de mucho más —le recuerdo—, hoy es martes y la lectura ante el tribunal se ha fijado para el lunes de dentro de dos semanas.

—Bien. —Hace un gesto positivo y animoso con la cabeza. Un mechón oscuro y brillante resbala sobre su frente y yo me muerdo el labio con lujuria—. Manos a la obra, no hay tiempo que perder.

Mario viste como un profesor de Oxford, clásico, elegante y con un punto pijo que contrasta con su flequillo alborotado y rebelde: pantalones de pinzas, polo de manga corta y mocasines de piel vuelta. En invierno me lo imagino con un chaleco de punto y chaqueta de cuadros Harrys. A su lado, parezco la novia de Pedro Picapiedra, debería haberme arreglado con un poco de cuidado.

Claro, quién se iba a imaginar que la cita no sería con mi querido vejestorio cegato.

Carraspeo, trato de retomar el hilo y atender a lo que está diciendo. Ojalá no se le ocurra sorprenderme con ninguna pregunta, ahora que estoy en las nubes. Es mi nuevo director de tesis, un profesional serio, sin culpa de que yo sea una pazguata que se queda boquiabierta ante un físico espectacular.

—Plantea estos cambios y miraremos a ver cómo quedan —me pide, garabateando un esquema en la primera página en blanco de una libreta.

Trago saliva con dificultad y asiento como si supiera de qué habla.

Por el amor de Dios, soy patética, ando por la vida muerta de hambre. Y a falta de Alex, quiero que este tipo imponente me dé de comer. Pero no. Él mantiene un rictus concentrado, solo trata de ser amable. Toso y fuerzo a mi cerebro a incorporarse a las indicaciones, aunque sea a empujones.

Empujones... Ahí, por detrás y contra la encimera, dándole como a cajón que no cierra.

La quincena me la roban delante de mis narices, y he de confesar que ha supuesto una peliaguda prueba pasar tantísimas horas cerca de Mario, compartiendo mesa y material de papelería, fingiendo concentración, simulando que no me ponen nerviosa sus ojazos y la cortesía casi sacerdoticia con la que me trata.

Desde luego, teniendo en cuenta lo intenso de la última semana antes del punto final a mi trabajo de doctorado, habría sido infinitamente más sencillo pasarla codo con codo con Martínez. Creo que he batido todos mis récords de *«cómo ser ridícula sin importarte un carajo que el interesado se cosque»*, espiando de reojo los gestos de Mario, su sonrisa de anuncio, la línea firme de su mentón, ¡sus antebrazos cincelados!

Parece la estatua de un dios griego hecha carne. Eso, por no mencionar una vez más sus ojos negros que no parecen de esta galaxia.

¿Acaso estoy tratando de barrer a Alex de mis pensamientos?

#AcercándonosAlFinal

Porque Mario causa un extraño efecto en mí, me desconcierta y me vuelve torpe, sí, pero siempre hasta el límite de poder controlar sin rebasarlo.

Y es que, a diferencia de Alex, Mario no coquetea conmigo, no me lanza miradas incendiarias, ni trata de rozarme con ninguna excusa. Marca las distancias, se nota que para él soy trabajo y solo intenta ser agradable. Lo nuestro es cuestión de quince días y luego ya no nos veremos más, no logro imaginar ningún lazo de unión futura con la universidad, mi vida será otra, probablemente en un preciosísimo despacho en mitad del centro histórico.

—Has sido muy concienzuda sacando conclusiones —me dice. Y su voz es como una pieza de terciopelo que pasa por encima de las palabras y las acaricia—, eso va a gustarle al tribunal, ya verás. ¿Estás nerviosa?

Consigo mirarlo sin ponerme bizca.

—Como un flan, deseando acabar con esto.

Me sonrío comprensivo.

—Creo que es el momento perfecto para una pausa, ¿café?

Pongo cara de asco.

—Mejor té, si no es problema. Cualquier cosa con tal de despejarme, tengo los ojos secos de tanto papel impreso.

Al ponernos en pie, compruebo una vez más lo alto que es y, como suelo venir al departamento en vaqueros y bailarinas, apenas le llego al pecho. Un pecho ancho y fibroso escondido bajo sus camisas y polos de estilo recatado. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón, y cruza los pasillos hasta el jardín exterior que nos separa de la cafetería, ajeno a los tumultos que causa entre la población femenina.

Este chico no es consciente del poder que tiene, es una especie de Indiana Jones moderno. Su desinterés por todas no impide que salude con educación.

¿Será gay? O simplemente tiene novia, qué estúpida soy, claro que sí.

No va a contármelo, no hemos tanteado esos niveles de confianza, pero cae por su propio peso. Es impensable que un ejemplar así no tenga ya la etiqueta de «propiedad privada» y viva bien sujeto con cuerda de la mejor calidad. Decido blindar mis emociones, pero fantaseo con la imagen de la afortunada que se lo ha llevado al huerto, preguntándome qué le habrá dado para asegurarse su fidelidad, mientras él pide café con leche, un té con limón y unos donuts, y nos sentamos en una mesa apartada, elegida a conciencia.

—Esta mañana estuve hablando con el doctor Martínez.

Me pongo como una amapola. Seré bruta, ni siquiera me he interesado lo bastante por su

estado.

—¿Qué tal sigue?

—Muy bien, agotado, pero fuera de peligro. Su único deber es descansar, a ver si lo conseguimos, es el hombre más activo y testarudo que he conocido en mi vida. Hasta se ha empeñado en asistir a la lectura de tu tesis.

Vuelvo a temblar de rodillas a pies.

—Vaya, hombre, has tenido que recordármelo, ahora que casi había conseguido olvidarme de que es el lunes...

Coloca una manaza sobre mi hombro y sonrío con afecto. Puede que no sea eso lo que persigue, pero hace que me arda la entrepierna y me eche a sudar. El contacto actúa como un hierro al rojo vivo sobre mi piel desnuda. Esto es lo que viene siendo, tensión sexual desatada..., solo por mi parte.

Lamentable.

—Lo harás estupendamente. El tema es fascinante, original y lo manejas con soltura. No te ofendas, pero se nota la edad, el aplomo, la experiencia vital.

Lo miro atravesada. No con la intensidad que maneja él cuando me mira a mí, pero lo intento. Si no fuese por su tono dulce, incapaz de herir, me habría sentado como un tiro lo que acabo de escuchar.

—Perdón, ¿acaba usted de llamarme vieja, señor demasiado joven para ser jefe de departamento?

Suelta una limpia carcajada al aire y se vuelve, si eso es posible, mucho más atractivo todavía. Algunas chicas en las mesas vecinas clavan en él sus ojos codiciosos y a mí me fulminan con envidia. «*Os equivocáis, chicas, no soy la rival*» me entran ganas de gritarles. «*Esta maravilla de la naturaleza me pertenece solo por una quincena y está haciendo conmigo, lo mismo que con todas: triturar mis esperanzas futuras de encontrar un hombre y considerarlo guapo*».

Las comparaciones son odiosas, lo sé, pero tener delante chicos como Mario y como Alex, hace que en el resto del universo se apague la luz y absolutamente nada brille.

Por cierto, Alex... Me relamo.

—No soy demasiado joven para dirigir un departamento como adjunto —precisa divertido.

—Ni yo demasiado mayor para sacarme el doctorado —refunfuño destrozando el donut con un mordisco salvaje—. De acuerdo, no era algo que tuviese muy claro al licenciarme, me tomé unos años trabajando aquí y allá, y luego tomé la decisión. No es un pecado pensarse las cosas.

—Desde luego que no. Yo, por el contrario, sí que conocía la dirección de mis pasos desde mucho antes, cuando acabé la carrera, ya llevaba dos años trabajando en el departamento. Empecé con mucha antelación, esa es mi única ventaja.

—¿Cómo es que nunca te he visto? —me oigo preguntar, y me sobresalto porque no ha sonado muy indiferente que digamos.

La sorpresa de que me abra mínimamente su corazón y haya desvelado algún detalle de su vida privada, es una novedad que me ha descolocado por completo, y me empuja a la imprudencia

—Estudié en Sevilla, he pasado allí en la Universidad, todos estos años.

—¿Eres sevillano?

—Mi madre es sevillana. Del mismo barrio de los Remedios.

—Y tu padre malagueño —deduzco dándole vueltas a mi taza de café.

Apenas puedo parpadear, hipnotizada por esos ojos. Para que luego digan que el color de los míos es raro. Estoy tan absorbida por la emoción, que ni reparo en que no contesta, que su mirada se nubla y se hunde en la mesa.

—¿Y de qué conocías al doctor Martínez?

Vuelve a animarse.

—Es un viejo amigo de la familia. Creo que fue gracias a él que estudié psicología, siempre quise ser piloto de aeronaves.

Me atraganto con el buche de té y estoy a punto de espurreárselo encima. Solo faltaba imaginarlo a lo Top Gun, con uniforme de piloto de caza, para cortarme la respiración el resto de mi vida. La perdición, vaya.

—Un gran cambio —consigo balbucear—. Creo que la Universidad va más con... tu estilo —añado refiriéndome a sus prendas clásicas y pulcras.

La verdad es que mis conclusiones brotan de la fachada, de la apariencia exterior. Lo desconozco todo acerca de este chico, seguramente me esté equivocando, debería ser más cauta e inteligente. Pero está tan bueno que marea, es algo que dado mi estado de soltera ansiosa y necesitada, no puedo reprimir.

Se encoge de hombros a la par que sonrío. Sí, hasta merece la pena hacer el ridículo si van a darte como recompensa una sonrisa así.

—Nunca se sabe —resume pensativo—, la vida da muchas vueltas y al girar la esquina que menos te piensas, todo se tumba de espaldas.

Me quedo alelada, incapaz de contestar y salgo a trompicones del sopor, cuando lo oigo decir que volvemos al trabajo.

—Hay que rematar esos flecos sueltos de la argumentación inicial en tu tesis —me dice mientras deposita un billete de diez euros en el platito de la cuenta.

No se entretiene en esperar el cambio, seguro que lo hay, las consumiciones en la cafetería estudiantil son muy baratas. Se pone en pie en todo su esplendor, y yo lo sigo como la bailarina de un joyero, sin poner nada de mi voluntad, solo los pies.

Al enfrentarnos al pasillo medio en penumbras, una congoja extraña se me agarra al pecho y forma una bola dura que no me permite respirar. La voz de Mario desgranando sus directrices se apaga en la distancia, y dejo de entenderlo, aunque lo siga oyendo. ¿Qué me está pasando?

Ahora camino más lentamente, me rezago y noto caer las lágrimas. En simultáneo con mi gran vergüenza por no poder controlarlas.

Continuará...

Y la 2ª entrega llega...

¡El 4 de diciembre!

Ya en PREVENTA toda la serie de Sofía

Por favor, no olvides dejar tu valoración por estrellas o un breve comentario o recomendación. No imaginas lo mucho que ayudas a mi trabajo con algo tan sencillo.

**Sígueme en Amazon Author Serendipia Stark
Pinchando este enlace:**

<https://www.amazon.com/author/serendipiastark>

O usando este código QR:



SUSCRÍBETE a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas y promociones, conviértete en una Regencia de pleno derecho y consigue GRATIS el precioso BOOK JOURNAL 2025 que he creado para

ti.

Pincha este enlace y deja tu correo electrónico:

<http://subscribepage.io/np9cTD>

Mis lectoras son... Regencias

**Y si quieres novelas románticas históricas, me
convierto en
Lady Seren.**

Mira lo que tengo:

Lady Seren

(Serendipia Stark)



TUS SECRETOS Y LOS MÍOS

Lady Seren

(Serendipia Stark)



LIBERTINA VENECIANA



<https://mybook.to/tussecretosylosmios>

<https://mybook.to/libertinaveneciana>

Lady Seren

(Serendipia Stark)



ALMA ROTA

Lady Seren

(Serendipia Stark)



DELICIOSO GRANUJA



<https://mybook.to/almarota>

<https://mybook.to/deliciosogranuja>

**KINDLE
UNLIMITED**

Serie «Guante de seda»

Serie «Las Ladies»



<https://mybook.to/marquesladrona>

<https://mybook.to/suenoparaunadama>



<https://mybook.to/jaquecaballero>

<https://mybook.to/deseosdemilord>



<https://mybook.to/profeciaparamilady>

<https://mybook.to/condemeroy>

**KINDLE
UNLIMITED**

Serie «Calle de Madrid»



<https://mybook.to/hijamarques>



<https://mybook.to/nosotrosbajoestrellas>

NOTA: Esta serie aún no está completa.
Faltan por publicar 2 entregas

**KINDLE
UNLIMITED**